

ANTONIO ESPINO LÓPEZ

EL FRENTE CATALÁN EN LA  
GUERRA DE LOS NUEVE  
AÑOS, 1689-1697

Departament d'Història Moderna i Contemporània

Facultat de Lletres

Universitat Autònoma de Barcelona

15-6-94



Antonio ESPINO LOPEZ

EL FRENTA CATALAN EN LA GUERRA DE LOS NUEVE AÑOS, 1689-1697.

*Tesi Doctoral dirigida pel Dr. Antoni Simon i Tarrés*

*Departament d'Història Moderna i Contemporània*

*Facultat de Lletres*

*Universitat Autònoma de Barcelona*

*Any 1994*

INTRODUCCION.....	5
NOTA SOBRE MONEDAS Y MEDIDAS.....	9
ABREVIATURAS.....	11

### Primera Parte

CAPITULO I. LA HISTORIOGRAFIA MILITAR.....	13
NOTAS.....	40
CAPITULO II. CARACTERISTICAS DE LA GUERRA EN EL SIGLO XVII.....	51
1. El reclutamiento.....	54
2. La sociedad militar.....	61
3. El aprovisionamiento para la guerra.....	67
4. La táctica.....	70
5. La revolución militar.....	71
NOTAS.....	76
CAPITULO III. LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN EUROPA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII.....	79
1. Le Tellier, Louvois y la remodelación del ejército francés, 1659-1697.....	79
2. La marina de guerra francesa, 1661-1697.....	85
3. Ejército y marina de las potencias aliadas, 1660-1697.....	87
4. La historiografía sobre el reinado de Luis XIV: la política exterior francesa, 1661-1697.....	92
5. Las relaciones internacionales en Europa, 1661-97	99

NOTAS.....	121
CAPITULO IV. CATALUÑA Y LA MONARQUIA HISPANICA DURANTE EL REINADO DE CARLOS II.....	126
1. La Monarquía Hispánica.....	126
2. El ejército hispánico en el siglo XVII.....	143
3. La coyuntura catalana de la segunda mitad del si- glo XVII.....	149
NOTAS.....	157

### Segunda parte

CAPITULO V. LA GUERRA Y SUS REPERCUSIONES ECONOMICAS...	162
1. Introducción.....	162
2. La Hacienda hispana y la guerra.....	165
3. El coste del Ejército de Cataluña.....	169
4. El negocio de la guerra: los asientos.....	178
5. La sociedad catalana: entre el beneficio y la ruina económica.....	191
NOTAS.....	207

CAPITULO VI. ASPECTOS LOGISTICO Y ESTRATEGICO DE LA GUE RRA.....	214
1. Introducción.....	214
2. La logística (I): abastecimiento y transporte....	215
3. La logística (II): vías de comunicación y lugares de aprovisionamiento.....	232
4. La logística (III): fortificaciones.....	255
5. La estrategia en el frente catalán de la guerra..	278
NOTAS.....	285

CAPITULO VII. ESTRUCTURA INTERNA DEL EJERCITO DE CATALU	
---	--

ÑA.....	292
1. El Ejército de Cataluña: número de tropas.....	293
2. Estructura interna del Ejército .....	303
3. Problemática interna del Ejército de Cataluña....	310
4. La aportación de Cataluña al esfuerzo de guerra..	326
NOTAS.....	359
 CAPITULO VIII. ASPECTOS SOCIALES DEL EJERCITO.....	 366
1. Causas de la pérdida de tropas: deserción.....	367
2. Enfermedad y muerte. Los hospitales y el Ejército de Cataluña.....	373
3. Edad de leva, procedencia geográfica, oficios....	396
4. Los catalanes y el ejército: algunos casos parti- culares.....	403
NOTAS.....	407
 CAPITULO IX. LA PUBLICISTICA Y LA GUERRA DE OPINION. UNA DESCRIPCION DE LOS CONTENIDOS.....	 412
1. La publicística aliada en la Guerra de los Nueve Años.....	412
2. La publicística catalana.....	424
NOTAS.....	431

**Tercera parte**

 CAPITULO X. LA COYUNTURA BELICA CATALANA DURANTE EL REINADO DE CARLOS II, 1665-1684.....	 436
1. Las Guerras de Devolución y de Holanda, 1667-1678	436
2. La Guerra de Luxemburgo, 1684.....	441
3. El ejército y la población: el problema de los a- lojamientos, 1653-1684.....	464

NOTAS.....	484
CAPITULO XI. LA REVOLTA DELS GORRETES: LA CRITICA SITUACION DEL PRINCIPADO ANTES DE LA GUERRA DE LOS NUEVE AÑOS, 1685-1689.....	
	492
1. Acontecimientos previos a la Revolta, 1685-1687..	494
2. La Revolta en su apogeo, 1688-1689.....	513
NOTAS.....	559
CAPITULO XII. LAS CAMPAÑAS DE 1689 A 1692. UNA FASE DE ESTABILIDAD DEFENSIVA.....	
	569
NOTAS.....	621
CAPITULO XIII. LAS CAMPAÑAS DE 1693-1694. EL DERRUMBE DE LA ESTABILIDAD DEFENSIVA.....	
	630
NOTAS.....	686
CAPITULO XIV. LAS CAMPAÑAS DE 1695-1696. DE LA AUTODEFENSA VICTORIOSA A LA CRISIS DEL MANDO.....	
	694
NOTAS.....	759
CAPITULO XV. LA CAMPAÑA DE 1697. EL SITIO DE BARCELONA Y EL FINAL DE LA GUERRA.....	
	766
NOTAS.....	832
CONCLUSIONES.....	
	841
NOTAS.....	862
FUENTES Y BIBLIOGRAFIA.....	
	863
GLOSARIO.....	
	905
ANEXOS.....	
	913

## INTRODUCCION

El presente trabajo es un estudio del frente catalán durante la Guerra de los Nueve Años, 1689-1697. Por lo tanto, se trataba de hacer una incursión en el hasta ahora relativamente denostado terreno de la historia militar. En realidad, no hacemos, sino, más que incorporarnos a una corriente renovadora que, en algunos casos desde los años sesenta, pero más definitivamente desde los ochenta, ha revitalizado los estudios de carácter político-militar y socio-militar. Se trata, pues, de un proyecto en el que hemos combinado el estudio de los ámbitos de lo estrictamente militar, lo político-militar y lo socio-militar.

Respecto al ámbito de lo militar, es obvio que la práctica de la guerra significa contar con unos medios para hacerla y un territorio donde hacerla, de ahí la importancia del abastecimiento y de los suministros. Como creemos realmente en dicho aserto, hemos dedicado capítulos específicos a la hacienda -y como también creemos que siempre hay beneficiados económicos con el conflicto hemos intentado encontrarlos- y a la logística. Nuestro estudio de la estrategia empleada en este conflicto ha tenido en cuenta los factores arriba mencionados. La idea principal que nos ha movido ha sido dilucidar si la estrategia seguida estuvo influida por la política -si dependía de decisiones políticas-, o bien las circunstancias antes esgrimidas -la logística y la hacienda-



tuvieron la suficiente importancia como para variar la estrategia seguida.

Los aspectos sociológicos están cubiertos -en la medida de las posibilidades de la documentación empleada- con capítulos en los que se ha trabajado la estructura interna del Ejército de Cataluña y una mirada, a menudo demasiado somera para nuestro gusto, sobre algunas de las principales incidencias de la vida del soldado, concediendo especial énfasis al estudio de las causas de la pérdida de tropas.

El apartado dedicado a los aspectos político-militares queda enmarcado dentro de la problemática socio-político-bélica de Cataluña durante el reinado de Carlos II, concediendo especial interés a aspectos marcadamente socio-militares, como es el caso de la cuestión de los alojamientos, y a aspectos políticos -pero con una clara trascendencia socio-militar- como es el caso de la *Revolta dels Gorretes*.

El desarrollo de las sucesivas campañas militares lo hemos realizado atendiendo más a sus implicaciones políticas, y en especial a las relaciones entre Cataluña y la Corte a lo largo de la guerra, que a los acontecimientos meramente militares. A título de ejemplo, podemos decir que nos ha interesado más la tormenta política suscitada tras un sitio o la pérdida de una plaza que la burda enumeración de las tropas que se emplearon en tal o cual acción bélica.

Finalmente, en la tercera parte del presente trabajo hemos desglosado por capítulos los nueve años de conflicto. Creemos que con los títulos de los mismos basta para justificar el citado desglose.

Como podrá comprobarse, en el texto se ha mantenido en catalán los nombres de las localidades. En los casos de

Girona, Perpinyà o Lleida podríamos haber empleado su traducción castellana, pero no lo hemos hecho por no romper la unidad. Lo mismo ocurre en el caso del Rosselló. En cambio, nos referimos a Catalunya como Cataluña o el Principado. De hecho, en la correspondencia castellana de la época a menudo aparecen mencionadas en catalán Girona, Lleida y algunas otras localidades, en cambio nunca se menciona Catalunya o el Principat.

Asimismo, se han mantenido en catalán los nombres de instituciones como el *Consell de Cent* o la *Generalitat*.

En relación a la moneda, para homogeneizar dentro del discurso la referencia a la misma y permitir más fácilmente las comparaciones, hemos reducido todas las cantidades consignadas a reales de plata castellanos. Además, se han empleado a la hora de realizar las conversiones documentos de los años en cuestión, de modo que obtenemos resultados bastante reales del valor de la moneda -y especialmente del valor de la moneda castellana en Cataluña.

A la hora de citar documentos de época, hemos señalado con corchetes rectos [] las palabras que faltan en el texto y con corchetes angulares <> las que sobran. Asimismo, hemos colocado los acentos oportunos y se ha regularizado b por v, o viceversa, c por z, i por y, o viceversa, y n por m.

Es muy difícil realizar un trabajo de la envergadura del que presentamos sin agradecer a muchas personas su generosidad para con el autor en múltiples facetas. En primer lugar, y como representante del estamento de archiveros y bibliotecarios, quisiera hacer constar un agradecimiento muy

especial a Isabel Aguirre Landa, del Archivo General de Simancas, por su amabilidad y extraordinaria profesionalidad.

En segundo lugar, desearía manifestar todo mi cariño y simpatía a Lluís F. Toledano, quien leyó una parte del texto original a pesar de su condición de extraordinario historiador contemporaneísta. Poder haber compartido con él múltiples viajes en pos de la documentación necesaria para realizar el presente trabajo y su continuo estímulo intelectual es de lo mejor que como historiador y como persona me podía haber ocurrido.

En tercer lugar, debo hacer mención de mi agradecimiento a todos mis compañeros del Area de Historia Moderna, especialmente a Ricardo García Cárcel que ha sabido crear un excelente grupo de trabajo -y de amigos- del que me honro formar parte; a José Luis Betrán, con el que he compartido muchas horas de trabajo en la confección de la revista Manuscrits y de investigación en diversos archivos; a Bernardo Hernández, que corrigió desinteresadamente y por propia iniciativa un primer borrador del texto dejando una huella más importante que la que él piensa. Por último, pero no por ello menos importante, deseo manifestar mi satisfacción al ver que Antoni Simon no sólo aceptaba dirigir la presente tesis, sino que me otorgaba su confianza y amistad. A todos ellos les quedo muy agradecido.

**NOTA SOBRE MONEDAS Y MEDIDAS****Conversiones de monedas.**

Real de plata= 34 maravedíes. Fuente: AGS, CMC, 3ª época, Leg. 921, (1690).

Real de plata= 1,71 reales de ardites catalanes. Fuente: ACA, Generalitat, R-142, (1694).

Real de plata= 1,87 reales de vellón. Fuente: AHN, Estado, Leg. 805, (1694).

Doblón= 32 reales de plata. Fuente: AGS, GA, Leg. 2888, (1692).

Escudo= 10 reales de plata. Fuente: AGS, Estado, Leg. 4144, (1696).

Peso= 8 reales de plata. Fuente: AGS, Estado, Leg. 4182, (1697).

Real de a ocho= 8 reales de plata. Fuente: AHN, Estado, Leg. 805.

Ducado= 11 reales de plata. Fuente: AGS, Estado, Leg. 4182, (1697).

Libra catalana= 5,8 reales de plata. Fuente: ACA, CA, Leg. 341, (1695).

Real de plata= 0,4 florines de 10 placas. Fuente: GARZON PAREJA, La Hacienda de Carlos II, p. 178.

Real de plata= 0,75 libras milanesas. Fuente: AGS, Estado, Leg. 3421, (1695).

Real de plata= 0,37 *livres tournaises*. Fuente: Gonçal LOPEZ NADAL, El corsarisme mallorquí, p. 36.

Dobla= 5 libras y 10 sueldos catalanes. Fuente: ACA,  
Generalitat, G-69/4, (1691).

Libra catalana= 20 sueldos. 1 sueldo= 12 dineros.

**Medidas de capacidad.**

-Cahíz (medida de áridos)= 666 litros.

-Cuartera (medida de áridos catalana)= 70 litros.

-Onza= 28,7 gramos.

**ABREVIATURAS**

ACA/	Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona.
CA	Consejo de Aragón.
ADPO	Archives Départementales des Pyrénées Orientales, Perpinyà.
AGS/	Archivo General de Simancas, Valladolid.
CMC	Contaduría Mayor de Cuentas.
GA	Guerra Antigua.
JDC	Junta de Disposiciones de Campaña.
CE	Consejo de Estado.
AHN	Archivo Histórico Nacional, Madrid.
AHMB	Arxiu Històric Municipal de Barcelona.
ANC	Arxiu Nacional de Catalunya, Barcelona.
BC/	Biblioteca de Catalunya, Barcelona.
F. Bon.	Follets Bonsoms.
Res.	Reserva.
AH	Arxiu Hospital de la Santa Creu.
BN	Biblioteca Nacional, Madrid.
BUB	Biblioteca Universitaria de Barcelona.
AHPB	Arxiu Històric de Protocols de Barcelona.
ACB	Arxiu de la Catedral de Barcelona.
AHG	Arxiu Històric de Girona.
AHS	Arxiu Històric de Sabadell.
AHMM	Arxiu Històric Municipal de Manresa.

**PRIMERA PARTE**

## CAPITULO I: LA HISTORIA MILITAR. ENTRE LA RENOVACION Y LA TRADICION.

Si bien los temas de carácter militar se trataron en conjunción con la historia desde los primeros autores griegos, siendo éstos simplemente historiadores y no historiadores de lo militar, ciertamente existió en la Antigüedad una literatura dedicada a la síntesis militar: Vegetio con su Epitomae Rei Militaris (390 d. C.) fue el teórico de la táctica, la estrategia y la organización militar romana, defensor de la infantería. La crisis de su pensamiento se produjo a partir del siglo VI, cuando la caballería sustituyó a la infantería como centro de la estrategia y la táctica. El nuevo teórico será Nicéforo Focas con su Liber Rei Militaris (960 d. C.), contrapunto total y absoluto de Vegetio.

Aunque el pensamiento de Vegetio nunca se perdió, y buena muestra de ello es la lectura personal que de él hizo Maquiavelo en su Arte de la Guerra (1521), el Renacimiento supuso un relanzamiento de los clásicos militares y/o los historiadores que habían tratado el fenómeno bélico: Tucídides, Polibio, Tito Livio, César... Todos ellos influyeron en los autores europeos del momento, significativamente en Mauricio de Nassau a fines del siglo XVI, pero también en algunos humanistas italianos e hispanos.

(1)

A pesar del desarrollo de la literatura militar en la Epoca Moderna -sería excesivo recordar todos los autores importantes



del período-, no fue sino tras las Guerras Napoleónicas cuando Jomini en su Précis de l'art de la guerre (1838) distinguió nada menos que tres formas de Historia Militar: la primera variante se dedicaba a relatar analíticamente hasta sus detalles ínfimos una batalla; la segunda consistía en el análisis de una batalla o campaña con la intención, tras depurar sus aspectos particulares, de obtener alguna/s norma/s de validez general para la conducta de la guerra, más conocida como Arte de la Guerra. Por último, la tercera posibilidad trataba de examinar la guerra de un modo más amplio, asociando los factores puramente militares con aquellos otros políticos, sociales y económicos, apareciendo una auténtica historia político-militar.

De estas tres posibilidades, a lo largo del siglo XIX triunfó la segunda gracias a la influencia de Clausewitz, que incidirá en la búsqueda del valor pedagógico de la historia militar. Por ello, el Estado Mayor prusiano fue el primero en incluirla en sus programas de estudio con la idea de "enseñar la guerra durante la paz". El rol central adquirido por el conflicto bélico en la Unificación alemana explica la vigencia de la historia militar en aquel país.<sup>(2)</sup> En cambio, las élites de otros países, como Francia o Gran Bretaña, se fueron progresivamente apartando del estudio o del interés por los temas militares. Luego, la relativa paz europea desde 1815, el declive de la aristocracia militar junto al auge de la burguesía industrial y comercial y la propia Revolución Industrial, con sus cambios consecuentes, harán que los asuntos militares perdiesen la importancia que habían tenido en la sociedad.<sup>(3)</sup>

El auge de la Historia como disciplina académica significó la sustitución del estudio de las batallas y las guerras por la historia constitucional y diplomática, al tiempo que los aspectos sociales y económicos incrementaban su presencia. De ahí la importancia de una figura como Hans Delbrück. Delbrück, que confirió dignidad académica a la historia militar, profundizó la obra de Clausewitz definiendo el concepto de estrategia y, sobre todo, atribuyó a esta disciplina la tarea de indagar cómo el intelecto humano adaptó las condiciones económico-sociales y técnicas al desarrollo de un determinado modo de guerrear. En definitiva, no sólo debían estudiarse los aspectos materiales, sino también el espíritu que a lo largo de los siglos animó la estrategia y la táctica. Por otro lado, Delbrück analizará en su principal obra Geschichte der Kriegkunst im Rahmen der Politischen Geschichte (7 volúmenes, 1900-1936) la problemática militar a la luz de las instituciones políticas y sus problemas.<sup>(4)</sup> Por su influencia posterior en autores como Ch. Oman, F. Lot o P. Pieri, fue, sin duda, el autor que definió y conceptualizó la historia militar eliminando los lastres de su pasado reciente.

Peter Paret disiente, hasta cierto punto, al no considerar la figura de H. Delbrück y sí, en cambio, la de Otto Hintze. Este autor, según P. Paret, llevó la historia de la guerra a un nuevo nivel metodológico y de significación interpretativa. Combinando, en un análisis comparativo, la historia socio-económica y política, terminará por emplazar el elemento militar en un nuevo acercamiento comprensivo a la historia institucional y constitucional. El papel del ejército no se circunscribía a episodios particulares, sino que será un elemento central de sus interpretaciones históricas.<sup>(5)</sup>

Tras la matanza de la Primera Guerra Mundial, la historia militar será repudiada por los intelectuales directamente afectados, estando ausente esta disciplina del Comité Internacional de Ciencias Históricas fundado en París en 1926. Hasta 1937, en Zurich, no se creó una comisión de historia militar comparada. Sólo los regímenes fascistas del momento, exaltando el pasado militar de la Nación y las virtudes de la Raza, favorecieron esta disciplina, pero la abundante producción consiguiente, impregnada de la ideología nazi o fascista, carece, pues, de valor para nosotros.<sup>(6)</sup>

Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial se vivió un renacimiento entre los países vencedores del interés por esta disciplina. Relacionando historia de las instituciones e historia social, los autores británicos publicaron, o se reeditaron, buenos estudios sobre la organización militar de Inglaterra en los siglos XVI y XVII: C. H. Firth, Cromwell's Army (1962, cuarta edición); R. E. Scouller, The Armies of Queen Anne (1967); C. G. Cruickshank, Elizabeth's Army (1966); L. Boynton The Elizabethan Militia, 1558-1638 (1967), entre otros, son buenas muestras de tal aseveración. Los nuevos autores eran deudores de la obra de G. N. Clark War and Society in the Seventeenth Century (1958) de gran resonancia en el ámbito académico, contribuyendo a relanzar los estudios sobre esta temática y permitiendo que una nueva generación, con autores como J. S. Bromfield, G. Best, D. Chandler o Ch. Duffy, sirviesen como relevo a los autores ya mencionados en la década de los años setenta.

— Con todo, la renovación de la historia militar en Gran Bretaña pasa por la figura indiscutible de Michael Roberts. En su conferencia "The Military Revolution, 1560-1660" (1956)

Roberts apostó por la implantación de una nueva disciplina que trataría las estructuras militares, la logística, las relaciones con los civiles, etcétera, sentando las bases de una socialización de la historia militar.<sup>(7)</sup>

Roberts centró su tesis en cuatro innovaciones críticas: la primera sería la revolución en la táctica, con el predominio del arma de fuego sobre la lanza o la pica; un incremento marcado del tamaño de los ejércitos en toda Europa sería la segunda; la tercera señalaba la aparición de estrategias más desarrolladas y complicadas; finalmente, la cuarta reflejaría una repercusión más importante de la guerra en la sociedad: el aumento de los ejércitos condujo a mayores gastos y crecientes problemas en la recluta, así como a daños más cuantiosos y a una administración cada vez destinada con progresiva asiduidad al problema de la guerra.<sup>(8)</sup>

El éxito de la tesis de Roberts se tradujo en un reconocimiento sin fisuras de la nueva ortodoxia durante dos decenios. A partir de la segunda mitad de los años setenta comenzaron a aparecer algunas críticas: Roberts prestó poca atención a la evolución naval, aspecto especialmente resaltado por M. Duffy<sup>(9)</sup>, infravaloró la importancia de la guerra de sitio a inicios de la Epoca Moderna y exageró el efecto de las reformas realizadas en el ejército sueco, omitiendo los cambios producidos en los ejércitos de Francia o de los Habsburgo.<sup>(10)</sup>

El ya mencionado M. Duffy argumentará, asimismo, que la Revolución Militar, al incrementar los problemas administrativos y logísticos que planteaba la necesidad de construir más fortalezas, reclutar y pagar más soldados o botar más barcos de guerra, condujo a una revolución de los

Estados Europeos, ya en el siglo XVIII, revisándose, pues, las repercusiones de la Revolución Militar y, sobre todo, la cronología de su influencia, al no tener sentido fijar su fin en 1660.<sup>(11)</sup>

Sin duda, el concepto "Revolución Militar" de Roberts es uno de los que mayor éxito ha tenido a nivel historiográfico en fechas recientes, aunque haya quienes parecen no haberse enterado <sup>(12)</sup>; diversos autores lo han aplicado en sus estudios sobre el ejército en los países escandinavos -L. Jespersen, J. Lindegren, O. Rian-, los Países Bajos -M. D. Feld y H. L. Zwitzer- o a la época de la Guerra de los Treinta Años -D. A. Parrot. El propio G. Parker ha dedicado su más reciente trabajo a analizar la relación, para él evidente, entre las innovaciones militares de Occidente en la Epoca Moderna y el apogeo mundial de los europeos en tales fechas, apogeo que se transformaría en dominio efectivo de la mayor parte del planeta en el siglo XIX. La base de la obra es, pues, una revisión del concepto desarrollado por Roberts, incidiendo en aquellos aspectos que habían sido criticados. Parker defiende la importancia de la nueva modalidad de fortificación abaluartada -*trace italienne*- como respuesta a la evolución de las armas de fuego de asedio. La necesidad de defender las propias fortificaciones y de sitiar las del enemigo implicará contar con un número cada vez mayor de tropas, armas y municiones, haciéndose las guerras más largas y, lo que es peor, menos resolutivas.

Las innovaciones estratégicas y tácticas llegan con el auge de las armas de fuego, que relegan a la caballería, pero también a los piqueros. La necesidad de incrementar la cadencia de disparos obligará a introducir un cambio en la

formación de combate: de la formación cerrada de mosqueteros flanqueada por piqueros se pasó a largas filas de varios hombres de fondo, que disparaban por turnos. El sistema sueco, máxima expresión de estos cambios, se impuso en todas partes.

La falta de resolutiveidad de los ejércitos terrestres condujo al incremento de la guerra en el mar en el siglo XVI, y en ultramar poco después, donde los ejércitos europeos no tendrán rival.<sup>(13)</sup>

En fecha muy reciente S. Adams ha criticado los asertos de G. Parker. Por un lado, la cantidad de tropas en campaña y el volumen total de los ejércitos parece ser que eran inferiores a lo hasta ahora dicho, por la sencilla ley de incrementar las fuentes el número de tropas del enemigo para magnificar una victoria o para justificar una derrota.

Según Adams, los dos factores que Parker aducía para explicar el incremento de tropas, el declive de la caballería y la extensión del nuevo tipo de fortificaciones, se deben a la influencia de las campañas de la Guerra de los Países Bajos por él estudiadas (Parker), factores que no se dieron ni en la Guerra de los Treinta Años ni en la Guerra Civil Inglesa, por poner dos ejemplos coetáneos. Para Adams, fue la política en la época de la Guerra de los Treinta Años la que condujo al incremento de las fuerzas armadas. Según esta lógica, fue la decisión política de los Borbones en Francia a partir de 1635, y no el incremento de las fortalezas, lo que explica el crecimiento de su ejército, mientras que el "imperialismo" galo sustituyó al de los Habsburgo como fuente de tensión política y, por lo tanto, militar.<sup>(14)</sup>

Jeremy Black parece haber dicho la última palabra acerca de los postulados de Roberts modernizados por G. Parker. J. Black

argumenta que el concepto "Revolución Militar" minimiza los cambios ocurridos antes y después de las fechas acotadas, sin tener en cuenta lo acontecido en la Europa oriental. Por ejemplo, no se contempla el uso de la pólvora desde el siglo XIV, de la artillería desde mediados del XV, del uso de la pica hasta fines del siglo XVII -sin insistir en la importancia de la extensión del uso de la bayoneta entre 1680 y 1710-, la introducción del arcabuz hacia 1520 o la aparición de una caballería ligera armada con espada y pistolas lejanamente emparentada con la medieval. Las tácticas suecas y holandesas fueron rápidamente puestas en práctica en los demás ejércitos, de manera que las victorias en estos años fueron producto del mayor número de hombres en el bando vencedor en lugar de una estrategia o una táctica superiores, como se había esgrimido hasta ahora.<sup>(15)</sup>

En general, ni M. Roberts ni G. Parker prestaron excesiva atención a las dificultades de la organización militar y a la debilidad de la administración militar en este período. Por otro lado, se ha infravalorado la extensión a la Europa Oriental de las nuevas técnicas militares, rápidamente introducidas en Polonia y Rusia, aunque tampoco se debe exagerar la extensión de tales cambios, y, sobre todo, se ha infravalorado la excelente logística y administración del ejército turco en esta época, en especial durante la guerra de 1593-1606 frente a Austria.<sup>(16)</sup>

J. Black propone fijar la cronología del cambio en los ejércitos europeos entre 1560 y 1760, teniendo en cuenta que es en la segunda mitad del período cuando se produce la principal innovación técnica y, en consecuencia, táctica: la desaparición de la pica y el uso del mosquete con bayoneta,

incrementándose la capacidad ofensiva y defensiva de la infantería. (17)

Black se acerca a los postulados de Adams a nivel político, indicando cómo el crecimiento de los ejércitos europeos en el siglo XVIII dependió enormemente del desarrollo del absolutismo en los diferentes estados, de esta forma rebate la idea generada a partir de la tesis de M. Roberts de que los estados absolutistas de la segunda mitad del siglo XVII fueron, hasta cierto punto, un producto del cambio militar. (18)

Volviendo al desarrollo de la historiografía militar, en el caso de Francia, la época de entreguerras también significó la separación de la historia militar del ámbito universitario, tan sólo H. Contamine hizo de ella un objeto de investigación científica. Según A. Corvisier, a inicios de la década de los cincuenta se produjeron dos eventos que marcaron la orientación de esta disciplina en el país vecino: por un lado, la llamada de M. Bloch y L. Febvre en favor de una historia estructural hizo que el interés se centrara en los estudios de grupos sociales con la utilización de fuentes seriales y/o cuantitativas; por otro lado, los *Archives de la Guerre* en Vincennes pusieron a partir de estos años a disposición de los investigadores la fuente necesaria: los *contrôles de troupes*, es decir, los ricos registros con las filiaciones de las tropas levadas. Así, en poco tiempo, una multitud de tesis se realizaron utilizando esta fuente serial, la mayoría de Historia Contemporánea, destacando la tesis del propio Corvisier: L'Armée française de la fin du XVIIe. siècle au Ministère de Choiseul. Le soldat, (1964). Esta obra, la primera de historia militar consagrada al soldado, contribuyó



a reintegrar esta disciplina en el campo de la investigación histórica a través de la historia social, abriendo el camino a estudios sobre los militares, y no sobre historia militar propiamente dicha.<sup>(19)</sup>

Con este trabajo, metodológicamente sofisticado, A. Corvisier se puso a la cabeza de la historiografía gala consagrada a los temas militares, creando escuela y realizando múltiples artículos que analizarán aspectos diversos como la composición social del ejército, el destino de los prisioneros de guerra, la mortalidad entre las tropas en tiempos de paz o el soldado y la muerte.<sup>(20)</sup>

Ahora bien, A. Corvisier, ideológicamente conservador, interpreta sus datos sobre el volumen de tropas levadas por Francia como una muestra de la interacción del ejército y la Nación francesa, asegurando que "Le service militaire devenu universel contribuera beaucoup à élever le niveau de la discipline sociale dans las nations modernes"<sup>(21)</sup>; además, se servirá de las *mentalités* para afirmar la presencia de valores militares que impregnarán la sociedad del Antiguo Régimen.<sup>(22)</sup>

Según J. Chagniot, el aislamiento del estudio del "fait militaire" por parte de la tradición universitaria comenzó a desaparecer a partir de 1978, cuando el coloquio de los modernistas galos se dedicó a La guerre à l'époque moderne, si bien este exclaustro se limitó más a nivel de la investigación que de la enseñanza, debido al reconocimiento de algunos no especialistas, como Michel Morineau o Jean Meyer, de la importancia de la guerra en la coyuntura comercial atlántica del siglo XVII o en el estudio de la política marítima de Luis XIV.

Para J. Chagniot, "Entrainé vers le confluent des sciences humaines, l'historien militaire est enclin à concevoir l'objet de son étude, non plus seulement en rapport avec l'histoire politique mais dans l'ensemble de ses relations avec la psychologie collective, les institutions, les estructuras sociales, les niveles d'istruzione, l'economía y la demografía".<sup>(23)</sup>

En definitiva, la historiografía militar del país vecino en lo que respecta a la Época Moderna ha estado dominada por el estudio de los aspectos sociales del ejército, comenzando desde la década de los ochenta a invadir otros ámbitos de estudio, aunque han sido autores anglosajones quienes han llevado la iniciativa en determinados casos.<sup>(24)</sup>

En la antigua República Federal Alemana, tras la paralización de la posguerra, la recuperación de la historia militar se produjo apartir de los años 1960 con la creación en Friburgo de un Centro de Historia Militar que dispone de una revista relevante: Militär-geschichtliche Mitteilungen. La mencionada publicación, tras un debate intelectual en 1976, abogó por una reorientación de la historiografía militar hacia otros campos -abriéndose la posibilidad a trabajos con enfoques sociológicos, socio-psicológicos o antropológicos- acercando esta disciplina a la Historia General, superando la preferencia previa de los autores germanos por el estudio del arte militar (o arte de la guerra).<sup>(25)</sup>

A nivel individual, quizás el historiador más importante, aunque afincado en Estados Unidos, fuese Fritz Redlich. Este investigó, desde su interés primigenio por el papel de la nobleza europea en el crecimiento económico, las consecuencias económicas de la guerra y, en especial, del saqueo, el pillaje

y el ejército mercenario, todo ello con la perspectiva de conocer mejor la función del empresario militar.<sup>(26)</sup>

El autor de mayor relevancia en la Europa del Este es, sin duda, J. Polisenski al reflejar en sus trabajos una orientación marxista propia pero firmemente asentada en la tradición occidental al respecto de esta temática.<sup>(27)</sup>

En Italia, el autor más sobresaliente es Piero Pieri. Para Pieri la guerra no puede considerarse como una realidad encerrada en sí misma, a la hora de estudiarla hay que relacionarla obligatoriamente con las demás realidades humanas: "pour elle, tout sera donc mis en cause: politique, économie, société, evolution de la civilisation, marche des techniques, esprit des hommes... Une "histoire militaire" valable reste a ce prix. Il lui faut déborder largement sur les autres domaines de l'histoire".<sup>(28)</sup> Para P. Pieri, ferviente seguidor del pensamiento de H. Delbrück, la historia militar "...affonda la seva radici nella struttura economica, sociale, politica di un Stato, e può essere un utile e forse necessario complemento alla storia politica. Milizia e guerra non sono però un epifenomeno dell'economia, nè il loro studio una branca de la sociologia o della politica: economia, politica e guerra sono simultanee manifestazioni di un unico piú profundo processo".<sup>(29)</sup> Según este autor, la historia militar tiene su propio campo porque la guerra es estrategia, es táctica, pero también es pasión, coraje, deseo, temor, necesidad física y necesidad moral, y estas variables sólo las puede interpretar un especialista con preparación y actitudes. Estamos de acuerdo en la necesidad de que la historia militar debe trascender el ámbito de lo puramente bélico <sup>(30)</sup>, pero sin caer en el extremismo melodramático de P. Pieri. Entre

otras cosas, porque lo principal es hacer de la historia militar un campo abierto a la mútua relación con otras disciplinas, si bien tanto a los defensores de una visión esencialmente social del ejército -A. Corvisier es el autor extranjero más influyente en Italia- o política -los italianos Rochat y Monticone, procedentes de la Historia Contemporánea- cabría recordarles que la contribución de la historia del pensamiento militar es imprescindible.<sup>(31)</sup>

La autocrítica es, quizás, el rasgo que mejor define la historiografía militar norteamericana. Allan R. Millet, Peter Paret y Walter Kaegi coinciden en señalar el atraso de la historia militar norteamericana respecto a la europea hasta mediados de los años setenta. Los dos primeros autores, en especial P. Paret, critican duramente la persistencia en su país de una historiografía militar tradicionalista o convencional -de "trompetas y tambores"-, cayéndose en una confusión metodológica enorme debido a que la principal preocupación era no perder la vieja forma de narrar los acontecimientos. A. Millett y P. Paret atacan en especial un panfleto de Walter Millis titulado Military History (1961) donde hacía de esta disciplina una historia puramente utilitaria para el poder: siguiendo las palabras de Millis, el estudio y la investigación en historia militar tiene dos funciones "to train professional military men in the exercise of their profession and on the other hand to educate governments and peoples in the military requirements of today".<sup>(32)</sup> A. Millett reprueba ante todo el uso de la historia militar por los militares para justificar determinados programas de defensa nacional.

La evolución de la historia militar hecha por historiadores hizo necesario adaptarla para los profesionales de la guerra, cometido realizado por Russell F. Weigley.<sup>(33)</sup> R. Weigley, junto a Jay Luvaas y Maurice Matloff, defiende la actualización de la disciplina, señalando la necesidad de romper las barreras entre la historia general y la militar, pero sin olvidar, como explica M. Matloff, que "History is not only a tool of research, it is also a laboratory of experience and of social science. To the military man, this is particularly important, because in his training and in his education he needs to acquire a vicarious experience of war".<sup>(34)</sup>

Los herederos de la escuela historicista alemana de la pasada centuria, centrada, como se sabe, en el estudio del "núcleo de lo político-diplomático-militar",<sup>(35)</sup> no han tenido más remedio que reconsiderar sus posturas ante el callejón sin salida de la falta de renovación.<sup>(36)</sup> Al propio estancamiento se unió el rechazo que desde la Segunda Guerra Mundial ha sufrido por parte de la vanguardia historiográfica -la escuela de Annales, la *Social History* y la historiografía marxista- que desarrolló particularmente la historia económica y social, relegando a la historia política, considerada tradicionalista<sup>(37)</sup>, y, por ende, a la historia militar. No obstante, según Lawrence Stone, "Los "nuevos historiadores" de los cincuenta y los sesenta serán sin duda severamente criticados por su obsesión por las fuerzas sociales, económicas y demográficas de la historia, y por su incapacidad para tomar suficientemente en cuenta la organización política y la toma de decisiones, al igual que las veleidades observadas en las campañas, en los sitios militares, en la destrucción y en la

conquista. El ascenso y la caída de las civilizaciones ha tenido como causa las fluctuaciones en la autoridad política y los cambios en las vicisitudes de la guerra. Es verdaderamente insólito el que estos asuntos hubieran sido descuidados durante tanto tiempo por aquellos que se consideraban a sí mismos como la vanguardia de la profesión histórica. Un reconocimiento tardío de la importancia del poder, de las decisiones políticas personales por parte de los individuos, y de las posibilidades de batalla, ha obligado a algunos historiadores a volver a la modalidad narrativa sea que lo quieran o no".<sup>(38)</sup>

M. Van Creveld acusa directamente a la influencia de la escuela de Annales -"its relevance to the decline of military history is obvious"-, para explicar el descrédito de la especialidad, también motivado por el excesivo apego a relatar "simples" batallas o campañas. W. Kaegi apunta que la renovación del estudio de los ejércitos ha tenido como actores principales las Ciencias Políticas y la Sociología y no, precisamente, la Historia. Tal situación generó la necesidad de realizar un "esfuerzo apologético" para definir la naturaleza de la historia militar, cuando, además, muchos analistas y estrategas militares, en plena era nuclear, predicaron la abolición de esta disciplina por su falta de utilidad.<sup>(39)</sup>

Colin Jones y M. Van Creveld creen que la historia militar ha salido del bache en el que había caído gracias al esfuerzo de quienes la practican por introducir la cuantificación en sus trabajos, estudiando las bases económicas, la estructura social y la organización administrativa de la guerra, hasta llegar a una socialización de la historia militar.<sup>(40)</sup> La

historia política renovada no ha sido el origen de la recuperación de la historia militar. Jones confía en la fuerza de la socialización de la nueva historia militar, pero recuerda que la forma tradicional -narrativa, política, diplomática- de acercarse al estudio de la guerra aún es practicada -la distancia marcada respecto a las advertencias de Stone es clara.

Como es obvio, ha habido otras propuestas. Pocos años antes, John Keegan escribía: "Podemos deducir que la historia militar debe en último término tratar de la batalla... no es a través de lo que los ejércitos son, sino de lo que hacen como se cambian las vidas de las naciones y de los individuos". (41) La obra de J. Keegan es el más provocativo intento de renovación de la *histoire-bataille* sin los tics tradicionalistas: la reconstrucción del combate según el punto de vista de los participantes. Es, en realidad, la superación de la historia-batalla, al tratar del soldado en la batalla.

El ya mencionado W. Kaegi defiende lo que consideramos un restablecimiento decididamente militarista, es decir, conformando una nueva especialidad con una significativa presencia de la estrategia y la *histoire événementielle* reverdecida. (42)

La propuesta de T. M. Barker pasa por la defensa de un enfoque interdisciplinario para el análisis de las fuerzas armadas y la sociedad. (43)

A finales de la década de los setenta se produjo un auge de las publicaciones cuyo tema central era la guerra o el ejército en el Antiguo Régimen, momento que para C. Jones marca el surgimiento de la nueva historia militar. Parte del éxito editorial se debe a la obra de M. Howard War in European

History (1976) -seis ediciones en inglés y traducción al francés, italiano y castellano-, un intento de explicar la historia de la sociedad europea a partir de la evolución de la guerra o, si se quiere, un análisis de los cambios en la guerra a través de las transformaciones en la sociedad, la economía y la tecnología.<sup>(44)</sup> Así, G. Best ha relanzado bajo el lema War and Society, recordando el título de la obra de G. Clark, una colección que pretende historiar el impacto de la guerra en todas sus vertientes sobre la sociedad occidental de los siglos XVI al XX.<sup>(45)</sup>

Los autores anglosajones comenzaron a partir de estas mismas fechas a tratar otros ámbitos, como J. M. Brereton responsable de una aproximación al soldado británico desde una perspectiva social,<sup>(46)</sup> o J. R. Hale que historia la presencia del soldado como temática en el arte del Renacimiento,<sup>(47)</sup> pero sin descuidar el estudio de las fuerzas armadas en la Epoca Moderna: destacan J. Childs y sus trabajos sobre los reinados de Carlos II, Jacobo II y Guillermo III, Ch. Duffy para el ejército del siglo XVIII, J. M. Hill sobre la guerra en los países de origen celta o la administración del ejército durante las guerras del siglo XVIII -hasta la de los Siete Años (1763).<sup>(48)</sup>

Asimismo, en los Estados Unidos se ha producido una recuperación de la historia militar. Autores como L. Kennett, C. Sturgill, T. Barker, J. Lynn, D. Parrott, entre otros, comenzaron a tratar temas relacionados con los ejércitos europeos, ayudando con su aportación a la evolución metodológica de la disciplina, dando como resultado una reconsideración del pasado militar de su país.<sup>(49)</sup>



El éxito de las cuestiones de carácter militar también ha servido para que autores foráneos a esta disciplina, en cierta forma, realicen aproximaciones al tema. W. H. MacNeill realiza una búsqueda de las fuentes del poder indagando en la interacción entre ejército, tecnología y sociedad, aunque despreciando claramente, al menos así lo creemos, el componente social de la guerra y los ejércitos.<sup>(50)</sup> P. Kennedy también se ocupa del poder pero buscándolo en la interacción entre economía y estrategia, examinando el conflicto militar en el contexto del cambio económico.<sup>(51)</sup> Del mismo modo son sugestivas las aproximaciones de autores como John Pettengill, que cree encontrar en el desarrollo del arma de fuego y su posterior uso por los ejércitos modernos el nexo de unión entre las élites de la Europa Occidental y del Este en una más dura explotación de las clases subalternas <sup>(52)</sup>; o John Casparis, quien traza la evolución del sistema de mercenariado suizo siguiendo la *longue durée* braudeliana, en un contexto de economía-mundo wallensteiniana.<sup>(53)</sup>

Finalmente, debemos referirnos a los trabajos que se han preocupado por relacionar guerra y economía. Desde la polémica entre W. Sombart, defensor de la tesis de que la guerra favoreció el progreso al facilitar el proceso de acumulación de capital, y J. U. Nef, quien defendía un progreso más rápido de haber podido la Humanidad evitar las guerras, el debate quedaba definido de forma apasionante por la divergencia entre ambas posturas, pero, extrañamente, ha tenido poca trascendencia. Con todo, determinados ámbitos geográficos -los Países Bajos y Alemania a causa de las guerras de los Ochenta y Treinta Años, respectivamente- gozan del favor de los estudiosos. En el primer caso disponemos de las aportaciones

de G. Parker, E. Thoen, D. Berlamont y M. P. Gutmann <sup>(54)</sup>, en el segundo el trabajo recopilatorio de Ch. Friedrichs nos ahorra la tarea de dar cuenta de la discusión sobre las consecuencias de la guerra para la población alemana.<sup>(55)</sup> Sobre otras áreas geográficas disponemos del excelente artículo de E. Stumpo, o del escrito pionero de Irena Gieysztorowa.<sup>(56)</sup> Si bien hay muchas matizaciones que contemplar, la mayor parte de los autores citados se inclina por pensar, con mayor o menor énfasis, que la guerra fue un lastre muy duro de superar a nivel económico, pero permitió ciertos beneficios a ciertos sectores sociales en determinadas coyunturas cronológico-geográficas.

#### **-La historia militar en España, siglos XVI-XVII.**

El atraso de la historiografía hispana en relación a la europea en lo que se refiere al conocimiento del ejército de los Austrias es manifiesto, pues la mayor parte, y lo mejor, de los aspectos conocidos, cronológicamente situados entre el siglo XVI y la primera mitad del XVII, es obra de hispanistas británicos, fundamentalmente, franceses e italianos. Estos introdujeron la metodología y las orientaciones propias de la renovación de la historia militar europea demostrando las enormes posibilidades y la importancia del estudio del ejército hispánico en la época de su esplendor europeo, posibilidades de investigación que, de hecho, se mantienen intactas hasta fines del siglo XVII.<sup>(57)</sup>

La historia militar hispana había evolucionado siguiendo las características propias del género hasta los años treinta y cuarenta, con la diferencia, en relación al resto de

Europa, de un impulso de la historia política en los años del primer franquismo que, si bien mimó el estudio de la España Imperial no produjo, de hecho, grandes obras en lo que respecta al ejército. Poco más tarde, el auge de los estudios económicos y sociales de la vanguardia historiográfica de los años sesenta y setenta dejaron de lado no sólo la historia política, sino también la historia militar.<sup>(58)</sup>

La renovación de la historia militar, si se puede denominar de esta forma la evolución vivida en los últimos años, se ha producido más en el ámbito de los intentos, algunos muy loables, de incorporar las nuevas metodologías y el estudio de nuevos temas dentro del amplio espectro que ofrece el ejército de los Austrias, que en el de la cantidad de trabajos generados. Se puede hablar, pues, a nuestro juicio, de una asimilación metodológica.

Uno de los temas más fecundos ha sido la formación del ejército permanente en la Península, así como el desarrollo orgánico, administrativo e ideológico de las nuevas tropas, junto a la elaboración de una flamante tradición militar. Este ha sido el trabajo de René Quatrefagues en múltiples artículos y de R. Puddu. Para Puddu, la ideología militar castellana es producto tanto de la capacidad económica para hacer la guerra (de Castilla) como de un sistema de valores, tradicionales, por supuesto: "La gloria del re, il triunfo de la fede, la honra e l'hazienda (sic)...". Este reduccionismo ideológico, aunque la obra resulte muy interesante, lo creemos excesivo, dado que no explicaría, por ejemplo, los motines del ejército de Flandes, producto de la deficiente intendencia y logística, que significaban una afrenta directa a todos los principios tradicionales esgrimidos.<sup>(59)</sup>

El propio R. Quatrefagues dedicó una obra a estudiar en profundidad uno de los pilares del nuevo ejército: el tercio. Su libro es un estudio total al referirse a todos los aspectos posibles de esta agrupación, pero siempre desde una perspectiva autónoma, es decir, sin relacionarlo con el resto del ejército -la caballería, la Armada...-.<sup>(60)</sup>

El apartado del ejército y el Estado engloba asimismo la administración de la guerra. La obra de Irving A. A. Thompson Guerra y decadencia es "una investigación del gobierno de España como instrumento para la organización de la guerra... se ocupa... de la estrategia central del gobierno militar, la función del Estado en la organización de la guerra. Su tema es la lucha entre dos sistemas opuestos de control administrativo". Uno era la administración directa del Estado y el otro el uso de contratistas particulares (asentistas) y poderes locales. El problema, al no ser excluyentes ambos métodos, era elegir en cada caso y en cada lugar determinado cuál de estos métodos se utilizaba. "Por tanto, lo que también se discute en este libro son las repercusiones que los distintos métodos administrativos tenían sobre el Estado como sistema de poder y la medida en que el equilibrio de la estructura de poder en España se veía determinada o modificada por las necesidades de la guerra y los métodos con que se satisfacían". Estos presupuestos llevan al autor a trabajar aspectos político-administrativos, socio-administrativos -recluta, papel de la nobleza- y económico-administrativos -asientos, abastecimientos del ejército y de la armada, industrias de armamentos, etcétera.<sup>(61)</sup> Siguiendo la lógica argumental de I. Thompson, la incapacidad del Estado para hacer frente a las presiones de la guerra condujo a una

reactivación de la función aristocrática en el gobierno. "Lo que tuvo lugar entre 1580-1640 fue un doble proceso: la refeudalización de la guerra y la remilitarización del señorío...". Es interesante contraponer este punto de vista con el de A. Domínguez Ortiz, N. Sales o R. Quatrefagues, quiénes argumentan la desaparición del soldado de origen noble a partir del siglo XVII.<sup>(62)</sup>

Un ejemplo magnífico de la logística del ejército hispano en un territorio tan importante como los Países Bajos es la obra de G. Parker El ejército de Flandes y el Camino Español, 1567-1659. El autor nos muestra las causas de la derrota, tras largos años de victorias, del ejército de Flandes en las guerras de los Países Bajos, siendo el resultado un fresco impresionante de la vida, y la muerte, de las tropas hispánicas en Flandes. En buena medida, la obra es un complemento de la de I.A.A. Thompson, tanto en cuanto G. Parker trata en profundidad los detalles de la administración del, según él, principal frente de guerra que mantuvieron los Austrias: la financiación militar, el aprovisionamiento del ejército, el alojamiento y, en especial, el desplazamiento de las tropas, aspectos que le llevan, desde un punto de partida cuantitativo, a establecer las normas de comportamiento -"la vida en el ejército de Flandes"- de las tropas y sus oficiales.<sup>(63)</sup>

Según Luis A. Ribot, el análisis de las formas de reclutamiento y las modificaciones que sufrieron en las crisis militares de la Monarquía en el siglo XVII, tema tratado por él mismo, "encuentra su más adecuada perspectiva en el estudio regional o local, marco este en el que es más fácil analizar toda una serie de cuestiones de indudable

interés, competencias jurisdiccionales, resistencia de las ciudades y lugares, incidencia social del reclutamiento y la milicia, repercusiones demográficas, económicas y humanas del reclutamiento, y otra serie de ellas".<sup>(64)</sup>

Dentro de esta línea se encuentran la mayoría de los trabajos realizados hasta el momento. El propio L. Ribot analiza la transformación de la recluta de milicianos en un nuevo impuesto entre 1646 y 1670. Para Andalucía contamos con las aportaciones de José Calvo, Carlos Asenjo y José Contreras, sobre todo, quien ha estudiado la organización militar, y su problemática, de el municipio de Granada a nivel social -origen socio-profesional y geográfico de sus miembros- a nivel técnico -mandos y organización interna- y a nivel funcional -defensa de la costa granadina, ejército de reserva auxiliar dentro de la Península, fuerza represora o "policial" y formación de controles sanitarios para prevenir la peste.  
(65)

También sabemos algo de la problemática militar en Aragón gracias a los estudios de Camón Aznar, José A. Armillas y E. Solano; de Navarra merced a Virginia García y, sobre todo, a J. Gallastegui; sobre Mallorca por los trabajos de Ubaldo de Casanova y para Valencia a partir de los trabajos de Margarita Vila y de S. García Martínez. Los autores, dedicados casi exclusivamente a desentrañar los secretos que depara el siglo XVII, suelen mostrar el volumen de tropas levadas, su coste económico y, con algo de suerte, la estructura defensiva del territorio en cuestión, aspectos interesantes para componer, desde el ámbito municipal y/o de un reino, el mosaico de los cambios en el sistema de recluta de tropas en el mencionado

siglo, pero abundando más en la mera descripción que en el análisis.<sup>(66)</sup>

Entre los trabajos más importantes realizados en los últimos años hay que destacar los de Fernando Cortés centrados en Extremadura y la Guerra de Restauración de Portugal. Su principal aportación "La Guerra de Extremadura, 1640-1668. (Ejército, financiación y consecuencias)", es una aproximación a la realidad humana del ejército: a sus defectos -indisciplina, pillaje y deserción- causados en buena medida por la oficialidad, y un estudio de la realidad individual a partir de las actas de entierro -niveles de pobreza y riqueza, procedencia geográfica de las tropas o lugares de entierro. En cuanto a la financiación, Cortés cree que pudo sufragarse por las enormes exacciones tributarias padecidas por Extremadura, teniendo la guerra como consecuencias la despoblación, la ruina y el empobrecimiento de la población por los continuos alojamientos, tránsitos y aprovisionamientos de las tropas y por el carácter de guerra-razzia practicado. Cortés también dedica su atención a las consecuencias ético-morales del conflicto a partir del estudio de la natalidad ilegítima en Badajoz. Por lo tanto, aporta una nueva metodología y/o una nueva idea en el uso de una documentación muy explotada para otros menesteres.

En otro trabajo, Cortés insiste en aspectos como las fortificaciones, el armamento, la financiación y el abastecimiento de la guerra, aunque a nuestro juicio debería tratar el problema peliagudo de los beneficios económicos de la guerra: quiénes se beneficiaban de los asientos y de lo gastado por el ejército real en Extremadura, planteándose si no era esta una forma de compensar el enorme dispendio

realizado. En cualquier caso, Cortés reafirma su idea de que el conflicto, una auténtica Guerra de los Treinta Años extremeña en sus consecuencias y, prácticamente, también en su duración, arruinó quizás para siempre las estructuras de su región, en gran medida debido al papel jugado por las clases dirigentes.<sup>(67)</sup>

Además del trabajo de Cortés, el tema del abastecimiento de los ejércitos cuenta con la aportación de Carmen Sanz Ayán, que evalúa las diferencias entre el frente catalán y el extremeño a partir, precisamente, de la problemática de su abastecimiento y la recluta de tropas, prestando especial atención a los asentistas, siendo útil al respecto su obra sobre el reinado de Carlos II.<sup>(68)</sup>

José Alcalá-Zamora ha estudiado los centros de fabricación de artillería y municiones de Liérganes y La Cavada y la fábrica de Corduente en Molina de Aragón, destacando como a partir de 1635 se disfrutó de autonomía en lo que se refiere a la fabricación de artillería en la Península. I. Thompson dedicó en su trabajo muchas páginas a explicar la evolución, desde el monopolio real a la plena privatización en la década de 1630, de la industria de armamentos, salvo la de pólvora de Cartagena.<sup>(69)</sup>

Dentro de la historia social de los militares, oficiales y soldados, que debe tratar, según L. Ribot, sobre sus orígenes, vida material, cultura, religiosidad y su mentalidad, sistemas de ascenso y promoción, etcétera,<sup>(70)</sup> de nuevo G. Parker y R. Quatrefagues iniciaron el camino, mientras que otros autores, como F. Cortés, han tocado esta problemática; también contamos con el trabajo de Manuel J. de Lara y David González metodológicamente interesante al abrir la perspectiva del uso



del testamento para estudiar la situación social, económica y familiar, la alfabetización y el nivel cultural de los militares.<sup>(71)</sup>

Aunque tímidamente, comienzan a aflorar algunos trabajos dedicados a la arquitectura y la enseñanza militar, así como a la interconexión entre guerra, Estado y ciencia.<sup>(72)</sup> Si bien los resultados no son desdeñables, muestran, ante todo, lo mucho que aún falta por conocer de una temática tan amplia.

El artículo de L. Ribot "Milán, Plaza de armas de la Monarquía"<sup>(73)</sup>, en el que estudia la evolución cuantitativa de la guarnición y del ejército del ducado de Milán a lo largo del siglo XVII, junto a la estructura de las diversas agrupaciones y el costo de su mantenimiento, nos da pie para relacionar la evolución política de la Monarquía con las opciones, y las realidades, militares a su disposición en cada momento, y ello no sólo en lo que respecta a Flandes, como ya hizo Parker, sino también para Milán, Nápoles y Cataluña. Al mismo tiempo, deberíamos ser capaces de relacionar entre sí todos estos frentes de acción de la Monarquía, en el siglo XVII, obviamente, para discernir cómo evolucionó la administración de la guerra y qué opciones políticas tomó el gobierno según el reflejo de lo militar. De esta forma queda explícita nuestra opción metodológica: la historia social como instrumento para el estudio de los militares; la historia política deberá desentrañar la trama de las decisiones que afectarán a los participantes en el conflicto.<sup>(74)</sup>

Hemos dejado para el final la constatación del impulso que el tema del ejército está teniendo en la historiografía catalana más reciente. Si bien se cuenta con obras ya clásicas como La acción de Francia en Cataluña en la pugna por la

hegemonía de Europa, 1640-1659 (1956) de J. Sanabre, que en su momento fue un revulsivo sin continuidad en el estudio de las guerras del siglo XVII, en la década de los ochenta, sobre todo, han aparecido una serie de trabajos que demuestran la necesidad de abordar la problemática bélica de un país como Cataluña, de larga tradición militar cuyo influjo, bajo la forma de sistemas de movilización particulares, aún perduraba. En general, estos trabajos han tenido los hechos de 1640 como base principal de su desarrollo, y el estudio de la problemática de los alojamientos para explicar lo ocurrido entre 1687 y 1689, la *Revolta dels gorretes*, faltando una continuidad de estudios entre ambos eventos.

Un sector de la historiografía modernista catalana -Eva Serra, N. Sales, J. Vidal Pla son nombres significativos, entre otros- aprovechan las conclusiones un tanto forzadas de la obra de V. Ferro para defender la existencia en los siglos XVI y XVII de un estado catalán con todas sus atribuciones, incluidas las administrativo-militares. A. Simon critica este punto, ya que para él no hubo tal desarrollo de estructuras propias administrativo-militares de signo moderno.<sup>(75)</sup> Es, precisamente, la constatación de esta realidad -así lo creemos, al menos- lo que ha impulsado a determinados autores a intentar hallar los rastros del ejército catalán, tarea ardua dado que éste jamás existió en la Epoca Moderna. Por ello, Jordi Vidal intenta suplir tal deficiencia defendiendo el estudio de las formas tradicionales de la organización armada en Cataluña, refiriéndose a ellas como sistemas de movilización propios del Principado equiparables a los que se estaban generando en la Europa del momento. En esta línea, X. Torres ha prestado atención a los *miquelets* catalanes entre

1640 y 1652, de una forma muy lúcida por otra parte, sin olvidar la contribución primigenia de N. Sales a este tema. A. Alcoberro estudia las reacciones locales ante la guerra en la comarca del Baix Empordà en 1639-40 y ante la ocupación francesa de 1694-8, aportando una visión muy interesante, en la que se debería profundizar, de la guerra en zonas muy restringidas. En esta misma línea cabe mencionar, de nuevo, a Jordi Vidal quien en un artículo pionero nos presenta las reacciones ante el ejército en otra zona del Principado: Vilafranca y el Penedès y las formas de resistencia al mismo. En este caso, las tropas son presentadas invariablemente como agresoras, además de ocupantes del territorio catalán, sin intentar en ningún momento explicar los motivos de tales comportamientos.

En definitiva, los temas de carácter militar han servido para dotar a una argumentación crítica -resistencial-política, especialmente promovida por Eva Serra- sobre la hegemonía imperial de los Austrias en el Principado de Cataluña de una mayor profundidad científica, pero es justamente el uso y abuso de la historia militar en beneficio de unos determinados apriorismos ideológicos lo que conduce, a nuestro juicio, a un callejón sin salida para esta disciplina a menos que se valore su importancia intrínseca.

## NOTAS

1. E. MURAISE: Introduction a l'histoire militaire. Ed. Lavauzelle, Paris, 1964. pp. 36 y ss.

Sobre los humanistas italianos e hispanos, Vid. R. QUATREFAGUES: "Aux origines de l'Etat Militaire Castillan: le Tratado de la perfección del Triunfo Militar (1459)", en Le soldat, la stratégie, la mort. Mélanges André Corvisier. Ed. Economica, Paris, 1988, pp. 367-376. P. PIERI: "Orientamenti per lo studio di una Storia delle dottrine militari in Italia", en Atti del Primo Convegno Nazionali di Storia militare, Roma, 1969, pp. 123-162.

2. O. BOVIO: L'Ufficio storico dell'esercito. Un secolo di storiografia militare. Roma, 1987, pp. 7-9.

Al parecer, la obra de Jomini fue rápidamente reconocida e incluida en el programa de estudios de West Point. Vid. Hew STRACHAN: European Armies and the Conduct of War. Allen and Unwin, London, 1984, p. 3.

3. M. VAN CREVELD: "Thoughts on Military History", Journal of Contemporary History, Vol. 18, n° 4, 1983, pp. 548-565.

4. W.E. KAEGI: "The Crisis in Military Historiography", Armed Forces and Society, Vol. 7, n° 2, winter, 1981, pp. 308-310. Vid., asimismo, BOVIO, Op. Cit., y MURAISE, Op. Cit.

Sobre H. Delbrück, aunque lamentablemente no hemos podido acceder todavía, G. A. CRAIG: "Delbrück: the military Historian", en P. PARET, (ed.): Makers of modern Strategy... Princeton, 1986, pp. 326-353.

5. Vid. P. PARET: "The History of War", Daedalus, Vol. 1, 1971, p. 378. La idea de Hintze de que la organización bélica de un estado influía en su organización política trascendió de tal manera que, poco tiempo después, Sir Lewis Namier diría: "The social history of Nations is largely moulded by the forms and development of their armed forces, the primary aim of national organisation being common defence". La cita procede de England in the Age of the American Revolution. London, 1930, p. 7. Vid. PARET, "The History...", p. 394, n. 3.

6. Vid. A. CORVISIER: Armées et Sociétés en Europe de 1494 à 1789. PUF, Paris, 1976, p. 7.

Idem.: "Militaire (Histoire)", en A. BURGUIERE: Dictionnaire des sciences historiques. PUF, Paris, 1986, pp. 465-6.

7. Vid. C. JONES: "New Military History for Old? War and Society in Early Modern Europe", European Studies Review, Vol. 12, 1982, pp. 97-108.

8. G. PARKER: La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800. Ed. Crítica, Barcelona, 1990, pp. 17-8.

9. Según Duffy "The Military Revolution on land was paralleled by a simultaneous revolution at sea which saw its greatest development in the growth of the British Royal Navy". Vid. M.

DUFFY: "The foundations of British Naval Power", en M. DUFFY (ed.): The Military Revolution and the State, 1500-1800. University of Exeter, 1980, p. 49.

10. Todos estos factores son desarrollados por G. PARKER: "La Revolución Militar, 1560-1660: ¿Un mito?", en España y los Países Bajos, 1554-1659. Ed. Rialp, Madrid, 1986, pp. 115-143.

11. M. DUFFY, Op. Cit., "Introduction", pp. 1-9.  
G. Parker, La Revolución..., Op. Cit., pp. 18-9.

12. No se tiene en cuenta en R. PORTER y M. TEICH (Eds.): Revolution in History, 1986, edición hispana en Crítica, Barcelona, 1990.

13. G. PARKER, La Revolución Militar..., Op. Cit., pp. 18-70 y 115-158.

14. S. ADAMS: "Tactics or politics? The Military Revolution and the Habsburg Hegemony, 1525-1648", en J. LYNN (ed.): Tools of war. Instruments, Ideas and Institutions of warfare, 1445-1871. University of Illinois, Urbana, 1990, pp. 30-8 y 46. Para John Lynn, "So far as army expansion is concerned, Adams concludes that the instruments of war exerted less influence than ideas did". Vid. "The pattern of Army Growth, 1445-1945", en LYNN (ed.), Tools of War..., Op. Cit., p. 21-2.

Otras críticas a Parker sobre la caballería en K. JESPERSEN: "Social change and Military Revolution in Early Modern Europe: some danish evidence", The Historical Journal, Vol. 26, 1, 1986, pp. 1-13, donde este autor explica cómo se mantuvo la convocatoria del antiguo servicio feudal de caballería al rey, aunque transformado, hasta 1679; y en M. HOWARD: La guerre dans l'histoire de l'Occident. Fayard, Paris, 1988, p. 21, donde crítica la idea de que la innovación técnica explica la crisis de la caballería frente al infante piquero a inicios del siglo XVI, porque los infantes suizos ya habían derrotado a la caballería austriaca en el siglo XIV armados con hachas y no con picas.

15. J. BLACK cita como ejemplos Rocroi (1643) donde 17.000 hispanos son derrotados por 24.000 franceses, Montaña Blanca (1620) donde 28.000 hombres de la Liga Católica derrotaron a 21.000 protestantes, o Nördlingen (1634) donde 33.000 católicos vencieron a 25.000 protestantes. Vid. J. BLACK: A Military Revolution? Military change and European society, 1550-1800. Ed. MacMillan, London, 1991, pp. 10-3.

16. J. BLACK, Op. Cit., pp. 17-8.  
Sobre Polonia Vid. W. MAJENSKI: "The polish art of war in the sixteenth and seventeenth centuries", en J. K. FEDOROWICZ: A Republic of Nobles. Studies in polish History to 1864. Cambridge U. P., 1982, pp. 179-197. El ejército polaco fue el único que en la época moderna convino elementos de la táctica y estrategia propia de la guerra en el Este -por influjo tártaro- con la táctica occidental basada en el avance tecnológico del arma de fuego.

17. J. BLACK cree que el armamento y la organización militar cambiaron más entre 1660 y 1710 que en toda la centuria anterior. Vid. A Military Revolution..., Op. Cit., p. 33.

18. J. BLACK, Op. Cit., pp. 67 y 90-1. Black considera las guerras de la Alta Edad Moderna como un producto de las élites belicosas, por ello su definición de absolutismo, y del cambio en la naturaleza de las guerras en la Baja Edad Moderna, se produce en términos de un consenso de la élite. G. Parker también se muestra cauto y dice que "puede ser peligroso establecer una relación demasiado estrecha ante la guerra y el crecimiento del absolutismo". Vid. La Revolución Militar..., Op. Cit., p. 271, n. 3 del capítulo quinto. Con todo, el reflejo de Roberts puede observarse en autores tan dispares como P. Anderson o, en especial, J. Vicens Vives.

19. A. CORVISIER: "Aspects divers de l'histoire militaire", Revue d'histoire moderne et contemporaine, janvier-mars, 1973, pp. 1-9. *Idem.*, "Militaire (Histoire)", en A. BURGUIERE, Op. Cit., pp. 466-7. Corvisier cita como un predecesor en el estudio de los problemas sociales del ejército en el siglo XVIII a Emile-G. LEONARD y su L'Armée et ses problèmes en France au XVIIIe. siècle, 1958.

20. Buena parte de estos artículos dispersos se hayan recogidos en la obra Les hommes, la guerre et la mort. Economica, Paris, 1985.

21. Les hommes, la guerre..., Op. Cit., p. 20. Asimismo, reconoce que "La place du fait militaire dans la Nation et dans l'Etat constitue des composantes indispensables à l'étude de sa place dans la société quelles que soient les formes prises suivant les époques et les pays par les rapports entre l'armée et la société.", Vid. Armée et sociétés..., Op. Cit., p. 9.

22. Vid. "Guerre et mentalités au XVIIe. siècle", en Dix-Septième siècle, Vol. 38, 1985, pp. 218-232.

23. J. CHAGNIOT: "L'histoire militaire de l'époque moderne (XVIIe.-XVIIIe. siècles)", en Revue Internationale d'Histoire Militaire, n° 61, 1985, pp. 65-86.

24. Vid. A. CORVISIER: "Militaire (Histoire)", en A. BURGUIERE, Op. Cit., p. 467.

J. Chagniot nos evita con la bibliografía citada en su artículo hacer lo propio, Vid. Art. Cit., pp. 82-6. Algunos de estos autores anglosajones son D. BAXTER: Servants of the Sword. French intendants of the Army, 1630-1670. University of Illinois, Urbana, 1976; J. LYNN: "Tactical Evolution in the French Army, 1560-1660", French Historical Studies, 1985; *Idem.*: "The growth of the French Army during the Seventeenth Century", en Armed Forces and Society, VI, 1980; P. SOLON: "Le rôle des forces armées en Comminges avant les guerres de Religion, 1502-1562", en Annales du Midi, n° 193, 1991.

25. Vid. G. HARRIES-JENKINS y Ch. MOSKOS: Las fuerzas armadas y la sociedad, Alianza, Madrid, 1984, pp. 64 y 127. A. CORVISIER: "Militaire (Histoire)", en BURGUIERE, Op. Cit., p. 469. T. M. BARKER: "Military History, the Social Sciences and Early Modern Europe", en T. M. BARKER (ed.): Army, Aristocracy, Monarchy: Essays on War, Society and Government in Austria, 1618-1780. New York, 1982, pp. 151-2.

26. H. KELLENBENZ: "Fritz Redlich (1892-1978)", en The Journal of European Economic History, Vol. 11, n° 2, 1982, p. 464. Las obras de Redlich al respecto: "De Praeda Militari: looting and booty, 1500-1715", en Vierteljahrschrift für Social-und-Wirtschaftsgeschichte, Beiheft 39, Wiesbaden, 1956 y The German Military Enterpriser and his workforce, 2 Vols. publicado en los números 47 y 48 de la mencionada revista, 1964-5.
27. Vid. en especial War and Society in Europe, 1618-1648. Cambridge U. P., 1978.
28. P. PIERI: "Sur les dimensions de l'histoire militaire", Annales, E.S.C., 1963, 4, pp. 625-638.
29. Vid. O. BOVIO: L'ufficio storico..., Op. Cit., p. 18, cita de Pieri procedente de Storia Militare del Rinascimento, Turin, 1961. Otras obras: Il Rinascimento e la crisi militare italiana, Turin, 1952 y La guerra e la politica negli scrittori militari italiani, Florencia, 1955.
30. Según M. Howard, "Muchas veces hay que buscar las raíces de la victoria y de la derrota lejos del campo de batalla, en factores políticos, sociales y económicos que descubren por qué están constituidos los ejércitos de un cierto modo y por qué sus jefes los conducen como lo hacen". Vid. "Uso y abuso de la Historia Militar", en Las causas de las guerras y otros ensayos. Ed. Ejército, Madrid, 1987, p. 274.
31. El propio Pieri ha trabajado en este ámbito. Vid. "Orientamenti per lo studio di una storia delle dottrine militari in Italia", en Atti del primo convegno nazionali di storia militare. Roma, 1969, pp. 123-162. Sobre los problemas de la historia militar en Italia, una disciplina influida por la Historia Contemporánea, Vid. V. ILARI: "La storiografia militare italiana: riflessioni critiche su strutture, ruolo e prospettive", en VV. AA.: La storiografia militare italiana negli ultimi venti anni. Ed. Franco Angeli, Milano, 1985, pp. 158-173.
32. Citado por PARET: "The History of War", Art. Cit., p. 382. P. Paret compara las intenciones de W. Millis con las de H. Delbrück, quien en su obra, sin negar el uso que podrían hacer de ella los militares, decía "but the book is written for friends of history by a historian.", la cita procede de la introducción sin paginar del Vol. IV de Geschichte der Kriegkunst..., Berlin, 1920.
33. Según A. Millett esto es lo único novedoso en la obra de R. F. WEIGLEY (ed.) New Dimensions in Military History. Presidio Press, San Rafael, 1975. Vid. Allan MILLETT: "Clio and Mars", en Armed Forces and Society, Vol. 4, n° 2, 1978, pp. 335-340.
34. R. F. WEIGLEY (ed.), New Dimensions..., p. 393. La contribución de J. LUVAAS se titula "Military History: An Academic Historian's Point of View" y la de M. MATLOFF "The Nature and the Scope of Military History".

35. J. CASANOVA: La historia social y los historiadores. Ed. Crítica, Barcelona, 1990, pp. 33-4.
36. W. KAEGI habla de una falta casi total de innovación en los escritos de historia militar norteamericana entre 1945 y 1979. Vid. "The Crisis...", Art. Cit., pp. 300.
37. J. GIL PUJOL: "Notas sobre el estudio del poder como una valoración de la historia política". Pedralbes, n° 3, 1983, pp. 61-88.
38. L. STONE: "El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia", en El pasado y el presente. México D. F., 1986, p. 103.
39. Vid. M. VAN CREVELD: "Thoughts in military history", Art. Cit., pp. 552-5. W. KAEGI: "The Crisis in Military Historiography", Art. Cit., pp. 300-3. Kaegi se refiere a los esfuerzos de Von Groote y Wohlfeil en el primer número de Militär-geschichtliche Mitteilungen, 1967. Sobre la opinión de analistas militares refleja la de B. BRODIE: Strategy in the Missile Age. Princeton, 1959. Al parecer, la opinión soviética al respecto era similar.
40. M. VAN CREVELD: "Thoughts...", Art. Cit., pp. 552-5. C. JONES: "New Military History for Old?...", Art. Cit., pp. 97-8.
41. John KEEGAN: El rostro de la batalla. Ed. Ejército, Madrid, 1990, p. 40. (1ª edición inglesa de 1976). Cursiva en el original.  
La renovación, o, más bien, la acentuación del interés por la logística puede verse en M. VAN CREVELD: Los abastecimientos en la guerra. Ed. Ejército, Madrid, 1985.
42. Vid. W. KAEGI, Art. Cit., pp. 310-3 y crítica al respecto de T. BARKER en "Military History, Social Sciences...", Op. Cit., pp. 236-7, n. 13.
43. T. M. BARKER, Op. Cit., pp. 153-4.
44. G. BEST, director de la serie War and Society hace referencia directa a la obra de Howard en este sentido. Vid. M. S. ANDERSON War and Society in Europe of the Old Regime, 1618-1789. Leicester U. P., 1988, prólogo de Best, p. 9.  
En cualquier caso, nos parece excesiva la aseveración de H. STRACHAN: "The best history of war in Europe is Howard (1976)". Vid. European Armies and the conduct of war, Op. Cit., p. 7.
45. El primer volumen de la serie, War and Society in Renaissance Europe, 1450-1620, London, 1985, de John Hale concluye con una consideración interesante: "La guerra in questo periodo fosse per l'ultima volta, era un fenomeno in larga misura non costituzionale, solo marginalmente politico. E questa è una delle giustificazione per averla trattata così diffusamente come un fenomeno sociale". Cito por la traducción italiana de 1987, Ed. Laterza, p. 280.



46. Vid. The British soldier. A Social History from 1661 to the Present Day. London, 1986. En la introducción dice: "...this book is a history of the british soldier, and not of the Army".
47. Vid. "The Soldier in Germanic Graphic Art of the Renaissance", Journal of Interdisciplinary History, XVII:1, summer 1986, pp. 85-114.
48. Vid. J. CHILDS: The Army of Charles II (1976); The Army, James II and the Glorious Revolution (1980); The British Army of William III (1987). C. DUFFY: The Military experience in the Age of Reason (1987). J. M. HILL: Celtic warfare, 1595-1763 (1986). A. J. GUY: Oeconomie and Discipline: officership and Administration in the British Army, 1714-1763 (1985).
49. En concreto, me refiero al trabajo de Don HIGGINBOTHAM: "The Military Institutions of Colonial America: the Rhetoric and the Reality", en J. LYNN (ed.), Tools of War..., Op. Cit., pp. 131-153 y a los diversos trabajos sobre el ejército en los diversos territorios que conformarían la Unión.
50. Refiriéndose a la recluta de tropas dice: "La fuerza física de la instrucción y las nuevas rutinas eran tales que hacían en gran medida irrelevante los orígenes y la experiencia anterior del recluta para su conducta como soldado. Esto priva a los estudios sobre los orígenes locales y de clase de los hombres enrolados de todo interés que no sea el anecdótico. Los historiadores franceses, quizás influidos por el marxismo, han sido particularmente activos en este empeño...", y se refiere explícitamente a A. CORVISIER. Vid. La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1.000 d. C. Siglo XXI, Madrid, 1988, p. 154, n. 21.
51. P. KENNEDY: The rise and fall of the Great Powers. Economic change and Military conflict from 1.500 to 2.000. New York, 1987, (Trad. esp. 1989). El problema de la obra de Kennedy estriba en que uno no sabe qué tiene en las manos, pues el propio autor dice que no es un libro de historia militar, pero tampoco de historia económica...
52. John S. PETTENGILL: "The impact of Military technology on European Income Distribution", Journal of Interdisciplinary History, X:2, 1979, pp. 201-225.
53. John CASPARIS: "The Swiss Mercenary System: Labor Emigration from the Semiperiphery", Review. A journal of Fernand Braudel Center, V, 4, 1982, pp. 593-642.
54. G. PARKER: "Guerra y cambio económico: los costes de la revuelta holandesa", en España y los P. Bajos..., Op. Cit., pp. 245-280; E. THOEN: "Warfare and the Countryside: Social and Economic Aspects of the Military Destruction in Flanders during the Late Middle Ages and the Early Modern Period", Acta Historiae Neerlandicae, n° 13, 1980, pp. 225-39; D. BERLAMONT: "Occupations militaires et finances urbaines aux XVIIe. et XVIIIe. siècles: l'exemple verviétois", Annuaire d'Histoire Liegeoise, 1972, n° 13, pp. 59-106; M. P. GUTMANN: War and Rural Life in the Early Modern Low Countries. Princeton, 1980.

55. Ch. R. FRIEDRICH: "La guerra y la sociedad alemana", en G. PARKER: La Guerra de los Treinta Años. Crítica, Barcelona, 1988. Vid. asimismo, su obra Urban Society in an Age of War: Nördlingen, 1580-1720. Princeton, 1979, en especial el capítulo quinto.

56. E. STUMPO: "Guerra ed economia: spese e guadagni militari nel Piemonte del seicento", en Studi Storici, 1986 n° 2, pp. 371-395. I. GIEYSZTOROWA: "Guerre et régression en Masovie aux XVIIe. et XVIIIe. siècles", en Annales, E. S. C., 1958, n° 4, pp. 651-668.

57. Me baso como hilo conductor principal en el artículo pionero de Luis A. RIBOT: "El ejército de los Austrias: aportaciones recientes y nuevas perspectivas", Pedralbes, n° 3, 1983, pp. 89-126.

R. QUATREFAGUES ha señalado oportunamente los amplios campos aún por cubrir en su estado de la cuestión "The Military System of the Spanish Habsburgs", en T. M. BARKER y R. BAÑÓN (eds.): Armed Forces and Society in Spain. Past and Present. N. York, 1988, pp. 1-50.

58. Sería muy prolijo demostrar lo dicho en base a la cita de obras de la época de todos conocidas. La tradición de escritores militares del siglo pasado dio buenos frutos, aún aprovechables hoy día como las obras de J. Almirante, del conde de Clonard, de F. Barado o A. Vallecillo. Entre los años cuarenta a los sesenta destacan R. DEL ARCO: La idea del Imperio en la política y la literatura españolas, Madrid, 1944; A. GAMIR: Organización de la defensa de la costa del reino de Granada, Granada, 1947; F. LANUZA: El ejército en tiempo de los Reyes Católicos, Madrid, 1953; J. VIGON: Historia de la artillería española, 3 Vols., Madrid, 1947; del mismo El ejército de los Reyes Católicos, Madrid, 1968; y las obras de M. A. LADERO QUESADA: Milicia y economía en la Guerra de Granada. El cerco de Baza, Valladolid, 1964 y Castilla y la conquista del reino de Granada, Valladolid, 1967.

Vid. Gonzalo PASSAMAR: "El tratamiento historiográfico e ideológico del siglo XVI en la posguerra española (1940-1950)", en VV. AA.: Jerónimo Zurita. Su época y su escuela. Zaragoza, 1986, pp. 393-400.

59. Vid. R. QUATREFAGUES: "Etat et Armée en Espagne au début des temps modernes", Mélanges de la Casa de Velázquez, tome XVII, 1981; "A la naissance de l'Armée moderne", Idem, Tome XIII, 1977; "La elaboración de una nueva tradición militar en la España del siglo XVI", Cuadernos de Investigación Histórica, n° 4, 1980.

R. PUDDU: Il soldato gentiluomo. Autoritratto d'una società guerriera. La Spagna del Cinquecento. Il Mulino, Bologna, 1982. Cita procedente de la página 8.

60. R. QUATREFAGUES: Los tercios españoles, 1567-1577. FUE, Madrid, 1979.

G. PARKER ha criticado, con razón, la imagen idílica con que tratan tanto Puddu como Quatrefagues la experiencia exterior del soldado hispano, cuando la realidad solía ser mucho más dura. Vid. PARKER, La Revolución Militar..., p. 230, n. 14.

61. I. A. A. THOMPSON: Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620. Barcelona, 1981. Cita de las páginas 9-10, y 346-7.
62. I. THOMPSON, Op. Cit., pp. 339.  
N. SALES: "La desaparición del soldado gentilhomme", en Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos. Ariel, Esplugues de Llobregat, 1974; A. DOMINGUEZ ORTIZ: "La movilización de la nobleza castellana en 1640", Anuario de Historia del Derecho Español, Vol. XXV, 1955, pp. 799-823; R. QUATREFAGUES: "La elaboración...", Art. Cit., pp. 12-3.
63. G. PARKER: El ejército de Flandes y el Camino español. Revista de Occidente, Madrid, 1976.
64. L. A. RIBOT: "El reclutamiento militar en España a mediados del siglo XVII. La "composición" de las Milicias de Castilla". Cuadernos de Investigación Histórica, nº 9, 1986, pp. 63-89; "El ejército de los Austrias...", Art. Cit., pp. 112-122.
65. J. CALVO: "Medio siglo de levas, reclutas y movilizaciones en el Reino de Córdoba, 1697-1712", Actas del IIº Coloquio de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna. Tomo II, Córdoba, 1983, pp. 25-41. C. ASENJO: "Una leva para la guerra de Cataluña (la de Guadix de 1642)". Ier. Congreso de Historia de Andalucía. Andalucía Moderna. Tomo I, Córdoba, 1978, pp. 61-88. J. CONTRERAS GAY: Problemática militar en el interior de la Península durante el siglo XVII. El modelo de Granada como organización militar de un municipio. Fundación March, Madrid, 1980. "Aportaciones al estudio de los sistemas de reclutamiento militar en la España moderna", en Anuario de Historia Moderna y Contemporánea, Nº 8, 1981, pp. 7-44, son sus trabajos principales.
66. J. CAMON: "La situación militar en Aragón en el siglo XVII", Revista de Historia Militar, nº 28, 1970, pp. 7-38 y nº 29, 1970, pp. 41-78. J. A. ARMILLAS: "Levas zaragozanas para la Unión de Armas de 1638", Estudios/78, pp. 169-188. E. SOLANO: El servicio de armas aragonés durante el siglo XVII. Zaragoza, 1980.  
M. VILA: "La aportación valenciana a la guerra con Francia, (1635-40)", Estudis, nº 8, 1979-80, pp. 125-142. Idem: La reorganización de la milicia efectiva del reino de Valencia en 1643. Valencia, 1983. S. GARCIA MARTINEZ: Els fonaments del País Valencià modern. València, 1968, especialmente, pp. 103-125.  
Virginia GARCIA: "La donación de un tercio navarro para la guerra de Cataluña en 1642", Príncipe de Viana, anejo nº 9, pp. 121-9. J. GALLASTEGUI: Navarra a través de la correspondencia de los virreyes, (1598-1648). Pamplona, 1990, esp. pp. 49-139.  
U. de CASANOVA: "Algunas anotaciones sobre el sistema defensivo de Mallorca en el siglo XVII. El 'fondo de la fortificación'". Estudis, nº 12, 1985-6, pp. 97-124. Idem: "Los alojamientos de soldados en el Reino de Mallorca a lo largo del siglo XVII". Mayurqa, nº 22, 1989, pp. 733-744.
67. Según el autor, el conflicto con Portugal es el que "con mayor intensidad coartó el posterior desenvolvimiento de

Extremadura". Vid. "La Guerra de Extremadura...", Revista de Estudios Extremeños, tomo XXXVIII, 1982, pp. 37-122. La cita procede de la página 87. Igualmente: El real ejército de Extremadura en la Guerra de Restauración de Portugal (1640-1668). Universidad de Extremadura, Cáceres, 1985.

Paralelo al trabajo de Cortés cabe mencionar el de Lorraine WHITE, quien, en un interesante artículo, esboza la percepción de los extremeños sobre la guerra y sobre los ejércitos contendientes. Vid. "Actitudes civiles hacia la guerra en Extremadura (1640-1668)", en Revista de Estudios Extremeños, tomo XLIII, 1987, pp. 487-501.

68. C. SANZ: "La problemática del abastecimiento de los ejércitos de Extremadura y Cataluña durante 1652", en Temas de Historia Militar, Tomo II. Madrid, 1988, pp. 223-231. *Idem.*, Los banqueros de Carlos II. Universidad de Valladolid, 1989.

69. J. ALCALA-ZAMORA: Historia de una empresa siderúrgica española: los Altos Hornos de Liérganes y la Cavada (1622-1834), Santander, 1974 y "La fábrica de hierro colado de Corduente en Molina de Aragón (1642-1672)", Estudios, 1974, pp. 61-119.

I. THOMPSON, Op. Cit., pp. 312-3.

También tiene interés la aportación, aunque desde una óptica de historia económica, de Julio SANCHEZ: "Abastecimiento y desabastecimiento de la pólvora en España en el siglo XVI", en Temas de Historia Militar, tomo II, Op. Cit., pp. 185-196.

70. L. A. RIBOT: "El ejército de los Austrias...", Art. Cit., p. 122.

71. M. J. de LARA y D. GONZALEZ: "El militar de provincias ante el siglo de las reformas. Una aproximación a su vida familiar, social y económica a través de la documentación testamentaria: cincuenta años en el caso de Huelva (1680-1730)", Temas de Historia Militar, Tomo II, Op. Cit., pp. 351-369.

72. Vid. los trabajos de Alicia CAMARA: "Fortificación, ciudad y defensa de los reinos peninsulares en la España imperial. Siglos XVI y XVII", en C. de SETA y J. LE GOFF (eds.): La ciudad y las murallas. Ed. Cátedra, Madrid, 1991, pp. 89-112; "Tratados de arquitectura en España, siglos XVI y XVII", Goya, n° 156, 1980, pp. 338-345; "La arquitectura militar y los ingenieros de la Monarquía española: aspectos de una profesión (1530-1650)", en Revista de la Universidad Complutense, n° 3, 1981, pp. 255-269.

R. QUATREFAGUES: "La fortificación en España durante el Renacimiento", Temas de Historia Militar. Tomo I, Madrid, 1983, pp. 131-142.

A. CAMPILLO: La fuerza de la razón. Guerra, Estado y Ciencia en los tratados militares del Renacimiento. De Maquiavelo a Galileo. Univ. de Murcia, 1986. La obra de Campillo es importante al hacer mención de la rica tratadística hispana.

Juan BARRIOS: "La enseñanza militar española en tiempos de los Austrias", en Revue Internationale d' Histoire Militaire, n° 56, 1984, pp. 95-124.

73. Publicado en Investigaciones históricas, nº 10, 1990, pp. 205-38.

74. Los factores económicos deberán ser contemplados desde una óptica política, tanto en cuanto ayudan a conseguir o hacen fracasar decisiones de tipo político. No obstante, como son los hombres quiénes mueren en la guerra, la historia social debe estar a una altura paralela a la política.

75. Vid. "La revuelta catalana de 1640: una interpretación", en A. SIMON *et alii.*: 1640: La Monarquía hispánica en crisis. Ed. Crítica/Centre d'estudis d'història moderna "Pierre Vilar", Barcelona, 1992, pp. 33.

V. FERRO: El Dret públic català... Eumo, Vic, 1987. Este autor matiza muchísimo más la existencia de formas propias de la organización armada en Cataluña.

## CAPITULO II: CARACTERISTICAS DE LA GUERRA EN EL SIGLO XVII.

Nos proponemos trazar en este capítulo, sin duda demasiado someramente, las características más particulares del fenómeno bélico en la Europa de la Epoca Moderna centrándonos, especialmente, en el siglo que nos ocupa.

En contraste con la atención historiográfica que en los últimos decenios ha merecido esta cuestión, en el pasado los principales autores políticos reflejaron perfectamente el belicismo de la época que les tocó vivir. En realidad, estaban tratando de un hecho cotidiano. Según un estudio reciente sobre la incidencia de la guerra en Europa, los años comprendidos entre 1500 y 1700 fueron los más belicosos en proporción -en un 95% de estos años hubo guerra-, extensión e intensidad de los conflictos. En el siglo XVII el Imperio Otomano, el Imperio Habsburgo y Suecia tuvieron guerras dos de cada tres años, la Monarquía Hispánica tres de cada cuatro, Polonia y Rusia cuatro de cada cinco.<sup>(1)</sup>

No es de extrañar que el conflicto bélico se convirtiese, habiendo evolucionado desde la disputa señorial feudal, incluso en un factor de seguridad para los nacientes Estados. Para Jean Bodin, por ejemplo, la guerra exterior era el mejor modo de conservar el Estado frente a las sediciones, rebeliones y guerras civiles, que no se producirían gracias a la cohesión obtenida con el conflicto externo. Por otro lado, la guerra era un medio legítimo para limpiar la república de asesinos, vagabundos, agitadores, ladrones y demás criminales,

dado que ésta "es como una medicina purgativa y muy necesaria para curar los humores corrompidos del cuerpo universal de la república".<sup>(2)</sup> Su compatriota A. de Montchrétien iría un poco más lejos al decir que "los que son llamados a gobernar los estados deben tener por meta la gloria, la expansión y el enriquecimiento del país". Una vez más, la guerra exterior era un factor clave.<sup>(3)</sup> Ambos influirían en el cardenal Richelieu para quien la guerra era un mal inevitable, una necesidad histórica que podía ser provechosa.<sup>(4)</sup>

Cuando el cardenal Richelieu expuso esta última idea se había producido otro acontecimiento histórico: el Estado había absorbido el monopolio de la función bélica. No obstante, I.A.A. Thompson cree que la relación entre guerra y Estado es ambigua hasta mediados del siglo XVII al menos, cuando los gobiernos pudieron organizar la guerra sin ayuda de particulares, una vez desarrolladas las finanzas públicas y la burocracia.<sup>(5)</sup>

Paralelamente a la asimilación del fenómeno bélico como algo natural, se produjo un incremento en el interés por legitimar la guerra declarándola justa. La Iglesia no fue ajena: condenó en Trento los duelos, pero no la guerra entre naciones, defendiendo tesis que relacionaban la justicia divina con la guerra, siendo ésta un factor empleado por Dios para mostrar la razón -usualmente la del vencedor. De hecho, Francisco de Vitoria fue el primero en suponer que la guerra podía ser justa para ambos bandos. Así, la facultad para entrar en guerra fue reservada a los príncipes comprometidos con el restablecimiento del orden moral y jurídico violado por el enemigo. La guerra pasó de iniciarse en circunstancias excepcionales a ser una de las formas que podían tomar las

relaciones entre los miembros de la sociedad internacional. Esta concepción permitía a cada Estado juzgar legítimo el conflicto emprendido.<sup>(6)</sup> La experiencia de la Guerra de los Treinta Años, por ejemplo, no bastó para producir una literatura antibelicista, en el sentido que atacase el fenómeno en sí mismo y pidiese su erradicación, si no otra que se contentará con la protesta ante la falta de moderación, la crueldad, los mercenarios y las armas de fuego -una protesta, en este último caso, iniciada con la aparición de los primeros cañones en la Epoca Medieval.

Junto a la legitimación jurídico-religiosa de la guerra, en el caso de los Austria se justificará la intervención en los Países Bajos con el pretexto que era necesaria para preservar sus Estados de la desintegración, probable final de aquéllos de producirse levantamientos en otros Reinos del Imperio gracias a una victoria de los rebeldes. A fines del siglo XVI se lanzó la argumentación de que la Monarquía era atacada en Flandes, posición que debía mantenerse para contener a Francia, al tiempo que se reduciría con el conflicto la presencia militar holandesa en las Indias.<sup>(7)</sup>

En definitiva, fuesen cuales fuesen sus causas iniciales, la guerra podía mantenerse durante largo tiempo hallando siempre el poder las justificaciones necesarias, terminándose, más a menudo de lo que pudiera creerse, en el momento en el que la maquinaria burocrática y gubernamental del Estado no podía prolongar financieramente su continuación. De ahí que numerosas reflexiones, especialmente de los primeros mercantilistas ingleses, muestren la relación existente entre la movilización de recursos económicos y la



guerra. "El dinero no es sólo el nervio de la guerra, sino también la grasa de la paz", dirá el cardenal Richelieu.<sup>(8)</sup>

### 1. El reclutamiento.

G. Parker evalúa la cantidad de tropas que un Estado podía movilizar y el tiempo que se tardaba en tal menester basándose en tres factores: la extensión de la zona de reclutamiento, la disponibilidad de hombres en dicha zona en aquel momento y la existencia de un mínimo de calidad, edad apropiada y cualidades físicas en los posibles reclutas. Quizás el primer factor sea el más importante dado que se reclutaba mucho en el extranjero, bien porque fueran tropas mejor capacitadas, más de fiar o, simplemente, para evitar que el enemigo, a su vez, las reclutase.

Los métodos para reclutar eran tres: la comisión, la coacción y el asiento. En el primer caso, la autoridad central decidía a quién se concedía la comisión y establecía la zona donde se podía efectuar, también el número de personas a reclutar y su destino, aparte del plazo que se marcaba para llevar a cabo el reclutamiento. El método nos lo relata el alférez Contreras: "Di mi memorial en el Consejo de Guerra pidiendo me aprobasen, y en consideración de mis pocos servicios fuí aprobado. Recibí dos tambores, hize una honrada bandera, compré cajas y mi capitán me dio los despachos y poder para que arbolase la bandera en la ciudad de Ecija y marquesado de Pliego... Llegué a Ecija, túvose Ayuntamiento, presenté la patente, salió que se me señalase la Torre de Palma en que arbolase la bandera. Toqué mis cajas (tambores), eché los bandos ordinarios, comencé a alistar soldados con

mucha quietud, que el corregidor y caballeros me hacían mucha merced por ello".<sup>(9)</sup>

El asiento era un acuerdo entre el gobierno y un asentista que, previo pago de un adelanto y la promesa de recibir las correspondientes soldadas, se comprometía a presentar un número acordado de hombres en un lugar y plazo de tiempo determinados. La ventaja de este sistema era la rapidez, soliendo utilizarse fuera del propio territorio. Ambos métodos se empleaban al unísono. La coacción se impondrá cuando el incremento de las guerras exteriores y la coyuntura crítica poblacional de fines del siglo XVI hicieron insuficientes los sistemas de recluta anteriores. Para G. Parker, en la Península "se empleó la coacción después de 1620 para obligar al servicio a los que carecían de trabajo y estaban bien dotados físicamente".<sup>(10)</sup> Muy pronto, a fines de la década de 1640, se recurrió a vagabundos, bandidos, encarcelados y a tropas luteranas.

I.A.A. Thompson sitúa en la década de 1580 el momento del descenso del nivel de voluntarios para el ejército, crisis no motivada por una demanda creciente, sino por una demanda que superaba las posibilidades de una población estancada y, poco después, menguante. Por otro lado, justo entonces los salarios reales aumentaron mientras las soldadas se mantuvieron inamovibles durante mucho tiempo. La solución era un cambio en el método de reclutamiento. El sistema que se implantará en la Castilla del XVII será la oferta privada de recluta de compañías a expensas del reclutador. El capitán no es un funcionario nombrado por la Corona, sino un empresario aceptado por aquélla, creándose entre ambos un vínculo contractual. El origen del método, aunque hubo propuestas

castellanas anteriores, se halla en la Corona de Aragón, donde el rey, viendo limitada constitucionalmente la posibilidad de reclutar, concedió capitulaciones de amnistía a bandas de forajidos a cambio de un período de servicio, siendo los mediadores nobles locales que, personalmente o bien designando un pariente, se ponían al frente de la compañía. Una de estas agrupaciones fue el tercio de bandidos catalanes que sirvió en Flandes en 1587-88, llamado Tercio del Papagayo por la forma de hablar castellano que tenían.

En Castilla, Felipe II trató en 1586 que las ciudades se encargasen directamente de la administración del reclutamiento, pero fracasó. Sólo en Andalucía la existencia de una larga tradición de milicias defensivas permitió que el llamamiento real se convirtiese en una aportación regular de las localidades a las necesidades generales de la Monarquía. Esto significó la transformación de un sistema voluntario en una forma de reclutamiento forzoso, ya que se utilizó la milicia para suplementar las levas del reclutamiento normal en más de una ocasión. La necesidad de cubrir las cuotas llevó a incurrir a los reclutadores en abusos que, unidos a la dificultad para encontrar hombres experimentados, terminaron por hacer fracasar el sistema.<sup>(11)</sup>

Fuera de la Península el único sistema de reclutamiento forzoso era el *Indelningsverk* -sistema de asignación- utilizado por los monarcas suecos tanto en su país como en la actual Finlandia, obligando a cada comunidad a aportar un determinado contingente.<sup>(12)</sup> No obstante, buena parte del ejército sueco estaba conformado por voluntarios y tropas foráneas.

¿De dónde provenían y por qué se alistaban? A. Corvisier señala que, en líneas generales, se desconoce tanto la composición social como la procedencia de los soldados de los siglos XVI y XVII. Parece demostrado que las principales zonas de recluta eran la montaña, las ciudades y la propia área de guerra. El único trabajo fiable es el de R. Chaboche; sobre una muestra de 1.500 veteranos reclutados antes de 1648, las conclusiones son las siguientes: "Il s'engage vers 24 ans, age moyen. Il est plus souvent originaire des provinces de la France du Nord que du Sud, villageoise presqu'autant que citadin... L'Empire et les cantons suisses sont la patrie des deux tiers des mercenaires étrangers. Près d'un soldat sur deux est marié et dans la moitié des cas il l'est hors de son village ou de sa ville natale. Le non catholique est rare. Les origines sociales ne sont faciles à aborder et il faut le regretter".<sup>(13)</sup> El 52% de los soldados de la muestra procedían de ciudades, en un momento en el que la población urbana no llegaba al 15%. Una posible explicación es que las ciudades solían acoger una población flotante que, en situaciones de depresión económica, podían optar como salida por el alistamiento en el ejército. Por otro lado, las ciudades eran el centro desde donde irradiaban todas las noticias, de forma que era lógico que muchos campesinos fuesen a la ciudad a alistarse, aunque en las filiaciones correspondientes debería constar su auténtica procedencia y su oficio.<sup>(14)</sup>

Sin duda, las principales razones que impulsaban a un hombre a alistarse eran la necesidad o algún infortunio: el ejército podía representar un refugio para todos aquellos que deseaban desvincularse de sus ataduras sociales, afectivas, económicas o legales. Son numerosos los casos de hijos que

prefieren marchar antes que mantenerse bajo la autoridad paterna; para huir del trabajo artesanal en un taller, a menudo enrolados a la fuerza en el mismo; por tener que hacer frente a la justicia tanto secular como eclesiástica; para hacer frente a una deuda impagada, mediante el cobro de la cuota de enganche; delincuentes menores obligados a alistarse por las autoridades municipales -generalmente fornicadores, blasfemos y borrachos- a los que su parroquia quería sacarse de encima, etcétera. Otros muchos se veían impelidos por razones económicas: los que habían perdido sus cosechas o su patrimonio; los que no encontraban trabajo o no deseaban seguir el oficio paterno; los que habían fracasado en la ciudad en su intento de ganarse la vida. En estos casos, la prima de enganche abonada en metálico, un traje nuevo, aparte de la esperanza de botín o de pillaje ofrecían una salida atractiva a una situación de inseguridad provocada por la falta de trabajo, los impuestos excesivos y el peligro de ser saqueado por tropas de paso que podían conducir a la ruina del individuo. Como decía Carlos García, el conocido autor de Antipatía de los franceses y españoles, "en este miserable siglo nuestro, el absoluto señor de todas nuestras acciones es el dinero... Quién mueve al soldado andar en invierno con el agua hasta las rodillas cargado de hierro, muerto de hambre y sed, roto y despedaçado, con la muerte en los dientes cada día sino el dinero". Sin embargo, no hay que olvidar lo que André Corvisier llama "misericordia moral" y G. Parker "fracasos sociales": viudos, huérfanos, extranjeros aislados o desarraigados, etc. En estos casos se cambia una sociedad en la que se padece por otra en la que la camaradería y la integración están presentes. Tampoco se debe despreciar el

ejemplo que entre los jóvenes tenía el paso de tropas y la fama de determinados generales, así como la recluta de un oficial noble en el territorio o distrito dominado por su familia -en su señorío en el caso hispano. Sin embargo, tampoco se puede despreciar, dado que hay autobiografías que así lo prueban, el ejemplo de quienes marchaban a la guerra en busca de aventuras, para ver mundo o para añadir experiencias militares a su educación general. Finalmente, el propio fenómeno del aumento de los ejércitos y su permanencia fomentará el número de los que elegían libremente la carrera militar.<sup>(15)</sup>

Paralelamente a su incremento, crecerá el deseo de los Estados por controlar e incorporar a las filas del ejército a los veteranos, es decir, los que habían aprendido ya el oficio de las armas y eran soldados profesionales. Por ello, era práctica común que los soldados prisioneros fuesen enrolados inmediatamente en el ejército capturador.<sup>(16)</sup>

Ahora bien, las ventajas que podía representar el llevarse en el ejército en un momento de la vida de un individuo no debe impedirnos comprender el formidable rechazo de muchos hombres por el mismo. John Hale aporta datos sobre los motivos para despreciar la salida que podía representar la milicia: el principal la familia, es decir, la nostalgia del hogar, de la mujer y los hijos -un motivo muy alto de deserciones, como veremos-; para otros la solución de la pobreza material pasaba por la emigración, estacional o perpetua, antes que por la vía militar; quienes se habían decantado por el vagabundeo criminal o el bandidaje ya habían optado por una opción diferente a la de la sociedad; finalmente, hubo formas de corrupción o contestación legal para evitar ser levado.<sup>(17)</sup>

A la hora de la recluta, el deber militar de cada estamento era diferente. En el caso de la nobleza era individual, mientras que en el pueblo llano era colectivo. Ello explica que la nobleza aportase el mayor número de oficiales; no obstante, también servían en la tropa, ya como voluntarios o por compromiso, aunque será más lógico encontrarlos en compañías de ordenanza y en la Guardia Real. En época de guerra, con la recluta masiva de plebeyos, la jerarquía militar se calcaba más fácilmente sobre la jerarquía social, explicándose también la rivalidad entre la nobleza y la burguesía por la atribución de los cargos de oficial.<sup>(18)</sup>

En relación al deber militar de la nobleza, al respecto la tesis principal es la que defiende el decaimiento de la participación de la misma en el ejército. Pensamos que se barajan en este asunto conceptos equívocos. De entrada cabe decir, como nos recuerda A. Corvisier, que la nobleza no tuvo en la Epoca Moderna el monopolio de las armas, es decir, de hacer la guerra, pero, a nuestro juicio, se está confundiendo esta pérdida a favor del Estado con su presencia en las filas del ejército. Ciertamente, en el caso hispano la nobleza parece que dejó de prestar servicio activo de forma masiva a fines del siglo XVI e inicio del XVII, como han señalado R. Quatrefagues, J. A. Maravall o A. Domínguez Ortiz, pero esto no quiere decir que se despreciase su labor y su poder como reclutadora: I.A.A. Thompson ha demostrado que la nobleza tuvo que asumir, precisamente en las mismas fechas que los autores anteriores designaban como críticas, el papel de principal agente reclutador una vez que el reclutamiento administrativo había fracasado parcialmente. El conde-duque de Olivares utilizará a los Grandes como agentes reclutadores no

retribuidos desde 1632, desempeñando dicha función en sus posesiones. De manera que, durante el reinado de Felipe IV, y en toda la Monarquía, "...la nobleza, como líder natural de la comunidad, desplegó una actividad militar casi continua".<sup>(19)</sup> Ignacio Atienza, muy recientemente, ha evaluado en un 20% el monto de la ayuda exclusivamente militar del total de gastos que la nobleza destinó a auxiliar al monarca en la primera mitad del siglo XVII.<sup>(20)</sup>

## 2. La sociedad militar.

Tanto en la guerra como en la paz, la desertión y las enfermedades, y no la propia acción del enemigo, causaban el mayor número de pérdidas de hombres.

Al hablar de desertión en la Epoca Moderna debemos olvidarnos de su implicación en los ejércitos modernos. En el Antiguo Régimen no se trataba de un factor puramente individual, sino que llegaba a tener efectos imprevisibles. Debido fundamentalmente a las malas condiciones de vida y a la falta de la paga regular, fenómenos relacionados entre si, de hecho, un ejército podía llegar casi a disolverse. Por ejemplo, en el caso del de Flandes, en 1567 contaba a inicio de la campaña -en junio- con 60.000 hombres, pero en noviembre sólo restaban 11.000; en el decenio de 1630 había unidades que perdían hasta el siete por ciento mensual de sus efectivos, con lo cual en una campaña normal de seis o siete meses se podían perder la mitad de los hombres. Sintomáticamente, un frente aún más desprevenido como el de la guerra con Portugal, 1640-1668, alcanzó hasta el 90% de pérdidas en el ejército real en algunos momentos. Ante tal situación, los gobiernos



reaccionarán adaptando sus previsiones al fenómeno: así, durante la Guerra de los Treinta Años, Luis XIII de Francia ordenaba reclutar el doble de hombres del número total que esperaba que saliesen a la campaña. Ciertamente, el incremento del reclutamiento obligatorio había añadido un factor más para la desertión, ayudando, incluso, la población civil a los desertores. La reacción del poder fue conceder recompensas para quienes entregasen desertores. En la época de Luis XIV, con Louvois, se condenará a la mutilación y a las galeras, consiguiéndose reducir el número de huidos. Según Parker "entre 1684 y 1714, unos 16.000 fugitivos ilegales del ejército fueron encadenados y trasladados a Marsella como presidiarios para cumplir su sentencia en galeras".<sup>(21)</sup>

Las desertiones solían ser colectivas, raramente individuales. A. Corvisier señala que, a inicios del XVII, se desertaba en grupos de 30 a 100 hombres con un jefe elegido al frente, especialmente tras un pillaje o tras la obtención de un botín fructífero; en cambio, para Parker era más usual la desertión tras finalizar, en el caso del Ejército de Flandes, uno de los muchos motines en el que incurrían las tropas mal pagadas. Entonces la desertión en grupo estaba aún más justificada dado que no sólo protegían su vida, sino también la fortuna obtenida frente a la población civil deseosa de vengarse de los desmanes de las tropas.

Si tenemos en cuenta que el motín pretendía reflejar la protesta colectiva de las tropas ante su abandono por parte del Estado, y que una vez llegado a un acuerdo se volvía a las operaciones, comprenderemos que, al menos en el ejército de Flandes, la sociedad militar generó unos mecanismos que permitieron encontrar soluciones, forzando, ciertamente, a la

Monarquía, pero sin optar por la salida drástica de la deserción. Por otro lado, no debemos caer en el error de equiparar automáticamente número de deserciones con bajas en el frente, al ser común la práctica de alistarse con rapidez en otra compañía de otro tercio del propio ejército, con lo que se ganaba de nuevo la paga de enganche. O, sencillamente, se podía ingresar en las filas del ejército enemigo o de cualquier otro, siempre deseosos, como ya hemos mencionado, de contar con veteranos. Al respecto, la Guerra de los Treinta Años es un ejemplo claro de conflicto en el que las lealtades, por una y otra parte, no fueron muy firmes.<sup>(22)</sup> En definitiva, fue la desesperación y no el miedo lo que indujo a muchos hombres a desertar, aunque la perspectiva de regresar a casa con toda la paga atrasada o con un gran botín, uno de los motivos por los que se iba al ejército, hacía que muchos se replantearan su permanencia en el mismo.<sup>(23)</sup> Pero, justamente, dicha desesperación es la mejor explicación de por qué los castigos no pudieron frenar el número de deserciones.

La relación establecida entre oficialidad y tropa podía generar, o no, tensiones en los ejércitos de la época. Será usual la lucha contra los abusos que los capitanes reclutadores hacían regularmente: además de los excesos relacionados con el alojamiento de las tropas, la oficialidad obtenía pingües beneficios desviando buena parte del dinero destinado por el rey a la recluta. Es casi legendario el símil que Von Grimmelshausen escribió en su Simplicius Simplicissimus comparando la cadena de mando de un ejército el día de paga con una banda de pájaros posada en un árbol. Los colocados en las ramas superiores: "Cuando más rapidez y habilidad mostraban era cuando llegaba un comisario y

derramaba sobre el árbol un baño lleno de dinero para confortarlos. Los de arriba se quedaban con la mejor parte, dejándoles a los de las capas inferiores tanto como nada. Así pues, éstos solían morir más a causa del hambre que a manos del enemigo, siendo al parecer el peligro principal el liberarse de ambos. De ahí el continuo bullir y trepar en este árbol, porque todos querían estar en los dichos lugares superiores".<sup>(24)</sup> Evidentemente, la tropa tenía sus métodos para sobrevivir -especialmente el saqueo y el pillaje-, tanto en territorio amigo como enemigo, pero es indudable que la alta jerarquía podía exprimir a su favor tanto a la población civil como a sus tropas. Las prácticas más usuales eran incrementar el número de reclutados artificialmente para recibir las pagas correspondientes; presentar como veteranas gentes que no lo eran quedándose el oficial con la diferencia entre la soldada del bisoño y la del aventajado, es decir, la que correspondía al veterano; hacer constar como presentes soldados huidos y muertos para obtener sus soldadas, etcétera.

El capitán debía mantener la disciplina de la tropa hasta bien entrado el siglo XVII, a partir de entonces este deber recayó en el conjunto de la jerarquía de cada regimiento, pudiendo frenarse cualquier protesta de sus hombres. La reacción del Estado será el control de las tropas mediante documentos acreditativos destinados a conocer el número exacto de hombres con los que se contaban y las soldadas fijadas.

No obstante, sería injusto para con la oficialidad dejar de señalar algunas de sus funciones: solían velar por la seguridad de sus hombres ejerciendo de prestamistas y oficiales de beneficencia, puesto que tenían facultad para adelantar dinero a sus hombres y pagar su rescate si caían

prisioneros, pudiendo rearmar y dotar de una nueva cabalgadura a quien lo necesitase. El sistema era práctico si el oficial era honrado. Sólo en 1630 se sustituyó en el Ejército de Flandes por el pago directo a la tropa, dando el 50% de la soldada en metálico y el resto en especie o se descontaba a cuenta de la ropa o armamento entregados al recluta, que éste debía pagar. (25)

La sociedad militar, por las propias características de la recluta, debía estar limitada a varones, adultos y solteros, pero la realidad era que estaba conformada por un nutrido grupo de vivanderos, carreteros, ayudantes, pajes y servidores (valets), mujeres e hijos de los soldados, prostitutas, etc. Al parecer, la caballería, cuerpo considerado tradicionalmente más noble, se caracterizaba por una mayor presencia de valets, sobre todo la caballería francesa del siglo XVII. La tendencia muestra como había menos casados en los tercios latinos de Flandes (10%) que en los demás (15-30%). Por otro lado, la antigüedad de un regimiento y su veteranía en campaña iban acompañados de un número mayor de mujeres y niños. Las autoridades veían bien la presencia de mujeres que limitasen la prostitución, aunque ésta estaba permitida si no pasaba de ciertos límites, (26) y porque se cuidaban de la ropa, la comida, etc., de forma más eficiente, siempre que su número no representase una carga. La cantidad de niños era más reducida, factor fácilmente explicable por las duras condiciones de vida; a menudo los recién nacidos eran abandonados o se confiaban a la familia. Sin duda era la presencia de mujeres y niños en el ejército, así como los matrimonios con mujeres del país, lo que le confería a aquél el carácter de sociedad

cerrada de la que habla A. Corvisier, explicándose también los sólidos vínculos de camaradería y cohesión de la tropa. (27)

Las condiciones de vida lograban embrutecer a los hombres. A la falta de avituallamiento regular cabría añadir las largas marchas, la falta de lugares adecuados para guarecerse por las noches, la mala comida -en Flandes el pan de munición llegó a causar epidemias de disentería-, múltiples enfermedades, etc., acosaban la salud de las tropas y hacía que pocos veteranos lograsen sobrevivir muchos años, de suerte que el porcentaje de bisoños fue siempre importante. Ante tal perspectiva no es de extrañar que las tropas prefiriesen estar alojadas con el campesinado en invierno y no acuarteladas, recibiendo su soldada íntegra. Pronto descubrían que una vez ingresados en el ejército la función principal era sobrevivir.

A pesar de sus deficiencias, el Ejército de Flandes se distinguió por la atención médica prestada a sus heridos en el hospital militar de Malinas, principalmente. La mayoría de los casos necesitaban de la cirugía -heridas de espada, pica y bala-, siendo las heridas de arma de fuego la causa del mayor número de muertes. Entre las enfermedades, las principales eran las venéreas, pero aparecen también diagnósticos como "mal de corazón" o "estar roto" que pueden relacionarse con algún tipo de depresión o neurosis de guerra. Otro aspecto que no se puede olvidar es la discutible calidad de los médicos. A. Foccherini, en una obra olvidada, recordaba la falta de conocimientos de estos supuestos profesionales: "Per parecchi fra gli stessi tutte malattie e la ferite possono essere guarite per influenza degli astri e della virtù di settandue nomi ebraici. De Planis-Campi, ad esempio, consacra tutto un capitolo della sua opera -Traité des palies faites par les

mousquetades, Paris, 1623- agli scongiuri, ai mendicamenti simpatici, nel quale si trova scritto che le parole magiche facilitano l'estrazione delle armi del corpo dei feriti... Altri insegnavano che le ferite ricevute sotto la costellazione del Toro, del Montone, sono assai più facili a guarire".(28)

A diferencia del siglo anterior, en el siglo XVII la mayoría de soldados que caían en manos del enemigo recibían un trato humano, sobre todo los heridos y los enfermos. Se decía que había "buena guerra" cuando se daba "cuartel", es decir, cuando se hacían prisioneros. Estos podían ser rescatados por dinero según su rango o bien intercambiados. Solía pagárseles su soldada para que, a su vez, ellos pagasen a sus captores su manutención; si eran casados sus mujeres eran asistidas con parte de la paga y el pan de munición.(29)

### 3. El aprovisionamiento para la guerra.

A lo largo de la primera mitad del siglo XVII ningún gobierno pudo controlar los recursos financieros a su servicio como para mantener a todas sus tropas en campaña. A pesar de recaudar impuestos, de obtener préstamos -asientos de dinero en forma de pagas para las tropas-, o de enajenar bienes, los costes de la guerra solían ser superiores. Así, era imposible librar a las tropas su paga íntegra, siendo corriente proporcionarles el "cuarto de paga", es decir, una porción de la misma y, además, de forma irregular. Por ello, se imponía entre los soldados el saqueo, el robo y el pillaje más o menos indiscriminado para asegurarse su supervivencia.

Estas conductas, a decir de G. Parker, eran crueles, pero también "ineficaces" en tanto en cuanto "se enajenaban, destruían o eliminaban bienes y trabajadores que podían resultar valiosos a otras unidades del ejército, como porque existía también el riesgo de un peligroso contraataque civil".<sup>(30)</sup> Para evitar males mayores se endureció la disciplina, racionalizándose la explotación de los recursos locales a disposición de las tropas. En primer lugar, se impuso la provisión del alojamiento gratuito "a la milanesa", es decir, según el estilo del Milanesado hispano. El problema era que cualquier villa o lugar de proporciones medianas podía quedar totalmente arruinado si debía mantener un número desproporcionado de soldados.

Precisamente, para evitar tales extremos, con el tiempo los responsables del ejército y los representantes de los poderes locales lograron ponerse de acuerdo elaborando un sistema de contribuciones de guerra. Contando con tiempo suficiente, las comunidades se preparaban para alojar y disponer de lo necesario para mantener a las tropas, no dando opción a aquéllas para el uso de otros métodos ya referidos e infinitamente más expeditivos.

El problema para el historiador es la imposibilidad de conocer el coste real del ejército y de la guerra. Con todo, se ha evaluado que tales contribuciones de guerra sólo representaban el 20% del gasto del ejército de Luis XIV en la segunda mitad del siglo XVII. Y a pesar de ello, era una carga muy dura para las comunidades.<sup>(31)</sup>

El declive de las contribuciones de guerra también se puede buscar en el deseo de los gobiernos por controlar directamente la calidad y la uniformidad de los equipos que

empleaban sus tropas. A lo largo del siglo, pues, se logró paulatinamente equipar todos los ejércitos con armas parecidas entre sí en lo que se refiere a su manufactura, mientras se producían uniformes en serie para las tropas.

Junto al problema de alimentar, equipar y alojar a las tropas, se nos presenta inmediatamente el de los acompañantes del ejército. G. Parker habla de la "cola" del Ejército de Flandes, que podía llegar a sumar un 50% del conjunto de las tropas. El propio Parker proporciona datos sobre dos regimientos bávaros que luchaban en Alemania en 1646. Estaban formados por 480 soldados, acompañados de 74 sirvientes, 314 mujeres y niños, tres cantineros y 160 caballos; la caballería tenía 481 soldados, con 236 sirvientes, seis cantineros, 102 mujeres y niños y 912 caballos.<sup>(32)</sup>

A partir de la segunda mitad del siglo XVII, el incremento de los ejércitos y la prolongación de las guerras obligó a todos los estados a volver a ocuparse de la fabricación y reparto del equipo militar, tarea que durante buena parte del siglo había sido delegada a intermediarios militares. Según Parker, el inmediato precedente de la política francesa sobre el mantenimiento del ejército permanente fueron las campañas irlandesas y escocesas del ejército de Cromwell de 1649-1651. El aprovisionamiento de víveres y material permanente de las tropas inglesas permitieron el control de Irlanda y Escocia en sólo tres años.

Luis XIV se dio cuenta de lo que necesitaba: una red de proveedores y de polvorines militares fijos, junto a la capacidad para atender a una demanda regular de alimentos, ropas y equipo militar. El siguiente paso fue la uniformidad total de las tropas del ejército francés. Las consecuencias



fueron dos. Por un lado, el coste del mantenimiento de los ejércitos era brutal: Luis XIV gastaba en la guerra el 75% de los ingresos -Cromwell había gastado el 90% en algunos momentos.<sup>(33)</sup> El resultado fue una expansión del reino y un fortalecimiento del poder del Estado sobre sus súbditos. Por otro lado, las críticas contra Luis XIV y su ministro Louvois no se hicieron esperar; para Saint-Simon "...si un monarque orné de ce talent qui impose si fort aux hommes en abuse, il ne treveille que pour soy, il acquiert un grand nom, il fait trembler ses voisins, il leur fait la loy, mais c'est aux dépends de son royaume". El duque de Saint-Simon acusaba directamente a Louvois de inspirar "la formation de ces immenses armées dont on n'avoit jamais ouï parler en Europe".  
(34)

#### 4. La Táctica.

En la primera mitad del siglo XVII se produjo un retorno a la preeminencia del choque gracias al papel jugado por la caballería en las grandes batallas de la Guerra de los Treinta Años.

Por su parte, Gustavo Adolfo de Suecia empleó con profusión pequeñas piezas de artillería de campaña, ligeras y maniobrables, emplazándolas delante de la infantería que ocupaba el centro del orden de batalla: sus flancos estaban cubiertos por la caballería ligera, es decir, una caballería protegida con un casco y un peto, armada con dos pistolas y un sable, arma ofensiva que había desbancado a la lanza. De hecho, las cargas se realizaban al trote con el sable estirado delante del caballo. Una vez destruidas las dos alas del

enemigo sólo restaba machacar el centro, donde se hallaba la infantería. Fue lo ocurrido en Rocroi (1643) o Nördlingen (1634).

A partir de la Paz de los Pirineos la suerte de una campaña dejó de jugarse en una sola batalla -que además eran muy costosas por el gran número de bajas causadas. La guerra de choque dio paso a la guerra de sitio reduciéndose la caballería e incrementándose el número de infantes y de ingenieros, zapadores, minadores, etc.

Con la aparición de la bayoneta, el mosquete se convertía en pica, mientras el fusil permitió incrementar la cadencia de tiro y dotar a la infantería de una relativa potencia de fuego.

En definitiva, de la guerra de movimiento se pasó a la guerra de sitio, evolución favorecida por el desarrollo de la logística, pero también por la incertidumbre de la batalla y el progresivo aumento de la potencia de fuego de la infantería.<sup>(35)</sup>

## 5. La revolución militar.

Geoffrey Parker ha dedicado su última obra, en homenaje al inspirador del concepto "Revolución Militar" Michael Roberts, a analizar la relación evidente entre las innovaciones militares de Occidente en la Epoca Moderna y su apogeo en tales fechas, apogeo que se transformaría en dominio efectivo de la mayor parte del planeta en el siglo XIX. La base de la obra es, pues, revisar el concepto mencionado acuñado en los años cincuenta, incidiendo en aquellos aspectos que habían sido criticados.

A pesar de lo dicho a menudo, en la Edad Media el propósito final de la actividad militar era la toma y defensa de plazas fortificadas. La fabricación de los primeros cañones de sitio permitió salir de este punto muerto en el siglo XV. Sobre todo, el catalizador del cambio fue la fabricación de pequeños cañones de sitio que podían ser transportados mediante tiros de caballos. La solución provendrá de Italia. Ante la facilidad con que Carlos VIII derribaba los muros en su invasión de 1494-95, las opciones eran dos: o comprar más armas de fuego o variar el sistema de fortificación. Paulatinamente se impuso esta última solución. Se construyeron murallas bajas de mayor espesor defendidas por bastiones artilleros, que protegían del cañoneo enemigo, en forma de ángulo. Con el tiempo se añadió un foso ancho para impedir que se acercasen los cañones enemigos y evitar que hiciesen minas de pólvora con las que hacer saltar las murallas. El principal problema era el coste de la *trace italienne*, nombre con el que se conocerá el nuevo sistema; en su patria de origen serán muchas las obras inacabadas que arruinaron las ciudades. Los territorios ricos sí lo adoptaron con celeridad: de 1529 a 1572 se construyeron en los Países Bajos 43 kilómetros de defensas modernas; de estos los pertenecientes a Holanda sin duda fueron uno de los grandes motivos que les permitieron vencer en las Guerras de los Países Bajos. La única forma de tomarlas, salvo excepciones, era por el hambre y el cañoneo cercano tras haberse aproximado lo suficiente a los bastiones las trincheras de los asaltantes, desde donde se podía hacer una mina y volar las defensas.

La necesidad de defender las propias fortificaciones y de sitiar las del enemigo al mismo tiempo explica el aumento del

número de hombres -y de armas y municiones- necesarios para afrontar la campaña. Como no se podían tomar las nuevas plazas de un modo factible, las batallas serán irrelevantes, a menos que se destruyese una columna de socorro y el asedio terminase en rendición. Los oficiales dirigían más asedios que batallas en su carrera.

La renovación de las armas de fuego de asedio también llegó a las armas portátiles. Tras el incremento de piqueros y arqueros que terminaron con la supremacía de la caballería, desde mediados del siglo XVI fue el mosquetero, capaz de atravesar una armadura metálica con sus balas, el rey de la batalla, protegido de las cargas de la caballería por los piqueros. El único handicap del mosquetero era su poca cadencia de fuego: un disparo cada dos minutos. Ante una carga de caballería sólo existía la posibilidad de efectuar un disparo. En 1594 está fechada la solución del problema. En una carta de Guillermo de Nassau a su primo Mauricio le explicaba la manera de asegurar una descarga continua de mosquetería haciendo colocar los hombres en varias filas y disparando por turnos, cargando las armas mientras otras filas mantenían el fuego. Con ello se revolucionó la formación en combate: de la formación cerrada de mosqueteros flanqueados por piqueros se pasó a largas filas de varios hombres de fondo para reducir el blanco presentado al fuego enemigo. Para asegurar la disciplina en el combate e infligir valor se redujo el número de hombres de cada compañía de forma que los oficiales pudiesen instruir mejor a sus soldados. Con la práctica permanente y la uniformidad de las armas empleadas se incrementó la cadencia de los disparos, aumentándose la potencia de fuego y el resguardo de las tropas con el uso cada

vez más extendido de la artillería de campaña. El sistema sueco, que había desechado la pica y utilizaba la caballería sólo en un ataque final de fondo ante la desbandada del enemigo, se impuso en todas partes, y el mosquete, con la variante del fusil a fines de siglo y a lo largo del siglo XVIII, continuó siendo, junto a la artillería, el rey de la batalla.

No obstante, los gastos y los recursos militares se empleaban más en la defensa que en la ofensiva: las fortificaciones eran más caras que poner en campaña un ejército y además había que guarnecerlas. El resultado eran unos ejércitos cada vez mayores al tener que mantener grandes guarniciones y un número mediano de hombres en campaña, los gastos de mantenimiento eran enormes, las guerras más largas y, lo que es peor, poco resolutivas. Por ello, muchas guarniciones o pequeños destacamentos hacían la guerra por su cuenta buscando el propio provecho y, a menudo, la supervivencia: son las "guerras pequeñas" -*Der Kleine Krieg*- que dañaban al enemigo sin "forzar la decisión mediante la batalla".

Dado que el principal inconveniente eran las numerosas fortificaciones, una medida usual era la destrucción de las mismas tras la campaña exigiendo demoliciones en los tratados de paz. Luis XIV optó, gracias a la influencia de Vauban, por la desmilitarización del centro del país, liberando tropas y recursos tras destruir las fortificaciones del interior y la localización de las nuevas fortalezas en las fronteras, al tiempo que Louvois le aseguraba un ejército de campaña cada vez más numeroso. Frente a él, la coalición del resto de Europa hizo, de nuevo, interminable la guerra. Así, ante

ejércitos cada vez mayores, los estrategas dejaron de ganar los conflictos; serán quienes aseguren el dinero, el equipo y los alimentos para las tropas los auténticos vencedores. En cualquier caso, la falta de resolutividad de los ejércitos terrestres llevará a incrementar la guerra en el mar en el siglo XVI y, poco más tarde, en ultramar, donde la revolución militar europea no tendrá rival.<sup>(36)</sup>

## NOTAS

1. G. PARKER, La revolución militar, p. 17.  
A. CORVISIER, "Guerre et mentalités au XVIIe. siècle", en Dix-Septième Siècle, N° 38, 1985, pp. 220-23.
2. J. BODIN, Respuesta a las paradojas de M. Malestroit, 1568, p. 13 y La República, libro VI, 1576, p. 760, citado por E. SILBERNER, La guerra en el pensamiento económico, pp. 7-14. En estos años G. Botero dirá que la guerra permitía asegurar las fronteras, agrandar el Imperio, adquirir riquezas o gloria, al tiempo que distraía al pueblo de sediciones, tumultos y "malos pensamientos". Vid. G. Botero, Della Ragion di Stato, 1584, p. 84, Cit. en SILBERNER, p. 42.
3. A. de MONTCHRETIEN, Tratado de economía política, 1615, citado por SILBERNER, pp. 14-8.
4. Cardenal RICHELIEU, Testament politique, 1633, Cit. por SILBERNER, pp. 14-8.
5. I.A.A. THOMPSON, Guerra y decadencia, pp. 7-9, 17 y 346-47.
6. J.R. HALE et alii., La Contrareforma..., pp. 128-132.  
J. JOBLIN, La Iglesia y la guerra, pp. 172-6. Esta situación contrasta con la idea de Suárez de la guerra justa: había que tratar de reducirlas al mínimo, buscando la justicia en sus motivaciones iniciales.
7. G. PARKER, El Ejército de Flandes, pp. 164-68.
8. Cardenal RICHELIEU, Testament politique, Cit. por SILBERNER, Op. Cit., pp. 14-8. Entre los mercantilistas ingleses véase, especialmente, Thomas Mun, en SILBERNER, pp. 34-6.
9. A. CONTRERAS, Vida del capitán Alonso de Contreras, pp. 117-19.
10. G. PARKER, El Ejército de Flandes, pp. 83 y 63-77.
11. I.A.A. THOMPSON, Guerra y decadencia, pp. 129-180. Obviamente, la falta de dinero para pagar y equipar a los hombres ensombreció todo el proceso durante estos años.  
G. PARKER, El Ejército de Flandes, p. 84 y n. 44. Al parecer, se reclutaron pocos hombres en Cataluña y Valencia por el número de franceses y moriscos que, respectivamente, había entre sus poblaciones.
12. G. PARKER, La revolución militar, pp. 80-1.
13. R. CHABOCHE, "Les soldats françaises de la guerre de Trente Ans", en Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine, Tome XX, 1, 1973, pp. 23-4.
14. G. PARKER, "El soldado", en R. VILLARI et alii., El hombre barroco, p. 53.

15. G. PARKER, La revolución militar, pp. 73-80; A. CORVISIER, Armées et Sociétés, pp. 143-7; M.S. ANDERSON, War and Society, pp. 111-123; John HALE, Guerra e Società, Capt. IV.  
Vid. Carlos GARCIA, Antipatía..., edición bilingüe de 1638, pp. 103-5, en Biblioteca de Catalunya, F. Bon. N° 46.
- Entre las motivaciones de las biografías citadas por G. Parker se hallan un aprendiz fugado, un huérfano asimismo fugado, un desempleado, un asesino adolescente huérfano de padre, nada menos que el propio capitán Alonso de Contreras, un aventurero, un defensor del protestantismo, un deudor y unos voluntarios ingleses que deseaban incluir algún asedio en su "gran viaje".
16. G. PARKER, La revolución militar, pp. 78-80.
17. J. HALE, Guerra e Società, pp. 80-3 y 113-6.
18. A. CORVISIER, Armées et Sociétés, pp. 57-9 y 161-2.
19. I.A.A. THOMPSON, Guerra y decadencia, pp. 181-197.  
Asimismo, cabría mencionar el artículo de N. SALES "La desaparición del soldado Gentilhombre", en Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos, pp. 7-56.
20. Vid. I. ATIENZA, "El señor avisado: programas paternalistas...", en Manuscrits, N° 9, pp. 199-200.
21. G. PARKER, La revolución militar, pp. 83-8, y PARKER, "El soldado", Op. Cit., p. 61.
22. G. PARKER, La Guerra de los Treinta Años, pp. 281-83.
23. G. PARKER, El Ejército de Flandes, Cpts. 8 y 9; M.S. ANDERSON, War and Society, pp. 111-131; A. CORVISIER, Armées et sociétés, pp. 191-93.
24. G. PARKER, La revolución militar, p. 87. La cita procede del libro I, Capt. 16 del Simplicius Simplicissimus, Ed. Cátedra, Madrid, 1986, p. 90.
25. G. PARKER, El Ejército de Flandes, pp. 203-7; A. CORVISIER, Armées et sociétés, pp. 76-85.
26. G. PARKER, El Ejército de Flandes, pp. 200-201. El número iba desde tres prostitutas por compañía por orden del Archiduque Alberto en 1596, hasta ocho o diez algunos años antes. Parece ser que la tendencia a lo largo del siglo XVII fue eliminar su presencia. Vid. A. ESPINO, "La polémica Uberte-Del Olmo sobre la tolerancia de la prostitución a finales del siglo XVII", comunicación inédita, Ier. Congreso de Jóvenes Geógrafos e Historiadores, Sevilla, 29-30 de noviembre de 1990.
27. A. CORVISIER, Armées et sociétés, pp. 188-194.
28. A. FOCHERINI, I socorssi ai militari feriti..., pp. 100-102.  
J. HALE, Guerra e Società, pp. 128-9 y 167.



29. G. PARKER, El Ejército de Flandes, pp. 213-15; A. CORVISIER, Armées et sociétés, p. 84; M.S. ANDERSON, War and society, pp. 55-6 y 65.
30. G. PARKER, "El soldado", en R. VILLARI et alii, El hombre del Barroco, pp. 62-3.
31. *Idem.*, p. 66.
32. *Idem.*, pp. 69-70.
33. G. PARKER, La revolución militar, pp. 95-117.
34. Citado por H. SÉE, Les idées politiques en France au XVIIe. siècle, pp. 240-241.
35. J. BERENGER et alii, Guerre et paix dans l'Europe du XVIIe. siècle, Vol. I, pp. 299-303.
36. G. PARKER, La revolución militar, pp. 18-70 y 115-158. No hemos desarrollado el apartado de la revolución naval para evitar alargarnos, pero Parker demuestra una gran visión de conjunto al incluirla, a diferencia de otros autores que suelen descuidarla. M. Howard coincide en los motivos de la duración de los conflictos bélicos en esta época. Vid. M. HOWARD, La guerre dans l'histoire de l'Occident, p. 44.
- Algunas críticas a la tesis de Roberts-Parker en el Capítulo I de este trabajo.

### **CAPITULO III: LAS RELACIONES INTERNACIONALES EN EUROPA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVII.**

En el presente capítulo vamos a trazar las líneas maestras, a nuestro juicio, de las relaciones internacionales en los decenios previos a la Guerra de los Nueve Años, incidiendo especialmente en la política exterior francesa en relación a los intereses hispanos entre 1661 y 1684. Desde tal fecha elaboraremos una visión de conjunto de la evolución de los acontecimientos que llevaron al estallido de la guerra de la que nos ocupamos. Como instrumento fundamental de la política, junto a la diplomacia -de la que trataremos muy poco-, también ha sido objeto de nuestra atención el ejército de los beligerantes -y a su marina-, especialmente el francés.

#### **1. Le Tellier, Louvois y la remodelación del ejército francés, 1659-1697.**

La obra militar de Luis XIV puede resumirse en tres conceptos: reforzamiento, encuadramiento y organización jerárquica. Contó para ello con un técnico o especialista del campo de batalla, Turenne, muerto en 1675 como Mariscal General, y con dos ministros, los Le Tellier, padre e hijo, que para H. Méthivier fueron los auténticos creadores de un ejército monárquico.<sup>(1)</sup> Según A. Corvisier, el mejor conocedor del ejército francés del *Ancien Régime*, en la época del cardenal Richelieu las tropas efectivas sólo representaban un 60% del total de

huestes pagadas. Tras la Paz de los Pirineos, de 1659 a 1661 se reformó el ejército licenciando numerosas tropas, fijándose las mismas en 55.000 hombres, número inalterado hasta después de 1665. En este lapso de tiempo, Le Tellier consiguió crear un auténtico "ministerio" de la guerra para asegurar el control real de la administración de la misma. A partir de entonces, los *intendants* de justicia, finanzas y del ejército impusieron la voluntad regia a los oficiales reales. El intendente del ejército será el enviado del ministro que controlará desde la paga de las tropas hasta las composiciones en suelo enemigo, pasando por el abastecimiento, tanto en el acantonamiento como en campaña, de víveres y municiones y la justicia militar.<sup>(2)</sup>

En palabras de H. Méthivier, "L'Armée est une interprise privée, monopolisée par la noblesse, entretenue par le roi". Luis XIV realizará una concentración de autoridad en el ejército, pero en provecho de la nobleza.<sup>(3)</sup> Desde 1661, los Capitanes y Maestros de Campo se mantuvieron al frente de las unidades que les pertenecían, pero los segundos pasaron a llamarse Coronel (*Colonel*), representados cuando no había campaña por un Teniente Coronel (*Lieutenant-Colonel*) que era elegido por el rey teniendo en cuenta la experiencia, sobre todo. El Coronel, en cambio, elegía a sus Capitanes y a los Capitanes reformados. En 1664 se prohibió la venalidad de cargos en las cuatro compañías de Guardias de Corps del rey, exceptuando el grado de Capitán.<sup>(4)</sup> Por lo tanto, el rey se había convertido en un gran empresario militar que controlaría el ejército en tanto en cuanto controlase el cuerpo de oficiales, de ahí la importancia de lo mencionado.<sup>(5)</sup> El rey supervisaba a través de Le Tellier la leva de

regimientos por parte de particulares mediante una ordenanza, mientras que en el caso de las tropas extranjeras se firmaba una capitulación especificando las cláusulas de su contrato.

Le Tellier comenzó a perseguir de forma sistemática los delitos militares, sobre todo las plazas muertas o *passévolants*, los robos y la desertión, que desde la Guerra de Devolución, 1667-8, fue perseguida mediante ordenanzas que definían el delito con más precisión, fijándose un nuevo sistema represivo -condena a galeras, usualmente.<sup>(6)</sup> Le Tellier conocía perfectamente la causa principal del desorden entre las tropas que conducía al delito, ya fuese la desertión o el robo: el atraso en el pago de las soldadas. Así, aprovechó la reducción de tropas de la década de los sesenta, hasta 1666 más exactamente, para proceder a una regularización del sistema de pago: se abonarían doce meses de subsistencia al año, bien cada diez días o dando medias pagas, pero siempre incluyendo el pan de munición y el alojamiento que debía ceder la población. También se fijaron los sueldos, desde los cinco *sous* por día para el infante a las dos libras y media para el capitán. Los oficiales retiraban una cantidad al mes para pagar la ropa y el armamento del soldado. Según Ph. Sagnac y A. de Saint-Léger el servicio de subsistencia del ejército mejoró creándose almacenes, abasteciéndolos bien, en todos los caminos o etapas militares de las campañas que se preveían. En cambio, fue poco lo que se hizo para perfeccionar el alojamiento y la asistencia sanitaria.<sup>(7)</sup>

Louvois acompañará pronto a su padre en el trabajo, desde fines de los años sesenta, debiéndosele en la época de la Guerra de Holanda el aumento del empleo como oficiales de miembros de la pequeña nobleza, aspecto que no sólo se explica

por la disminución del número de hombres por compañía -de 100 a 40 en la infantería y de 50 a 30 en la caballería- y el consiguiente aumento de la cantidad de las mismas. El ministro buscaba una mayor eficacia y control de los soldados, haciendo gala de cierta brutalidad en la represión de la deserción y delitos afines de los militares, esperando de sus capitanes un mayor sacrificio para mantener correctamente a sus hombres al cobrar con mayor regularidad. El aumento del número de tropas se consiguió enrolando a la fuerza pero, sobre todo, incrementando el número de extranjeros levados: éstos pasaron de un 12,7% en 1671 a un 27,4% en 1674. Louvois apostó, asimismo, por la creación de almacenes de víveres y pertrechos para poder comenzar las operaciones con semanas de adelanto respecto al enemigo. (8)

A nivel técnico, hacia 1666 dos tercios de las compañías de infantería, de 100 hombres, usaban mosquete y el resto pica. El fusil tardará algún tiempo en incorporarse -no lo hizo hasta fines de la década de los ochenta-; por su parte, sólo habrá cuatro granaderos por compañía. La uniformización de cada cuerpo data de la Guerra de Holanda, así como el uso de los dragones -infantería a caballo que combatía a pie al llegar al teatro de operaciones- y la definitiva introducción de los granaderos, con una compañía por cada batallón desde 1670. Hacia 1690, la infantería tenía un 8,4% de piqueros, un 15,5% de fusileros y un 76,1% de mosqueteros. A. Corvisier resume la aportación de Louvois durante estos años comentando que "non solament travailla à donner au roi une armée efficace, par un entretien amélioré et une discipline plus rigoureuse, mais il voulont qu'ell soit plus supportable aux



populations. Certes, il ne fut jamais un militaire et resta avant tout un administrateur".<sup>(9)</sup>

Tras la Guerra de Holanda, 1672-1678, el período de paz se utilizó para aumentar y mejorar el ejército. El gasto de la guerra pasó del 47% del total del presupuesto en 1683 al 73% en 1691. Así, entre ambas fechas el aumento del gasto en el ejército fue de un 92%. Paralelamente a esta evolución, la relación entre ingresos y gastos, que sólo fue de superávit con la llegada al ministerio de Colbert, comenzó a desplazarse a niveles de déficit inmediatamente, situándose en cerca de 250 toneladas de plata en la época de la Guerra de Holanda y a más de 500 en el invierno de 1693-94, subiendo a 1.300 en 1709.

Louvois hizo todo lo posible por fomentar el mérito en lugar del origen social a la hora de conceder los grados de la oficialidad, pero lo cierto es que el 76% de los tenientes-generales de Luis XIV en 1689 pertenecían a la nobleza titulada. En 1684 Louvois creó veintisiete nuevos regimientos y fijó la duración del servicio para la tropa en tres años como mínimo. Asimismo, en 1688, creará la milicia real, o ejército auxiliar de tropas de línea. Los intendentes debían llevar un hombre por cada 2.000 libras de *taille*, soltero, de entre veinte y cuarenta años, cobrando diez *sous* al día pagados por la parroquia. Cada cincuenta milicianos formarían una compañía y veinte de éstas un regimiento. La duración del servicio se fijó en dos años. Sus oficiales debían ser *gentilhommes* de la zona y el cargo no sería venal.<sup>(10)</sup>

Teniendo en cuenta sus implicaciones económicas, armamento, avituallamiento, onsumición de municiones, forrajes, etcétera, el ejército fue la primera actividad de Francia a fines del

siglo XVII. Los problemas de subsistencia y mantenimiento se fueron resolviendo, pero la disciplina tardó más en imponerse. Hasta la década de los ochenta no se generalizó el uniforme y no se introdujo el cinturón reemplazando la bandolera. Louvois apostó por la construcción de cuarteles y por la creación de un impuesto para evitar el alojamiento, al tiempo que aseguraba el mantenimiento de las tropas. Redujo el número de bocas eliminando vagabundos, servidores, mujeres -tanto prostitutas como esposas de soldados- que acompañaban al ejército; en cambio, se fomentó más la presencia de religiosos, capuchinos y jesuitas sobre todo. Desde 1682 se imprimían cuatro veces al año, con una tirada de 600 ejemplares, la lista y descripción de los desertores que se enviaba a todos los gobernadores e intendentes del país.

---

**Cuadro I.** Efectivos del ejército de Luis XIV, 1662-1690.

AÑO	INFANTERIA	CABALLERIA	TOTAL
1662	39.120	7.500	46.640
1663	45.880	-----	---
1664	44.780	-----	---
1665	70.400	-----	---
1666	155.000	-----	---
1667	178.500	14.150	193.010
1668	85.800	10.000	95.800
1669	84.500	-----	---
1670	116.000	9.400 (?)	---
1671	117.800	-----	---
1672	138.620	25.000 (?)	---
1673	163.570	-----	---
1674	214.950	-----	---
1675	227.000	-----	---
1676	225.650	-----	---
1677	229.970	-----	---
1679	112.430	-----	---
1680	112.942	-----	---
1683	143.330	47.640	190.970
1684	129.940	42.015	171.955
1688	242.000	-----	---
1689	290.000	-----	---
1690	310.600	65.008	375.608

Fuente: A. CORVISIER, Louvois, pp. 514-516. Elaboración propia.

---

## 2. La marina de guerra francesa, 1661-1697.

El interés por tratar sobre la marina de guerra francesa en la época que nos ocupa se debe fundamentalmente a las observaciones de Jean Meyer refrendadas por los acontecimientos ocurridos en el frente catalán en 1689-1697. Según Jean Meyer una posibilidad para aprovechar estratégicamente la superioridad naval era perpetrar ataques de tipo "periférico", obteniendo una ventaja importante en un momento dado. Así, defiende la existencia de una estrategia combinada de guerra terrestre y guerra marítima que la historiografía, a nuestro juicio, no ha terminado de recoger con claridad. No obstante, por necesidades financieras, suele explicarse que desde 1694 las autoridades galas dejaron de lado la estrategia naval basada en la guerra de escuadra dando paso a la guerra de corso.<sup>(11)</sup> El problema particular que se nos plantea es la casi inexistencia de referencias sobre la flota francesa del Mediterráneo y el frente catalán. En la tercera parte de este trabajo trataremos de paliar tal vacío.

Siguiendo a Jean Meyer, desde 1661, y especialmente a partir de 1664, Colbert fue el director de la política marítima francesa. Hasta 1690 los gastos de la misma representaron, sin contar los de las fortificaciones de la costa, un 10% del total desembolsado para la guerra. Sólo en 1670 la flota francesa estuvo mínimamente preparada, de ahí que en la guerra franco-inglesa de 1665 a 1668 apenas si intervino, actuando de forma secundaria como apoyo del aliado holandés. Para algunos autores, el ansia de Luis XIV por conseguir la alianza inglesa durante la que fue la Guerra de Holanda se debió, precisamente, al miedo a enfrentar sola su



flota contra la holandesa. En cambio, la guerra marítima se trasladó al Mediterráneo desde 1674 con buenos resultados galos frente a la flota hispano-holandesa.

A partir de entonces no cesó de crecer el poderío marítimo francés. Desde 1683 Seignalay se encargó de la dirección de la marina, que hasta 1690 multiplicó sus acciones de fuerza especialmente en el Mediterráneo. A inicios de la Guerra de los Nueve Años se desarrolló una estrategia de dominación marítima gracias a la victoria de Tourville en Béveziers (1690), aunque gracias a su superioridad numérica -70 barcos de línea frente a 57 aliados.

En 1691 Pontchartrain (padre) sucedió a Seignalay al frente de la marina justo en el momento en que Louvois y su clientela intentaban controlarla anexionándose la secretaría de Marina. La derrota de La Hougue (1692) marcó el resto de la etapa Pontchartrain, cuando parte de la historiografía ha acusado al ministro de decantarse desde entonces por la guerra de corso en lugar de la guerra de escuadra. La derrota se debe, según J. Meyer, a la orden inexorable de Luis XIV de batirse, que el almirante Tourville aceptó a pesar de su inferioridad -45 navíos de línea frente a 88 aliados. Las pérdidas francesas fueron de 15 navíos, repuestos al año siguiente. Por otro lado, la guerra de corso, con óptimos resultados, comenzó, como hemos dicho, a partir de 1694, cuando, en 1693, el ataque de Tourville a la flota aliada de Esmirna demostró el daño producido al comercio aliado.<sup>(12)</sup>

A nivel de cifras, sólo contando los navíos de línea, de diez navíos en 1660 se pasó a 119 en 1671; en 1683 eran ya 120 -siendo 186 el total de los que había de guerra- y en 1688 189

de guerra, aunque una cuarta parte de los mismos estaban atracados siempre en los puertos indisponibles por reparación.

El principal handicap de la flota francesa era la utilización de un mayor número de hombres que la flota holandesa o inglesa. Para conseguir sirvientes para la marina se utilizó el sistema de la *presse* o requisa de marinos. Establecido en 1669, y organizado en 1673, los hombres de mar debían servir uno cada tres o cada cuatro años, según las provincias, en los barcos del rey. A inicios de la Guerra de los Nueve Años, la flota francesa era más fuerte que la inglesa y la holandesa por separado. En 1690 había 214 navíos de guerra -120 de línea- y en 1697 300 de guerra, 137 de los cuales de línea.<sup>(13)</sup>

### 3. Ejército y marina de las potencias aliadas, 1660-1697.

*-Inglaterra.*

A lo largo del siglo XVII, los parlamentarios ingleses vivieron con el terror de ver al rey imponer su voluntad a la nación gracias a su dominio de las fuerzas armadas. No es de extrañar, pues, que se desarrollase un estado de opinión contrario al ejército permanente *-no standing army-*. Los hechos de armas durante la Guerra Civil no mejoraron la opinión sobre el ejército permanente, de ahí las dificultades de Carlos II durante su reinado por obtener del Parlamento las rentas necesarias para mantener un ejército de efectivos mínimos.

La época de la Guerra de Holanda coincidió con una poderosa crítica al ejército permanente, sobre todo entre 1673 y 1679.

Jacobo II pudo incrementar el ejército gracias a las rebeliones que hubo de sofocar en su corto reinado, desde 1685, pero no contaba con más de 30.000 hombres en el momento de enfrentarse a Guillermo de Orange en 1688. En parte, Jacobo II se indispuso con la nación por su interés en disponer de un ejército más fuerte. Precisamente, en la declaración de Derechos que los pretendientes al trono, Guillermo y María, hubieron de aceptar, se especificaba que en tiempos de paz el Parlamento tendría la autoridad definitiva sobre el ejército y la milicia, siendo ilegal el alojamiento de tropas en casa de particulares. La *Mutiny Act* de 1689 reafirmó, además, que el ejército profesional era una fuerza constitucional cuyo funcionamiento, leva y pago debían ser controlados por el Parlamento.

Con Guillermo III el ejército inglés no cambió fundamentalmente. Continuó basándose en un cuerpo permanente pequeño, bien entrenado y profesional al que se unían otras fuerzas en época de guerra. Principalmente, Guillermo III se preocupó de que el cuerpo de ejército enviado a los Países Bajos fuese de buena calidad y estuviese bien dirigido, concediendo el mando de los nuevos regimientos creados a oficiales que habían demostrado su valía. Dichos oficiales se encargaban durante el invierno de reclutar la gente necesaria para colocar sus regimientos en el número de hombres adecuado -entre un 40 y un 60% de pérdidas anuales-, mientras la disciplina se endureció ostensiblemente desde 1690. Al mismo tiempo, en Escocia desde 1693-94 se impuso un sistema de cuotas por el que se levaba un número de soldados determinado en cada villa y en cada condado.

El resultado más visible de los cambios en el ejército fue su incremento: 58.914 soldados en 1689, 93.635 soldados en 1694. Así, en Flandes, el cuerpo británico destacado fue de:

1689	10.972	hombres.
1690	5.360	"
1691	11.144	"
1692	40.000	"
1693	40.720	"
1694-97	56.309	"

Según J. Childs, si bien siempre hubo una oposición clara al ejército permanente, lo cierto es que el Parlamento no dejó de votar los subsidios para el mismo, que entre 1689 y 1697 alcanzaron los 18,5 millones de libras.<sup>(14)</sup> J. Brewer afirma que entre 1689 y 1697 se gastaron 36.270.000 libras en la guerra -un 74% de los gastos totales del estado- un porcentaje que no se alcanzó a lo largo del siglo XVIII. Para Brewer, las guerras en las que participó la Gran Bretaña a partir de 1689 terminaron siendo la causa de la expansión del aparato del Estado.<sup>(15)</sup> A su vez, D. French nos explica como de 1691 a 1697 el 30% del ejército pagado por Inglaterra eran tropas foráneas; en los mismos años el 48% del cuerpo de ejército destacado en Flandes eran mercenarios. Para este autor, el coste de la Guerra de los Nueve Años fue de 49.300.000 libras.  
(16)

#### *-Provincias Unidas.*

Las Provincias Unidas hicieron un esfuerzo notable para mantener un ejército creciente a lo largo de la segunda mitad del siglo XVII. Ya en 1627 levantaron más tropas que las que les oponía la Monarquía Hispánica, el famoso Ejército de Flandes. Un fenómeno importante fue el uso de tropas extranjeras, sobre todo inglesas, alemanas y protestantes francesas, aunque mayoritariamente serán tropas neerlandesas.

La necesidad de guarnicionar las numerosas plazas del país hizo que el ejército de campaña jamás fuese superior a 30.000 ó 40.000 hombres, de ahí la necesidad de contar con la fuerza expedicionaria inglesa, pero también de la Monarquía Hispánica y de otros aliados, para frenar el poderío galo en la zona.<sup>(17)</sup>

*-El ejército imperial.*

El emperador levaba la parte esencial de su ejército en el país hereditario, contando, además, con tropas pagadas por los príncipes del Imperio. Los soldados solían ser voluntarios procedentes principalmente de Austria y de Bohemia.

El general Montecuccoli fue la gran figura militar de la época que tratamos. Primero desarrolló la recluta de gran número de pioneros y zapadores, dando mucha importancia a la formación de ingenieros militares. Introdujo el batallón como unidad táctica de la infantería a razón de cuatro batallones por regimiento -2.000 hombres repartidos entre doce y dieciséis compañías. La compañía, pues, tenía unos 150 hombres y era comandada por tres oficiales.

Desde 1680 la infantería se armaba con fusil y bayoneta haciendo inútil la pica. Asimismo, se contaba con cuerpos de granaderos desde 1670.

Los regimientos de caballería eran de 800 a 1.000 hombres divididos en cinco escuadrones. Varios de aquéllos eran de coraceros y de dragones -infantería a caballo. La proporción de una y otra era, aproximadamente, de dos tercios de infantería y un tercio de caballería.

Un porcentaje alto de la oficialidad era extranjera: en 1699 un 25% de los oficiales de infantería y el 40% de los de la caballería.

Los efectivos del ejército crecieron sensiblemente. De 60.000 hombres durante la Guerra de Holanda se pasó a 100.000 durante la Guerra de los Nueve Años.<sup>(18)</sup>

*-Las marinas de guerra inglesa y holandesa.*

Inglaterra creó una auténtica escuela de la marina de guerra, situación que contrasta con la opción holandesa de armar barcos mercantes en época de guerra.

Los ingleses desarrollaron a lo largo del siglo XVII las fragatas fuertemente artilladas y con mayor cadencia de tiro en lugar de los grandes barcos poderosamente armados, pero muy lentos.

Colbert y Seignalay optaron por imponer un programa de reconstrucción de la flota francesa siguiendo el modelo inglés al que superaron, finalmente, en los años que nos ocupan. De hecho, parte de la historiografía especializada está de acuerdo en que ni la renovación de la *Royal Navy* fue tan extraordinaria, ni la derrota francesa en Barfleur-la Hougue fue tan decisiva.<sup>(19)</sup>

Sólo por influjo de Jan de Witt pudo la marina holandesa afrontar con éxito sus compromisos bélicos hasta la década de los setenta, aunque la necesidad de fortificar mejor el país y mantener un ejército poderoso les obligó a concentrar sus esfuerzos en el frente terrestre, sobre todo.

A pesar del avance marítimo francés del momento, la marina inglesa no se quedó atrás: 173 navíos de guerra en 1688, 323 en 1697... De hecho, según D. French en el período 1688-1697

la marina se llevó el 54% de los gastos por sólo el 46% el ejército -entre 1698 y 1701 la relación fue del 64% y del 36% respectivamente. (20)

#### **4. La historiografía sobre el reinado de Luis XIV: la política exterior francesa, 1661-1697.**

William F. Church defendía, hace algunos años, la existencia de una diferencia entre la escuela francesa y la anglosajona en cuanto a la visión, y opinión, sobre la política exterior de Luis XIV: para Church, R. Mousnier, V.-L. Tapié, G. Zeller, P. Goubert y R. Mandrou habían mantenido viva la opinión de E. Lavisse que incidía en el deseo de alcanzar la gloria y la dominación -*Gloire et Grandeur*- por parte de Luis XIV como la causa principal de las guerras del período. En cambio, la escuela anglosajona con R. Hatton, J. B. Wolf o A. Lossky a la cabeza, se distinguía por dar una visión más objetiva -en opinión de Church-, al relacionar mejor la ideología, la diplomacia y los aspectos puramente emocionales. (21)

En un artículo dedicado, asimismo, a la revisión historiográfica, R. Hatton afirmaba que la imagen histórica de Luis XIV se ha establecido a partir de la propaganda política de su época, por un lado, y , por otro, siguiendo los juicios de valor actuales sobre el absolutismo como forma de gobierno. Para Hatton, la existencia en Francia de una reacción historiográfica antiabsolutista se explica por la acción propagandista republicana desde la instauración de la IIIª República en 1870. La citada autora observa idéntica diferencia que Church en el tratamiento de la política exterior por franceses y anglosajones, aunque matiza todo lo

dicho explicándonos que durante los años sesenta, por un lado, se hizo el esfuerzo por relacionar el absolutismo francés con los modelos políticos de Inglaterra y las Provincias Unidas, dividiéndose los historiadores galos en críticos impenitentes de un rey belicista y en justificadores de sus guerras -al ser defensivas- y por ser el factor que permitió a Francia establecer sus fronteras actuales.<sup>(22)</sup>

Para R. Hatton, el comportamiento de Luis XIV en materia de política exterior no difirió del de sus colegas europeos. El deseo de gloria es el deseo de proteger su reino de sus enemigos, que al atacarle -según R. Hatton- le daban el derecho para obtener satisfacciones territoriales. La necesidad de mantener las leyes fundamentales del reino le obligaban, en política exterior, a mantener intacto todo el territorio confiado a su persona. Ciertamente, a nuestro juicio, la tesis de R. Hatton es insostenible: dirá incluso que Luis XIV era consciente del peso que para la población representaba la guerra, refiriéndose a la Guerra de Holanda, cuando, precisamente ésta, de un paseo militar se convirtió en una larga guerra debido a la coalición antifrancesa que se formó, aunque débil sin la presencia de Inglaterra y Suecia gracias a los subsidios recibidos por sus soberanos. Asegura, asimismo, que el Rey Cristianísimo quiso evitar una guerra general en 1688; evidentemente, la actuación política de Luis XIV hace poco creíble este punto, así como que buscara el arbitraje o las mediaciones para arreglar sus diferencias sin explicar que siempre lo hacía desde una posición de fuerza. Llegando al tema de la guerra y los comportamientos en la misma, las opiniones de R. Hatton se nos antojan poco rigurosas: "L'état de guerre devint plus tolérable pour les



populations civiles avec le progrès de la discipline au sein de vastes armées. Les contributions levées sur les territoires occupés, par exemple, étaient couramment limitées à l'impôt que les habitants auraient en temps normal versé à leur propre souverain...".<sup>(23)</sup> Tendremos oportunidad de comprobar al ejército francés en acción en el territorio ocupado de Cataluña, especialmente en el Empordà.

Por último, en cuanto a las fronteras, R. Hatton defiende especialmente la idea de una Francia que podría ser invadida por el Norte y por el Este, de ahí la necesidad de reforzar las mismas y de hacer guerras defensivas, aunque reconoce que la Guerra de Devolución contra España en 1667-1668 difícilmente puede calificarse de tal manera.<sup>(24)</sup>

Entre los historiadores anglosajones destaca G. Symcox como partícipe de la orientación de R. Hatton. G. Symcox defiende sin problemas no sólo la idea de una "defensive orientation of French policy", sino también que Luis XIV no estaba preparado para la lucha en 1688, de forma que no anhelaba la guerra por entonces.<sup>(25)</sup>

Han sido los historiadores franceses, según nuestro punto de vista, quienes mejor han tratado la política exterior francesa, a pesar de la opinión de W. Church. Gaston Zeller defendió hace muchos años que para conocer la política exterior de esta época se necesitaba comprender la psicología del rey: para G. Zeller no existió un programa de política exterior como tal, y la sucesión de España no constituyó el eje del reinado. Según Zeller, las *Mémoires* de Luis XIV aportan pruebas al respecto: en 1666 decía que "la mort du roi d'Espagne et la guerre des Anglais contre les Provinces Unies... m'offraient à la fois deux importants occasions de

faire la guerre...". No había un sistema coherente, sólo un deseo general de dominación. El primer objetivo de Luis XIV en política exterior era la consecución de la Gloria, que había reemplazado al concepto de Reputación propio del siglo XVI. Por otro lado, el Rey Cristianísimo no se distinguía de los otros soberanos de su tiempo: la guerra se hacía no para asegurar la paz, sino para conquistar, para engrandecer el territorio; tan sólo se diferenciaba, añadimos, en que al disponer de más posibilidades para hacerla, la actitud de Luis XIV obligaba al resto de potencias a coaligarse. Que Luis pensara que sus guerras debían ser justas no esconde, dada la elasticidad de la noción, el deseo de fomentar una política de prestigio -inspirada por Colbert y Louvois en la primera parte del reinado- para la cual se sirvió de su ejército y de la diplomacia, no empleando esta última para mantener la paz, sino para preparar y fomentar la guerra. (26)

V.-L. Tapié coincide en señalar al rey como máximo responsable de la política exterior en pos de la gloria personal sin ningún gran plan para conquistar unas supuestas fronteras "naturales" de Francia, idea que se manifiesta muy poco creíble. También se ha dado una importancia exagerada a la lucha contra España, cuando igualmente combatió contra Holanda, el Imperio e Inglaterra. En realidad, se luchó por rivalidades económicas y para la conquista de territorios, pero desde 1688 la consecución de los mismos se hará para obtener argumentos de peso en las negociaciones de paz. En cualquier caso, este autor cree poco verosímil la idea de la sucesión hispana como eje de la política exterior. (27)

Louis André coincide plenamente con los anteriores al atacar las viejas interpretaciones: el desarrollo hasta sus

últimas consecuencias de los tratados de Westfalia y de los Pirineos (Chérnel y Legrelle), la idea de la sucesión de España como eje político del reinado (Mignet) o la conquista de las fronteras naturales de los Alpes y el Rin (Martin, Lavisse, Sorel, Sagnac, Lefebvre, Mathiez). La principal prueba contra esta última apreciación es su falta de formulación en la correspondencia política o en las memorias del rey. Para André, "la política real no puede resumirse en una fórmula única y perentoria, o bien preverse de una manera general y en su conjunto. La política seguida, al variar múltiples factores a lo largo del reinado, también varió, e incluso fue contradictoria con la línea seguida con anterioridad. Durante medio siglo se sucedieron objetivos variables, direcciones determinadas más que por un sólo móvil, por las circunstancias". André cree ver unas etapas sucesivas en la política exterior:

- La edad de oro de la diplomacia, 1661-1668.
- Coaliciones accidentales, 1668-1678.
- Exageraciones de la política francesa, 1679-1686.
- Coaliciones razonadas, 1686-1713.

Sólo con el cansancio y la miseria se impuso la moderación y las concesiones. (28)

Frente a esta idea de L. André encontramos quienes defienden que fue la eterna lucha contra los Habsburgo, bien por el control de la Europa Continental, bien para evitar ser cercados y asfixiados por aquéllos y sus aliados, la auténtica lógica interna del reinado. (29)

En la década de los sesenta F. Lebrun volverá a la carga afirmando que la política exterior francesa fue oportunista, cuyo único objetivo permanente fue obtener gloria para el rey

-*Nec pluribus impar*- y pujanza para Francia: ni el refuerzo de las fronteras estratégicas, la sucesión de España o la defensa del catolicismo pueden explicar la política francesa de 1661 a 1700.<sup>(30)</sup>

Para R. Mandrou Francia se lanzó a una política bélica de prestigio con la idea, irrealizable, de imponer su hegemonía a Europa. Con todo, Luis XIV sólo mantuvo la vieja política anti-Habsburgo partiendo de los tratados de Westfalia y de los Pirineos, con la contrapartida de imponer al país la dura carga de la guerra.<sup>(31)</sup>

André Corvisier habla de una defensa agresiva -defensa activa más recientemente- para definir la política francesa. De 1661 a 1672 hubo una política de preeminencia en una etapa de paz en la que el rey buscó alianzas y el mantenimiento de su magnificencia al mismo tiempo. Entre 1672 y 1689 sacó adelante una política de expansión frenada por la coalición coyuntural en la Guerra de Holanda, pero no en la de Luxemburgo de 1683-1684, expresión de su pujanza que se mantendrá hasta 1689. Sólo de 1689 a 1697 la coalición del resto de potencias europeas relativamente unidas permitió llegar a una estabilización y frenar la política expansiva de Luis XIV.

Para A. Corvisier la Política de Reuniones se dirigía a la obtención y a la organización de una sólida frontera en el Norte y en el Este. A. Corvisier justifica dicha política alegando que la práctica de las reuniones era algo común -además de que muchos territorios se devolvieron por el Tratado de Ryswick de 1697-, variando en el caso francés el carácter sistemático de la política que condujo a elevar la hostilidad general de Europa.<sup>(32)</sup> El cuadro trazado por

Corvisier no es más que la puesta al día, si se nos permite la expresión, de la antigua idea de R. Mousnier que veía en la política de Luis XIV una continuidad de la del cardenal Richelieu, pudiendo considerarla como defensiva hasta 1678. R. Mousnier no creía en fronteras naturales, pero sí en unas fronteras defensivas que cerrasen el paso al adversario y permitiesen la ofensiva francesa.<sup>(33)</sup> R. Hatton coincide plenamente con estos puntos de vista y llega a justificar una a una todas las guerras del Rey Sol.<sup>(34)</sup>

En la década de los ochenta F. Bluche ha revitalizado algunos de los conceptos empleados en años anteriores. Tras la estela de A. Corvisier y R. Hatton, F. Bluche justifica la existencia de una política defensiva, el *pré carré*; en realidad, la línea defensiva sirvió para lanzar nuevos ataques en 1689-97, al menos en Cataluña. Por lo tanto, podemos hablar, a nuestro entender, de política agresiva a partir de líneas "defensivas" fuertemente militarizadas. En definitiva, para Bluche no se puede confundir *défense agressive* con imperialismo.<sup>(35)</sup> A nuestro juicio, posiblemente la mentalidad de Vauban al diseñar el *pré carré* pudo ser meramente defensiva, pero sus resultados en la guerra no lo fueron en absoluto. Los franceses consiguen crear líneas defensivas gracias a una política previa ofensiva. En realidad, Luis XIV debía defenderse de las coaliciones de sus enemigos producto de su propia política exterior agresiva. Evidentemente el resultado que se buscaba era que el reino quedase resguardado de los embates de la guerra, porque si no ¿cómo podría seguir desarrollando aquélla si el país era arrasado?

Las últimas obras que tratan las relaciones internacionales de esta época, como son las de L. Bély o el trabajo conjunto

del propio Bély, A. Corvisier y J. Bérenger, continúan manteniendo sus convicciones al respecto, es decir, defendiendo el concepto de "estrategia defensiva" con el que A. Corvisier y sus acólitos han matizado el concepto anteriormente utilizado por el citado, la "defensa agresiva", para definir la política exterior francesa.<sup>(36)</sup> Como estos autores dominan el panorama de la historia militar y de las relaciones internacionales durante la Epoca Moderna en el país vecino, nos atrevemos a decir que apenas se ha suscitado una renovación en la percepción de la política exterior francesa durante el reinado de Luis XIV. Con todo, sí se ha producido una reacción historiográfica que comienza a ver el reinado de Luis XIV como el momento inicial del fracaso de la monarquía absoluta francesa en el siglo XVIII.

#### **5. Las relaciones internacionales en Europa, 1661-1697.**

-1661-1684.

F. Lebrun califica el período de 1661-1667 de magnificencia y diplomacia, en el que Luis XIV afirmó la preeminencia absoluta de la corona francesa sobre Europa. Para lograr dicho objetivo, Luis XIV apostó a nivel diplomático por la obtención del primer rango para el embajador francés en las recepciones de terceros países: es el famoso *affaire* de las embajadas de España y Francia en Londres, 1661-62, el saludo al pabellón francés en el mar, etcétera.

Más importante fue su interés por el aislamiento de España y el Imperio, ante la perspectiva de la muerte de Felipe IV, frente a una Francia que buscará la coalición con otras potencias. Así, apoyó a los rebeldes portugueses y renovó en

1663 la Liga del Rin, alianza neutral dirigida, de hecho, contra el Emperador, en la que consiguió hacer entrar al rey de Dinamarca. Mientras tanto, Luis XIV ayudó a Venecia en su lucha contra el Turco cediéndole 6.000 hombres al Emperador en 1664 con idéntico motivo.<sup>(37)</sup>

Al mismo tiempo, Luis XIV preparó diplomáticamente la sucesión de la Monarquía Hispánica ofreciendo al Emperador Leopoldo una parte de la herencia, que éste no acabó de aceptar. Tras la muerte de Felipe IV, Luis XIV hizo publicar el Traité des Droits de la Reine (1665), imponiendo la teoría del derecho de devolución de Brabante por la fuerza de las armas. Sintiéndose jurídicamente respaldado, en 1667 inició la guerra contra la Monarquía Hispánica, reclamando una parte de la herencia hispana. P. Sonnino es el mejor conocedor de esta guerra. Según él, el origen de la misma está en la voluntad del rey por hacer la guerra, pues sus consejeros, Colbert, Lionne e, incluso, Le Tellier, estaban indecisos sobre la necesidad de la misma. Para P. Sonnino, además de sobre Luis XIV, la responsabilidad recae sobre el mariscal Turenne que apoyó la guerra pues su rival, el príncipe de Condé, tardaba en decidirse a dar su visto bueno. En definitiva, la Guerra de Devolución es, para P. Sonnino, una etapa previa para la gran ofensiva que fue, finalmente, la Guerra de Holanda.<sup>(38)</sup>

La mayor parte de los historiadores fijan las operaciones militares en Flandes sin mencionar el frente catalán. La guerra fue un paseo militar, tomando los franceses doce plazas en Flandes y el Franco Condado. Luis XIV no sólo logró la neutralidad del Emperador, sino también su aceptación del primer tratado de reparto de la Monarquía Hispánica (Tratado de Grémonville, 1668). No obstante, la propia pujanza francesa

hizo que Holanda e Inglaterra, tras comprar el apoyo de Suecia, instaurasen una triple alianza en enero de 1668 para mediar y lograr la paz hispano-gala. El Tratado de Aix-la-Chapelle, en mayo de 1668, sancionó la pérdida de doce villas y sus dependencias en Flandes, devolviéndose el Franco Condado. Consecuencia de este tratado fue, también, la paz de Portugal con España, que sancionaba su independencia.

Según J. Stoye, Luis XIV estimaba que su expansión territorial sería muy lenta si Carlos II vivía más años. Por ello se embarcó en la búsqueda de alianzas tras frenar sus conquistas en Aix-la-Chapelle, estimulando entonces los intereses opuestos a Francia, pues se comenzó a considerar necesario combatir el avance galo. Para J. Stoye Luis XIV cometió un error al parar la guerra en 1668, ya que España no podía defender los Países Bajos, la alianza anglo-holandesa era muy débil y el Emperador no estaba interesado en los Países Bajos hispanos.<sup>(39)</sup>

J. Bérenger considera que la política cauta de Luis XIV en estos momentos se debía a la esperanza depositada en el Tratado de Grémonville y en la más que probable muerte prematura de Carlos II. Por su parte, la actitud holandesa dejaba bien claro que la partición de la herencia hispana, con la posibilidad de que Francia controlase los Países Bajos hispanos, no era de su agrado.<sup>(40)</sup>

Todos los autores se muestran de acuerdo en considerar que la Guerra de Holanda, 1672-78, era un conflicto anunciado, pero, sin duda, ni Colbert ni Luis XIV esperaban que se desarrollase tal y como lo hizo. Desde 1668 las Provincias Unidas serán el adversario a batir por su intromisión diplomática en favor de España, buscando mantener a la



Monarquía Hispánica como freno al avance francés. Asimismo, por su republicanismo y su política económica y religiosa. La política antiholandesa comenzó, en realidad, en 1659 con Fouquet, pero Colbert la sistematizó llegando a pedir la intervención militar. Al respecto, D. Dessert y J.L. Journet nos muestran todo un *lobby* Colbert deseoso de emprender una guerra, eminentemente comercial, pero también beneficiosa al más puro nivel crematístico, dado que el abastecimiento de la potente marina de guerra estaba en sus manos. Con todo, la agresividad colbertiana no aseguró la buena marcha de la economía al trastocar la guerra, mucho más larga de lo previsto, los planes iniciales.

En el plano diplomático, Francia debía obligatoriamente romper la triple alianza, renovada en 1670, de Holanda, Inglaterra y Suecia. En 1671 Inglaterra y en 1672 Suecia firmaron sendos tratados con Francia que desarticularon los apoyos de Holanda. En noviembre de 1671 se logró la neutralidad del Emperador Leopoldo, mientras que se ocupaba Lorena y se firmaban tratados con Portugal, Saboya y algunos príncipes alemanes.<sup>(41)</sup>

Como hemos visto anteriormente, Holanda sólo pudo mantener como aliada a España. De Witt, según J. Israel, no quiso acercarse a la Corona hispana hasta que se debilitase su poderío militar, pero, para entonces, la agresividad de Luis XIV era ya imparable. Pocos años más tarde, tras la Guerra de Devolución, Holanda trató de retener a España a su lado ofreciéndole ayuda militar que, a nuestro juicio, sólo puede entenderse como apoyo marítimo.<sup>(42)</sup>

Cabe resaltar durante estos años la magistral política inglesa: siempre con el punto de mira del equilibrio en

Europa, Inglaterra consiguió el apoyo de Francia para inflingir un correctivo a Holanda. Cuando ésta dejó de ser un problema acuciante para su desarrollo marítimo y comercial se alió inmediatamente con aquélla para frenar a Francia; la posterior alianza con España le valdrían beneficios comerciales en América.

En marzo-abril de 1672 Inglaterra y Francia declararon la guerra a Holanda. El 20 de junio, tras la caída de Utrecht, los holandeses abrieron los diques y frenaron el avance galo inundando su territorio. Los Estados Generales pidieron la paz concediendo la ribera izquierda del Rin y diez millones de libras de indemnización. Luis XIV no se contentó con ello, sino con veinte millones, la cesión de la región entre el Rin y el Mosa y el restablecimiento del catolicismo. Esta actitud exacerbó los ánimos de los holandeses y sirvió de acicate al partido orangista para tomar el poder, tras el asesinato de De Witt, y ofrecerlo a Guillermo de Orange. Al respecto, mientras A. Corvisier oculta parte de la situación y las peticiones desaforadas de Luis XIV, P. Goubert critica el ansia de gloria y la belicosidad del Rey Sol.

En la campaña de 1673, Luis XIV se retiró a la Holanda Oriental tomando Maastricht. Mientras, las Provincias Unidas obtuvieron el apoyo de España y del Imperio en la primavera de aquel año. Por ello, la campaña de 1674 fue concebida por Francia como una oportunidad para conquistar de nuevo el Franco-Condado. La derrota franco-inglesa en el mar frente a Holanda llevó a los segundos a pedir por separado la paz a las Provincias Unidas en 1674, pasándose algunos estados alemanes, como Brandemburgo, al bando imperial. En 1674, la Guerra de Holanda, en palabras de G. Zeller, había degenerado en una

pugna entre Francia y los Habsburgo hispanos y austríacos junto a Holanda.

Francia rechazó el intento de tomar Lorena por los ejércitos alemanes el invierno de 1674 y con el mariscal Turenne se lanzó a la contraofensiva en 1675 pasando el Rin. Asimismo, el esfuerzo francés se cebó en los Países Bajos hispanos tomando todas las plazas del Sur entre 1675 y 1678. Como vemos, ningún autor hace mención del frente catalán ni de la frontera del Rosselló, tan sólo a la ayuda prestada a Mesina que implicó la llegada al Mediterráneo de una flota holandesa con el almirante Ruyter al frente, siendo batido por los franceses en Palermo, abril de 1676.

El cansancio de todos los participantes, incluida Francia, con problemas financieros y revueltas, hizo que las negociaciones establecidas desde 1675 permitieran terminar la guerra con tratados de paz por separado con Holanda, España y el Emperador con Francia, como es bien sabido. La Monarquía Hispánica pagará por todos: cederá el Franco-Condado, el resto del Artois, Cambrésis, parte de Flandes y parte del Hainaut, recibiendo a cambio cinco plazas que impedían a Francia proyectar una frontera lineal más fácilmente defendible. En cuanto a Cataluña, A. Ayats explica el cambio en la concepción de una frontera inestable -la de la Paz de los Pirineos- en una frontera fortificada y ofensiva.<sup>(43)</sup>

Según todos los indicios, la política de Reuniones comenzó inmediatamente después de la Paz de Nimega. Para G. Zeller toda la responsabilidad es de Louvois. E. Lavisse y Louis André la desviaban hacia Colbert de Croissy. Para A. Corvisier en realidad se trató de una política en la que intervinieron tanto Louvois como Croissy y Pomponne.<sup>(44)</sup>

V.-L. Tapié y R. Hatton coinciden en su análisis del motivo de la mencionada política, que no era otro que el aprovechamiento de la pujanza francesa -Luis XIV mantuvo estos años un ejército de 140.000 hombres- para sacar partido de los tratados firmados en todo aquello que beneficiase a Francia. La diferencia entre los autores citados es que R. Hatton sólo quiere ver una política defensiva por parte de Francia al pretender asegurar sus fronteras; por su lado, V.-L. Tapié no sólo considera este aspecto, sino también la posibilidad de crear puntos de partida en las ofensivas hacia el Imperio en caso de guerra. Asimismo, Colbert habría impuesto la opción a establecer unas rutas estratégicas y comerciales para una penetración pacífica de la economía francesa en expansión en el área.<sup>(45)</sup>

F. Lebrun coincide en señalar a Colbert de Croissy y a Louvois como los inspiradores de la política de Reuniones, calificada por G. Zeller, como toda la política del momento, de brutal. Como se sabe, se ocuparon villas en Luxemburgo, el condado de Montbéliard, las villas de la decápolis de Alsacia, el ducado de Deux-Ponts y Estrasburgo. Las anexiones francesas alimentaban en el Imperio una francofobia galopante que se observa en la guerra de panfletos del momento.<sup>(46)</sup> Nos deberíamos plantear hasta qué punto esta política de Reuniones sirvió para dar ánimos a los defensores de la política de fronteras naturales. En cualquier caso, Vauban será un valedor de las mismas alegando que el Estado debería abarcar sus límites naturales "que parecen haberle sido establecidos por el Autor de la Naturaleza desde el comienzo del Mundo". Para Vauban, si Francia y los demás estados permanecían en sus fronteras naturales no habría razón de ser para las guerras;

Francia debería contentarse con la suya y no aspirar a la quimérica Monarquía Universal. El problema, evidentemente, eran las fronteras a las que aspiraba Francia: de los Alpes a los Pirineos y entre Suiza y los dos mares. Es decir, Génova, Saboya, Niza, Lorena, Deux-Ponts, Montbéliard, Palatinado, Tréveris, Maguncia, Colonia, Cléves y Jülich, Lieja, Flandes, el Brabante holandés y los Países Bajos católicos.<sup>(47)</sup>

El rechazo a la ambición y pujanza de Francia inspiró a autores del Imperio como Hörnigk, que creía imposible la reconciliación con Francia. Para él, pagando con idéntica moneda, las fronteras naturales del Imperio serían: los Países Bajos, Suiza, Polonia, Prusia, Livonia, Dinamarca y la propia Francia si se contemplaba la herencia de Carlomagno. Hörnigk defendía una Alemania unida bajo las riendas de Austria para luchar en los frentes Oriental, contra los turcos, y Occidental, contra Francia.<sup>(48)</sup>

En palabras de J. Bérenger, "A notre avais la politique des Réunions et la capitulation de Strasbourg ont consommé la rupture définitive entre Louis XIV et Léopold Ier, ce dernier s'enfermant dans une attitude de principe pour sauver la Monarchie d'Espagne et les territoires rhénans. Son intransigeance a poussé Louis XIV à se livrer à un dangereux chantage et à utiliser les alliances de revers en Europe orientale, pour ôter à l'empereur toute envie d'intervenir militairement sur le Rhin et consolider les Réunions. Mais la machine n'a pas fonctionné comme Versailles l'avait prévu".<sup>(49)</sup>

Las amenazas francesas hacia Luxemburgo, que por poco acaban en guerra en 1682, llevaron a Guillermo de Orange a firmar un tratado defensivo con Suecia, incrementándose la

unión de ambas potencias con el Imperio, España y algún príncipe alemán, febrero-junio de 1682. Francia, por su parte, mantuvo su política comprando la fortaleza de Casale y manteniendo una actitud de dureza frente a España no sólo en los Países Bajos, sino también en las fronteras vasca y catalana. Asimismo, renovó contra sus enemigos los pactos de unión con Dinamarca y Brandemburgo, octubre-noviembre de 1683, justo cuando la Monarquía Hispánica le declaró la guerra el 26 de noviembre.

El año 1684 significó el punto culminante del expansionismo del Rey Sol, según expresión de F. Lebrun, pero también marcó el inicio de las coaliciones antifrancesas *raisonnées*, según la expresión, en este caso, de Victor-L. Tapié. La reacción de la Monarquía Hispánica -la guerra en noviembre de 1683- suele interpretarse como algo inesperado a pesar de los esfuerzos franceses en Luxemburgo, dada la diferencia entre ambas potencialidades bélicas, pero no se explica por qué la Monarquía optó por esta salida tan radical. R. A. Stradling, poniendo el dedo en la llaga al decir que ningún aliado de España intervendría para salvar Luxemburgo, cree que esta guerra relámpago por parte francesa puso en evidencia el hundimiento del sistema hispano en Europa; entonces Flandes, el Norte de Italia y Cataluña terminaron siendo "puestos aislados del Imperio" dependientes de sus propios recursos para salvarse ante el poderoso enemigo galo, idea con la que no estamos de acuerdo.<sup>(50)</sup>

Volviendo a la pregunta anterior, cabe explicar por qué una monarquía en decadencia militar se opuso a la máxima potencia bélica del momento. David Salinas sugiere la existencia de una política belicista hispana opuesta a la opción de firmar una

mala paz como la de Nimega. Es decir, una guerra convenía más que la situación internacional previa, cuando la Monarquía se veía afectada por la política de Reuniones francesa. Por otro lado, el partido hispano en la Corte de Viena pedía la guerra desde 1682. Luis XIV encorajó al turco a continuar su presión en Hungría, pero el Emperador, apoyado por el arzobispo de Viena y el partido hispano de su Consejo, mantuvo su postura en el frente Occidental, y el tiempo, con la derrota turca en el sitio de Viena, le dio la razón. No obstante, el Emperador era consciente de la debilidad de su frontera Oriental y por ello, sin abandonar a España, recomenzó la guerra para conquistar toda Hungría en 1684. Según Salinas, la Guerra de Luxemburgo permitió al Emperador derrotar al Turco mientras la Monarquía Hispánica entretenía a Francia el tiempo suficiente; cuando el Emperador alejó la amenaza turca en la primavera de 1684 y Francia obtenía Luxemburgo se llegó a la Tregua de Ratisbona que debía mantener el status quo durante veinte años, conservando la Monarquía intacta su presencia en los Países Bajos, el Norte de Italia y en Cataluña.<sup>(51)</sup>

-1684-1697.

Desde la Tregua de Ratisbona los franceses no hicieron más que obtener ventaja a partir del punto donde se habían detenido sus ejércitos. Con la toma de Estrasburgo dominaban el paso del Rin; Luxemburgo era el principal apoyo sobre el flanco izquierdo de las defensas de los Países Bajos hispanos; Casale, sobre el río Po, era un punto de penetración sobre el ducado de Milán. Por otro lado, la plaza de Dinant les aseguraba un acceso seguro hacia Namur, la principal fortaleza que se encontraba al Oeste de Luxemburgo.<sup>(52)</sup>

Frente a este despliegue estratégico, que sólo podía hacer recelar al resto de las potencias, tres hechos lograron movilizar los ánimos de la mayor parte de Europa contra Francia. Con la revocación del Edicto de Nantes -18 de octubre de 1685- Luis XIV consiguió crearse un buen número de propagandistas enemigos acérrimos de su política. Antiguos aliados como Suecia o Brandemburgo se alejaron de la órbita francesa. De hecho, la política de Reuniones ya había logrado, de por sí, enfriar los ánimos de la propia Suecia, pero también de Baviera o Renania.

El mismo año, 1685, murió el Elector Palatino. Frente a la elección de una nueva dinastía pro-habsburguesa, los Neoburgo, Luis XIV reclamó los derechos de la duquesa de Orleáns, hermana del Elector difunto. Este suceso movilizó la opinión pública alemana que, junto a los pactos defensivos previos entre Inglaterra y Holanda, por un lado, y Holanda, Suecia y Brandemburgo, por otro, dieron lugar a la formación de la Liga de Augsburgo.<sup>(53)</sup>

El 9 de junio de 1686, se constituyó oficialmente dicha Liga integrada por el Emperador, España, Suecia, Provincias Unidas, Palatinado, Baviera, Franconia y el círculo del Alto Rin. Básicamente, aspiraban a mantener los tratados de Münster y Nimega y la Tregua de Ratisbona.

En lugar de frenar sus ambiciones, Luis XIV apoyó la nominación del cardenal Fürstenberg, obispo de Estrasburgo, para el cargo de Arzobispo-Elector de Colonia. El interés de Luis XIV radicaba en que el territorio del arzobispado se extendía por la margen izquierda del Rin, donde había tres fortalezas. Además, el arzobispo de Colonia era Obispo-Príncipe de Lieja, diócesis dividida entre ambas orillas del



Mosa y lugar de comunicaciones estratégicas, donde, por cierto, el ejército holandés obtenía buena parte de sus armas y municiones.

El candidato elegido fue José Clemente, hermano del Elector de Baviera, Maximiliano II, que estaba al mando del ejército imperial. Ante la designación del candidato contrario a sus intereses, el Rey Cristianísimo invadió el territorio del electorado de Colonia, mientras el Emperador enviaba tropas a proteger la propia ciudad.<sup>(54)</sup>

Mientras, los acontecimientos también se sucedían en Inglaterra. Si bien los ingleses habían aceptado a Jacobo II, católico, como sucesor de Carlos II era en tanto en cuanto su hija mayor María, protestante, fuese la legítima heredera. Cuando Jacobo II tuvo un hijo en segundas nupcias y fue bautizado como católico, Guillermo de Orange, esposo de María, reaccionó poniéndose a la cabeza de los descontentos, defendiendo los derechos al trono de su esposa. En noviembre de 1688 desembarcó en Inglaterra y controló rápidamente la situación. Jacobo II, tras escapar, acabó exiliándose en Francia.<sup>(55)</sup>

Cuando la Dieta conoció el éxito del desembarco de Guillermo de Orange en Inglaterra abandonó la neutralidad. En noviembre de 1688 Luis XIV declaró la guerra a las Provincias Unidas. En diciembre, mediante sucesivos decretos varios estados del Imperio declaraban la guerra a Francia. Esta comenzó por controlar la orilla izquierda del Rin, hasta que en marzo de 1689 Louvois dio la orden de devastar el Palatinado. Tal actitud aceleró la formación de un frente común. Ya en marzo de 1689 Carlos II de España había dado autorización a las tropas imperiales para atravesar los Países

Bajos y atacar al ejército francés. Ello fue motivo para la declaración de guerra de Francia a España el 15 de abril de 1689.<sup>(56)</sup>

Posiblemente, fue la entrada de la Monarquía Hispánica en la guerra, con la apertura de un frente en los Países Bajos auxiliada por las Provincias Unidas -e Inglaterra con Guillermo de Orange como rey-, lo que explica la actitud francesa en el Palatinado. Es decir, la táctica de tierra quemada en el Palatinado y zonas limítrofes era una medida para impedir que los ejércitos alemanes ocupasen el territorio desamparado por los franceses, que debían trasladar parte de sus fuerzas a los Países Bajos hispanos.

Tras el desembarco de Jacobo II en Irlanda en mayo de 1689, abortado definitivamente tras la derrota de La Boyne (julio de 1690), Guillermo III declaró la guerra a Francia.

Finalmente, en junio de 1690, Víctor-Amadeo II de Saboya-Piamonte se alió con el emperador y con España.

A su vez, el 11 de mayo de 1689 los holandeses firmaron una alianza con el Emperador -Tratado de Viena- en la que se comprometían a retornar al *status quo* fijado por los tratados de Westfalia, de los Pirineos y Nimega, a restaurar a Carlos V en el ducado de Lorena y a anular las Reuniones. Por un acuerdo secreto, se comprometían también a dejar la herencia hispana a Leopoldo I si Carlos II moría sin descendencia. Con esta concesión Holanda podía muy bien exigir del Emperador un mayor esfuerzo de guerra en el Rin en lugar de en el frente Oriental. Inglaterra estaba aliada con las Provincias Unidas desde 1678, por ello Guillermo de Orange se asoció al Tratado de Viena en diciembre de 1689.

Portugal se mantuvo neutral, aunque la vieja alianza con Francia fue rota en pos de un acercamiento, por motivos matrimoniales, a los Habsburgo austríacos.

En definitiva, todo estaba preparado para iniciar un nuevo conflicto.<sup>(57)</sup>

Las diferentes historiografías conocen esta guerra con nombres distintos: en Francia se denomina Guerra de la Liga de Augsburgo -que parece achacar la responsabilidad de la misma a la Liga-, en Alemania se la conoce como Guerra de Orleáns, sugiriendo que el asunto de la sucesión palatina está en el origen de la misma. En Inglaterra es conocida como la Guerra del Rey Guillermo, suponiéndose, entonces, que aquél fue el único responsable. Por todo ello, y teniendo en cuenta que la historiografía hispana la ha tratado como una guerra más, la última del reinado de Carlos II, aceptamos la propuesta de G. N. Clark de denominarla Guerra de los Nueve Años, por ser éste el tiempo casi exacto de la duración de la misma, de noviembre de 1688 a octubre de 1697.

Cuando la guerra se inició realmente, en la primavera de 1689, Francia estaba a la defensiva, pero al poseer ventaja al contar con Luxemburgo, Casale y Estrasburgo pudo decidir el teatro de la lucha. Los franceses no tomaron la ofensiva en los Países Bajos, siendo, además, batidos en el frente del Rin, pero sí lo hicieron en Cataluña, donde la Monarquía era mucho más vulnerable. El método galo era, sencillamente, mantener su enorme ejército aprovisionándolo en los territorios ocupados, de forma que siempre era una tentación abrir nuevos teatros de operaciones, aunque se resintiese el suministro central de dinero y pertrechos.

De hecho, se abrió un cuarto teatro de operaciones en Irlanda. El 22 de marzo de 1689 desembarcó en dicha isla Jacobo II, dominando inestablemente el territorio, salvo el Ulster, hacia el verano.<sup>(58)</sup>

En 1690 las expectativas parecían mejores para Francia. Leopoldo I pretendía concentrarse en la guerra contra el Turco, dejando el frente Occidental a los aliados. Por su parte, los franceses preparaban una ofensiva general en los Países Bajos y desembarcaron 7.000 soldados más sus oficiales en Irlanda. Sólo en junio desembarcó a su vez Guillermo III en la isla con casi 40.000 hombres, con los que batió en junio a sus contrincantes -La Boyne, 11 de julio de 1690.

Prácticamente en la misma fecha, el 10 de julio de 1690, la flota aliada y la francesa se enzarzaron en el combate naval de Béveziers (o Beachy Head). El almirante Tourville, con ventaja numérica en naves y cañones, venció a Torrington. No obstante, Guillermo III no temía un desembarco francés pues sabía que la flota gala no llevaba tropas de desembarco. Es más, Tourville, con 7.000 de sus hombres enfermos, hubo de poner rumbo a puerto tras la batalla.

En el frente flamenco, los ejércitos franceses de Boufflers y del Mariscal de Luxemburgo se unieron -40.000 hombres- y dieron batalla al ejército aliado comandado por Waldeck -30.000 hombres- al que vencieron -batalla de Fleurus, 1 de julio de 1690. Los aliados tuvieron 7.000 bajas.

Mientras, se abrió el quinto teatro de operaciones en Saboya-Piamonte. Al principio, la entrada en la guerra de Víctor-Amadeo II esperanzó mucho a los aliados pues esperaba invadir desde allí el Delfinado y la Provenza -con Tolón como principal puerto-, resultándole más costoso a Francia mantener

un ejército en aquel frente. El problema era que los aliados tenían también demasiados frentes que cubrir.

El ejército francés al mando de Catinat derrotó al ejército hispano-saboyano en Staffarda -18 de agosto de 1690-, en parte por culpa de Víctor-Amadeo II, quien no quiso esperar los refuerzos bávaros y austríacos -casi 17.000 hombres. Así, el resto de la campaña, Catinat tomó varias plazas y permitió a su ejército vivir sobre el terreno. Al mismo tiempo, el frente del Rin se vió marcado por la toma por el Turco de Belgrado (octubre de 1690), entonces parte de los ejércitos de Baviera, Brandemburgo y Brünswick hubieron de ser enviados al frente Oriental en apoyo del del Emperador.<sup>(59)</sup>

La siguiente campaña, 1691, no fue más decisiva que la del año anterior. Mientras Guillermo III dejaba en manos del general holandés Godard la toma de toda Irlanda, que finalizó en octubre de aquel año, él mismo se puso al frente del ejército aliado en Flandes, levantando 80.000 hombres para aquél y 40.000 para el del Rin. Pero los franceses se adelantaron y tomaron Mons, del 15 de marzo al 8 de abril de 1691. Fue la excusa, en buena medida, para demandar por parte de Guillermo III la destitución del marqués de Gastañaga, último Gobernador hispano de los Países Bajos, siendo sustituido por Maximiliano II de Baviera.

Ni en el Rin ni en Cataluña hubo combates importantes, en cambio sí los hubo en Saboya. Los aliados formaron un ejército de casi 40.000 hombres constituido por contingentes de españoles, saboyanos, bávaros, austríacos, hugonotes y suizos y, quizás, con demasiados generales. A pesar de tener un ejército mayor que el francés de Catinat, éste les batió tomando Niza, Vilafranca y Montmélian, centro de la defensa

del frente saboyano, pero no se pudo mantener en el Piamonte.  
(60)

En 1692 ambos mandos pretendieron servirse de su armada para invadir al enemigo. Los aliados, en lugar de desarrollar sus planes, se contentaron con impedir los de los franceses. Tras reunir una fuerza de 24.000 hombres entre Cherburgo y Le Havre, el almirante Tourville recibió órdenes de combatir aunque estuviese en inferioridad numérica. El suceso, conocido como batalla de Barfleur-La Hougue, pues se combatió entre ambos puntos durante seis días, del 29 de mayo al 4 de junio de 1692, fue una clara derrota gala. Tourville con 45 navíos no pudo hacer frente a la escuadra del almirante Russell de 70 navíos (88 ó 97 navíos según otras versiones), pero la ineptitud del mando impidió desembarcar tropas en la costa francesa. Desde 1692 la estrategia marítima francesa cambió. En lugar de mantener una guerra de escuadra -aunque las pérdidas en navíos de 1692 se habían recuperado en 1693- se dio paso a la guerra de corso, más económica para las finanzas francesas, al tiempo que debilitaba la economía del enemigo.

En el frente de los Países Bajos, Luis XIV, junto a Vauban, puso sitio a Namur con 50.000 hombres, mientras el mariscal de Luxemburgo controlaba al ejército aliado con otros 80.000. Las tropas de Brandemburgo y Hesse, pagadas hasta entonces por Carlos II, dependieron del sueldo de las potencias marítimas, aunque Leopoldo I las hubiera querido emplear para pasar a la ofensiva en el frente del Rin. Finalmente, Namur cayó el 22 de junio de 1692.

La ligera ventaja aliada en los Países Bajos no bastó para vencer a los franceses, a los que Guillermo III atrajo a la

batalla en Steenkerke -3 de agosto de 1692-, aunque hubo de abandonar el campo con 7.000 bajas.

En el Rin los franceses actuaron con ventaja. A inicios de campaña hubieron de enviar tropas al frente de los Países Bajos, pero la lentitud en la agrupación del ejército imperial -que sólo alcanzó los 47.000 hombres en junio- permitió a los franceses vivir sobre el terreno hasta entonces, pasando inmediatamente a sus posiciones más allá del Rin.

Sólo en Saboya, también a causa del envío de tropas francesas a Flandes, los aliados dejaron 11.000 hombres controlando las fortalezas de Pinerolo y Casale, en poder del enemigo, y cruzaron los Alpes con 29.000 hombres, entrando en el Delfinado, donde tomaron Embrun y Gap. Pero en septiembre volvieron al Piamonte. Fue la única vez durante toda la guerra que se invadió Francia por aquel frente -y, prácticamente, por los demás también.<sup>(61)</sup>

El año 1693 se presentó mal para los aliados desde el comienzo. Francia logró que Suecia retirase sus contingentes de tropas del ejército imperial, obligando a Leopoldo I a obtener el apoyo de 6.000 hombres de Brúnswick, situación que alteró los ánimos, especialmente de Sajonia, por las promesas realizadas por el Emperador. A las tensiones en el seno del imperio se sumó pronto la importante derrota de Neerwinden (29 de julio de 1693), siendo batido una vez más Guillermo III por el mariscal de Luxemburgo, con 12.000 bajas y 1.500 prisioneros. En lugar de aprovechar más a fondo la victoria, el mariscal de Luxemburgo se contentó con sitiar y tomar Charleroi (13 de octubre de 1693).

En los otros frentes también consiguieron ventajas los franceses. Después de cinco años, pudieron volver a controlar

la orilla izquierda del Rin incendiando por segunda vez Heidelberg. En Cataluña Noailles logró tomar Roses con apoyo de la armada. En Saboya, el atraso en formar el ejército aliado marcó toda la campaña. En un principio los aliados intentaron tomar Pinerolo, pero fue un fracaso. Catinat, con refuerzos, presentó batalla y venció en Marsaglia -4 de octubre de 1693. Desde entonces, Víctor-Amadeo II dejó de ser un aliado fiable entrando en contactos secretos con los franceses.

Tras ayudar a tomar Roses, como hemos dicho, la flota francesa de Levante se encontró con la de Poniente en Gibraltar. Desde allí, una flota gala de 70 navíos al mando de Tourville, acechó el paso de una flota mercante aliada protegida por 16 navíos -de 27 a 34 navíos según otras versiones- y en el Sur de Portugal, en Lagos, la atacó y venció -27 de junio de 1693-; Tourville tomó 32 navíos e incendió otros 27, obteniendo un botín valorado en 60 millones de libras.

Los sucesos de 1693 obligaron a los aliados a plantearse la posibilidad de llegar a algún tipo de acuerdo con Luis XIV. El emperador temía una posible paz entre polacos y turcos, así como su mala relación con algunos príncipes alemanes. Guillermo III estaba dispuesto a aceptar algún acuerdo pero anteponiéndolo todo a su reconocimiento como rey de Inglaterra por parte de Luis XIV. En julio de 1693, Francia expuso sus condiciones: la Tregua de Ratisbona pasaría a ser un tratado y, a cambio de Estrasburgo, se cedería Philippsburgo y Friburgo, renunciando Luis XIV a sus reivindicaciones sobre el Palatinado. Le cedería a España Mons, Namur y Charleroi. Guillermo III pidió a cambio de Luxemburgo la cesión de



Tournai, Ypres y Condé, entre otras plazas, pero Luis XIV no cedió. Finalmente, como el Rey Cristianísimo no se mostró dispuesto a reconocer como rey de Inglaterra a Guillermo, la guerra continuó.<sup>(62)</sup>

En 1694 los aliados pasaron a la ofensiva en todos los frentes menos en Cataluña, donde fue el año más desastroso, gracias a que sus dificultades financieras fueron menos extremas que las francesas.

En el mar, los aliados bombardearon Dieppe, Le Havre y Dunquerque, mientras Guillermo III se preocupó de enviar una flota aliada al Mediterráneo para equilibrar las fuerzas en la zona. La llegada de dicha flota a Barcelona -8 de agosto de 1694- no impidió, lógicamente, las pérdidas de Girona y Palamós algunas semanas antes, pero Barcelona pudo respirar. Como el ejército aliado en Saboya no se pudo unir hasta julio -ante la tibieza de Víctor-Amadeo II-, no había esperanzas de invadir el Sur de Francia, por lo que la flota del almirante Russell puso rumbo a sus bases a fines de agosto, pero antes llegaron órdenes para que invernase en Cádiz.

La campaña de 1695 comenzó con buenas perspectivas para el bando aliado. En los Países Bajos, por segundo año, lanzaron una ofensiva, obligando a retirarse al ejército francés y reconquistando Namur tras tres meses de sitio. La defensa aliada volvió de esa forma a su posición de 1691.

Por mar los aliados atacaron Saint-Malo, Calais, Dunquerque y Granville, en el Atlántico, y en el Mediterráneo se intentó retomar Palamós pero sin éxito. Desde aquel fracaso, se abandonó el plan del Mediterráneo y la flota aliada volvió en otoño a sus bases.

En el frente saboyano, el ejército aliado sitió Casale que finalmente capituló y fue desmantelada siguiendo el criterio del propio Víctor-Amadeo II, quien ofreció la paz a Francia a cambio del Pinerolo. En junio de 1696 firmó un tratado con Luis XIV por el que obtendría todo el territorio perdido a cambio de lograr la neutralidad en el frente saboyano; de no conseguirlo debía invadir el Milanesado junto a las tropas francesas. Finalmente, invadió con Catinat el territorio hispano, forzando la neutralidad de Italia por el Tratado de Vigevano -7 de octubre de 1696-. Desde entonces, Luis XIV dispuso de 30.000 hombres para enviar a cualquier teatro de operaciones.

En 1696 las escuadras de Tolón y Brest se unieron para intentar, con sólo veinte navíos, proteger el paso de 14.000 soldados a Inglaterra, donde unos conspiradores debían asesinar a Guillermo III. La conspiración se descubrió y sesenta navíos aliados tomaron posiciones anulando la operación francesa. En el frente de los Países Bajos no hubo suceso importante aquel año.<sup>(63)</sup>

Desde febrero de 1697 todos los beligerantes, salvo la Monarquía Hispánica, aceptaron la mediación de Suecia, abriéndose el congreso para las negociaciones de paz cerca de Ryswick. Si bien el Emperador deseaba prolongar la guerra, siempre con la perspectiva de la sucesión hispana, tanto Guillermo III como Luis XIV estaban interesados en hallar la paz por idéntico motivo. Mientras, la situación militar volvió a ser favorable para Francia en los Países Bajos con la toma de Ath y de Alost. En Cataluña tomaron Barcelona (agosto de 1697), batiendo ampliamente a ingleses y españoles en sus colonias americanas.

Las Provincias Unidas, Inglaterra y la Monarquía Hispánica firmaron la paz con Francia el 20-21 de septiembre de 1697, el Emperador se resistió hasta el 30 de octubre. Luis XIV reconoció la Revolución Inglesa de 1688 y a Guillermo III como monarca, pero si deseó que el hijo de Jacobo II sucediera a Guillermo III gracias a un acuerdo entre ambos, evidentemente no lo consiguió. Si bien a nivel geográfico la situación volvió a ser la del Tratado de Nimega, con la excepción de Estrasburgo, en poder de Francia definitivamente, lo cierto es que Luis XIV no perdió ni una sola de las plazas fortificadas de su frontera, las cuales le permitirían en el futuro salir a campaña con ventaja. Es decir, cedió lo tomado a la fuerza desde 1678, pero ahora Saboya y Lorena estaban controladas y se disponía de Estrasburgo, como se ha dicho. No obstante, el gran vencedor fue Guillermo III de Orange que unificó las Islas Británicas y que, con su pacto con Holanda, actuaría como contrapeso del poder galo en el continente.<sup>(64)</sup>

## NOTAS

1. H. METHIVIER, L'Ancien Régime en France, pp. 340-41.
2. A. CORVISIER, Louvois, pp. 79-89. *Idem.*, Histoire Militaire de la France, Vol. I, pp. 398-401.
3. H. METHIVIER, L'Ancien Régime..., p. 339.
4. A. CORVISIER, Louvois, pp. 97-102.
5. A. CORVISIER, La France de Louis XIV, pp. 176-9. *Idem.*, Histoire Militaire de la France, Vol. I, pp. 398-401.
6. A. CORVISIER, Louvois, pp. 104-8.
7. A. CORVISIER, Louvois, pp. 108-114.  
Ph. SAGNAC y A. SAINT-LEGER, La prépondérance..., pp. 79-82.  
A. CORVISIER, Histoire Militaire de la France, Vol. I, pp. 404-408.
8. A. CORVISIER, Histoire Militaire de la France, Vol. I, pp. 394-397.  
Ph. SAGNAC y A. SAINT-LEGER, La prépondérance..., pp. 79-82.  
A. CORVISIER, Louvois, pp. 182-190.
9. A. CORVISIER, Louvois, pp. 191-4, 221, 349-359 y 364-366.
10. A. CORVISIER, Louvois, pp. 330-337 y 343-349.  
H. METHIVIER, L'Ancien Régime..., pp. 344-345. La milicia llegó a reunir 25.000 hombres, que desde fines de 1692 fueron 60.000.  
Los datos de la hacienda aparecen en A. GUERY, "Les finances de la Monarchie française...", Annales, E.S.C., 1978, n° 2, pp. 216-22.  
A. CORVISIER, Histoire Militaire de la France, Vol. I, pp. 397-8.
11. J. MEYER, "Stratégies navales et terrestres: domaines complémentaires ou indépendants? Le cas de l'Ancien Régime", en Mélanges André Corvisier. Le soldat, la stratégie, la mort, pp. 74-89.
12. J. MEYER, "La marine française de 1545 à 1715", en Histoire Militaire de la France, Vol. I, pp. 515-525.
13. A. CORVISIER, La France de Louis XIV, ordre intérieur et place en Europe, pp. 150-153.
14. J. CHILDS, The British Army of William III, 1687-1697, pp. 268-269.
15. J. BREWER, The Sinews of Power, pp. 37-42 y 137.
16. D. FRENCH, The British Way in Warfare, 1688-2000, pp. 10-11 y 16-7.

17. J.P. POUSSOU, Les Iles Britanniques, les Provinces Unies, la guerre et la paix au XVIIe. siècle, pp. 163-192.
18. J. BERENGER et alii, Guerre et paix dans l'Europe du XVIIe. siècle, Vol. II, pp. 280-288.
19. J. MEYER et alii, Guerre et paix..., Vol. I, Op. Cit., pp. 260-267.  
J.R. JONES, "Limitations of British sea power in the French Wars, 1689-1815", en J. BLACK y Ph. WOODFINE (eds.), The British Navy and the Use of the Naval Power in the Eighteenth Century, pp. 33-44.
20. D. FRENCH, The British Way..., Op. Cit., p. 29.  
J.P. POUSSOU, Les Iles Britanniques..., Op. Cit., pp. 196-202.
21. W.F. CHURCH, Louis XIV in Historical Thought, p. 73. Vid. la crítica de J. MEYER a este libro en Revue Historique, n° 523, pp. 197-202.
22. R. HATTON, "Louis XIV et l'Europe: éléments d'une revision historiographique", en XVIIe. siècle, n° 123, avril-juin, 1979, pp. 109-113.
23. R. HATTON, "Louis XIV et l'Europe...", Art. Cit., pp. 116-120 y 123.
24. R. HATTON, "Louis XIV et l'Europe...", Art. Cit., pp. 126-9.
25. G. SYMCOX, "Louis XIV and the outbreak of the Nine Years War", en R. HATTON (ed.), Louis XIV et l'Europe, pp. 179-188.
26. G. ZELLER: Los tiempos modernos, pp. 513-9; *Idem.*, "Politique exterieur...", pp. 124-132. El concepto de reputación también era propio del siglo XVII.  
El único autor moderno que ha vuelto a insistir en la idea de la sucesión hispana como eje del reinado de Luis XIV es J. Stoye, quien acertadamente la circunscribe a los años anteriores y posteriores de las muertes de Felipe IV y Carlos II. Vid. J. STOYE, El despliegue de Europa, pp. 299.
27. V.-L. TAPIE, "Quelques aspects...", pp. 1-9. *Idem.*, "Louis XIV's Methods in Foreign Policy", en R. HATTON (ed.), Louis XIV et l'Europe, pp. 3-10.
28. L. ANDRE, Luis XIV y Europa, pp. 1-3.
29. Esta es la opinión de Saint-Léger y Sagnac. Vid. su obra La prépondérance..., p. 87.  
C. METTRA, La France des Bourbons, pp. 224-238.  
W. DOYLE, L'Europa del vecchio ordine, pp. 359-360.
30. F. LEBRUN, Le XVIIe. siècle, pp. 247-251.
31. R. MANDROU, Louis XIV en son temps, pp. 224-225, donde cree que tanto la idea de las fronteras naturales como el ansia de gloria no explican una política que define como fuga hacia adelante, olvidándose, a su entender, el papel del

ejército en la imposición de la disciplina interna, para reprimir los motines urbanos y rurales, ayudar a los colectores de impuestos o acelerar la conversión de los protestantes.

32. A. CORVISIER, Louvois, pp. 435-444; *Idem.*, La France de Louis XIV..., pp. 293-4; *Idem.*, Histoire Militaire de la France, p. 417.
33. R. MOUSNIER, Los siglos XVI y XVII, pp. 470-1.
34. R. HATTON, Luis XIV, (traducción castellana de Louis XIV and his world), pp. 127-128.
35. F. BLUCHE, Louis XIV, pp. 430-1 y 621-622.
36. L. BELY et alii, Guerre et paix dans l'Europe du XVIIe. siècle, SEDES, Paris, 1991 (2ª ed.), 2 Vols.  
L. BELY, Les relations internationales en Europe, XVIIe.-XVIIIe. siècles, PUF, Paris, 1992.
37. F. LEBRUN, Louis XIV et l'Europe, pp. 256-257.  
G. ZELLER, El siglo XVII, pp. 521-523.
38. El trabajo de Paul Sonnino es citado en L. BELY, Les relations internationales..., pp. 222-223.
39. F. LEBRUN, Louis XIV et l'Europe, pp. 258-260.  
G. ZELLER, El siglo XVII, pp. 530-531.  
R. MANDROU, Louis XIV en son temps, pp. 235-243.  
A. CORVISIER, La France de Louis XIV, pp. 304-306.  
L. BELY, Les relations internationales en Europe..., pp. 224-230.  
J. STOYE, El despliegue de Europa, p. 307.
40. J. BERENGER et alii, Guerre et paix..., Vol. I, pp. 345-346.
41. F. LEBRUN, Louis XIV et l'Europe, pp. 261-262.  
G. ZELLER, El siglo XVII, pp. 532-538.  
R. MANDROU, Louis XIV en son temps, pp. 254-268.  
A. CORVISIER, La France..., pp. 306-307.  
D. DESSERT y J.L. JOURNET, "Le lobby Colbert...", Annales. E.S.C., 1975, pp. 1322 y 1328-29.
42. D. SALINAS, La diplomacia..., pp. 28 y 39-43.
43. F. LEBRUN, Louis XIV et l'Europe, pp. 262-262.  
G. ZELLER, El siglo XVII, pp. 538-547.  
R. MANDROU, Louis XIV en son temps, pp. 254-268.  
P. GOUBERT, Louis XIV et vingt millions de français, pp. 165-170.  
R. HATTON, Luis XIV, pp. 132-136.  
L. RIBOT, La revuelta de Mesina, la guerra (1671-1674) y el poder hispánico en Sicilia. Fundación J. March, nº 206, Madrid, 1983.  
A. AYATS, La défense des Pyrénées Orientales Catalanes françaises, 1659-1681. Frontière politique et frontières militaires. Univ. de Montpellier, 1990, tesis doctoral, citada

por J. ALBAREDA, Els inicis de la Guerra de Successió a Catalunya, tesis doctoral, 2 Vols., U.A.B., 1990.

44. A. CORVISIER, Louvois, p. 439.
45. V.-L. TAPIE, "Quelques aspects...", Art. Cit., p. 12.  
R. HATTON, Luis XIV, pp. 136-137.
46. F. LEBRUN, Louis XIV et l'Europe, pp. 266-267.  
G. ZELLER, El siglo XVII, pp. 525-526.  
R. MANDROU, Louis XIV en son temps, pp. 269-278.
47. E. SILBERNER, La guerra en el pensamiento económico, pp. 22-27. Las citas de Vauban proceden de Project de paix... (1706), Mémoires des dépenses de la guerre (1693) y Pensées et mémoires politiques inédites, en una edición de 1882. El pensamiento de Vauban contrasta con la opinión de algunos de los autores mencionados que no creían en la existencia de una política de fronteras naturales durante el reinado de Luis XIV.
48. E. SILBERNER, Op. Cit., pp. 45-47. Las obras de Hörnigk son: Informe sobre el reinado de la Alta Austria, Lorena y Alemania (1682) y Austria por encima de todo (1684). Como en el caso de Vauban, el pensamiento de este autor y el interés por los Países Bajos contrasta con lo citado por David Salinas sobre el escaso interés del Emperador, al menos en aquellos años, por los Países Bajos hispanos.
49. J. BERENGER et alii, Guerre et paix dans l'Europe du XVIIe. siècle, Vol. I, p. 371.
50. F. LEBRUN, Louis XIV et l'Europe, pp. 267-268.  
V.-L. TAPIE, "Quelques aspects generaux...", XVIIe. siècle, pp. 20-21.  
R.A. STRADLING, Europa y el declive..., pp. 232-233.
51. J. BERENGER, Finances et absolutisme autrichien..., pp. 104-6.  
D. SALINAS, La diplomacia española..., pp. 70-5.
52. G.N. CLARK et alii, El auge de Gran Bretaña y Rusia, 1688-1725. Historia del Mundo Moderno, Vol. VI, pp. 161-162.
53. *Idem.*, p. 162.  
L. BELY, Les relations internationales..., pp. 279-283.  
G. ZELLER, El siglo XVII..., pp. 559-560.  
R. MANDROU, Louis XIV en son temps, pp. 284-290.  
L. ANDRE, Luis XIV y Europa, pp. 168-171.  
A. CORVISIER, La France de Louis XIV..., pp. 314-317.
54. R. MANDROU, Louis XIV..., pp. 484-488.  
J. BERENGER, Guerre et paix dans l'Europe du XVIIe. siècle, Vol. I, pp. 386-393.
55. G.N. CLARK, El auge de Gran Bretaña..., p. 163.
56. G. ZELLER, El siglo XVII, pp. 561-563.
57. L. ANDRE, Luis XIV y Europa, pp. 180-182.

- L. BELY, Les relations internationales..., pp. 357-359.  
G.N. CLARK, El auge de Gran Bretaña..., pp. 164 y 168.
58. G.N. CLARK, Op. Cit., pp. 161, 165-167 y 169-170.  
L. BELY, Les relations..., pp. 360-361.  
R. MANDROU, Louis XIV en son temps, pp. 491-493.
59. G. N. CLARK, Op. Cit., pp. 172-174.  
L. BELY, Op. Cit., p. 362.  
R. MANDROU, Op. Cit., p. 493.  
A. CORVISIER, La France de Louis XIV, pp. 317-319.
60. G.N. CLARK, Op. Cit., pp. 174-175.  
R. MANDROU, Op. Cit., p. 494.
61. G. N. CLARK, Op. Cit., pp. 175-177.  
L. BELY, Op. Cit., pp. 363-365.
62. G. N. CLARK, Op. Cit., pp. 177-178.  
R. MANDROU, Op. Cit., pp. 494-496.  
L. BELY, Op. Cit., pp. 365-368.
63. G.N. CLARK, Op. Cit., pp. 178-181.  
R. MANDROU, Op. Cit., pp. 496-498.  
L. BELY, Op. Cit., pp. 368-370.
64. G. N. CLARK, Op. Cit., pp. 182.  
L. BELY, Op. Cit., pp. 370-373.  
R. MANDROU, Op. Cit., pp. 498-504.  
F. BLUCHE, Louis XIV, pp. 653-656.



## CAPITULO IV: CATALUÑA Y LA MONARQUIA HISPANICA DURANTE EL REINADO DE CARLOS II.

### 1. La Monarquía Hispánica.

-1665-1679.

Los tratados sobre la política europea de la segunda mitad del siglo XVII suelen olvidar la presencia de la Monarquía Hispánica en el concierto político europeo del momento, razonando que la crisis interna y/o la decadencia, así como el Tratado de los Pirineos, habían marcado su declive definitivo. En primer lugar, hay obras como la de R.A. Stradling o la de David Salinas -sobre la diplomacia española y Holanda durante el reinado de Carlos II- que muestran cómo la Monarquía Hispánica era una potencia, de segunda fila si se quiere, que aún contaba en el concierto político europeo habiendo variado su política exterior, que no sus actitudes, por mor a las nuevas circunstancias de la época.

Tras la muerte de Felipe IV se formó una Junta de Gobierno de cinco miembros, decretada testamentalmente por el rey difunto, que debían apoyar a la reina regente, Mariana de Austria, en su labor al frente del gobierno hasta la mayoría de edad de Carlos II en 1675. Inicialmente, dicha Junta fue dominada por el conde de Castrillo hasta 1668.

El elemento discordante era don Juan José de Austria, hijo ilegítimo de Felipe IV, nacido en 1629, excluido por su padre

del gobierno de la Monarquía. Con todo, don Juan José se había granjeado el apoyo de una facción de los Grandes, de suerte que la siempre recelosa Mariana optó por recurrir al apoyo de "favoritos" no provenientes de la élite noble de la Monarquía, dando pie al enfrentamiento y al malestar perpétuos. El primer beneficiado fue su confesor el jesuita austriaco Juan Nithard, nombrado Inquisidor General y miembro de la Junta de Gobierno. La pugna entre aquél y don Juan José acabó con la retirada de este último a Zaragoza, y más tarde a Cataluña, en octubre de 1668. Allí se valió de la propaganda para ser aceptado por el pueblo llano no sólo de la Corona de Aragón, sino también de Castilla. Amparándose en las últimas derrotas hispanas en Flandes y en la firma de la paz con Portugal, reconociendo su independencia, en febrero de 1669 marchó don Juan José hacia Madrid. Contando con fuerzas débiles, aunque suficientes para lograr la destitución de Nithard un mes más tarde, no le bastaron para asegurar el poder, que Mariana supo conservar. Don Juan José salió de nuevo hacia Zaragoza, donde permaneció hasta 1675 con el cargo de Vicario General de la Corona de Aragón, reforzando su partido e intuyendo su política de Estado y algunas reformas.

La salida de escena del padre Nithard obligó a Mariana a buscar apoyo, dado el peso que para ella representaba el gobierno de la Monarquía, en otra persona, más desafortunadamente si cabe que la vez anterior, pues a un extranjero promovido a altos cargos le siguió un advenedizo encaramado a la Grandeza de España, con el disgusto consiguiente de la exclusivista aristocracia. Desde 1673 Mariana consultaba regularmente con Fernando de Valenzuela, situación que terminó cuando el rey, recién cumplidos sus

catorce años en noviembre de 1675 y, por lo tanto, en posesión de su mayoría de edad, llamó a su lado a su hermanastro don Juan. La regente hizo valer ante su hijo -y la debilidad congénita que le caracterizaba- su condición de madre, con lo cual obtuvo la segunda retirada de don Juan José; poco después, en abril de 1676, Mariana volvió a llamar a Valenzuela. La reacción nobiliaria, en plena Guerra de Holanda, obligó a la regente a despachar a su favorito, una vez que don Juan José apareció con 15.000 hombres los primeros días de 1677. Valenzuela fue deportado a las Filipinas, pasando más tarde a México, donde murió.<sup>(1)</sup>

Don Juan José comenzó por alejar del centro del poder a quienes podían ensombrecer sus planes. La regente fue enviada a Toledo, relegando a los Grandes que se habían mostrado opuestos a emprender reformas en la administración.

Don Juan José llevó a su hermanastro, en la primavera de 1677, a inaugurar las Cortes del Reino de Aragón en Zaragoza, aunque la mala salud de Carlos impidió hacer lo propio en Cataluña y Valencia. Junto a tales disposiciones y los planes de boda con María Luisa de Orleáns, cabe destacar la intencionalidad de reformar la administración, formulando planes para detener la inflación con una reforma monetaria, así como el interés por averiguar la situación real de la economía, especialmente de los despoblados. Finalmente, don Juan José creó una Junta de Comercio en 1679, copiada de la establecida en Zaragoza, que sentó las bases de una cierta recuperación comercial, al menos en Cataluña.<sup>(2)</sup> La Junta de Comercio estaba constituida por cuatro consejeros procedentes de los Consejos de Guerra, Hacienda, Castilla y de Indias.

Don Juan José se preocupó especialmente de dotar a la Monarquía de una moneda estable, atajando la inflación que amenazaba con la catástrofe. Este problema fue debatido a lo largo de 1679 en la Junta de Moneda, que resolvió finalmente proceder a una devaluación radical.<sup>(3)</sup>

Para H. Kamen la principal desgracia de don Juan José fue llegar al poder, creando grandes expectativas de futuro entre todos los estamentos y en todos los reinos, en el peor momento y con un rey emocionalmente incapaz de apoyarlo políticamente como su padre apoyó a Olivares. Cinco factores se aliaron para derrotarlo: hambre, peste, inflación, bancarrota y desastre militar. Cuando se hizo evidente que don Juan José no podría mejorar milagrosamente la situación comenzó a ser víctima de su propia arma: el pasquín difamatorio. Una muestra excelente de lo aseverado es el siguiente pasquín:

Dicen que está muy colérico  
porque cierto papel crítico  
le corrigió los dictámenes  
de sus errores políticos.  
Pues, ¿qué se queja de sátiras  
quien contra el honor más ínclito  
publicó con tanto escándalo  
tantos papeles satíricos?  
Acuérdese de sus fábulas  
y díganos por qué título  
premió entonces lo quimérico  
y hoy castiga lo verídico.<sup>(4)</sup>

Entre 1677 y 1679 las malas cosechas y la sequía, agudizadas con la última peste del siglo, que se prolongaría hasta 1682, afectaron duramente a la Monarquía. Esta situación condujo a un descenso de la recaudación de tributos cuando no al cese total del pago de los mismos. En 1678 se intentó obtener un donativo de la aristocracia, aunque fue una empresa vana. En noviembre de aquel año se suspendieron los pagos de

todas las deudas no militares que se hubiesen contraído antes de la llegada al poder de don Juan José. Los presupuestos confeccionados a fines de 1679 para aplicarse en 1680 arrojaron un déficit de casi diez millones y medio de escudos.

Don Juan José murió en septiembre de 1679, en pleno marasmo económico, siendo su sustituto el duque de Medinaceli, designado Primer Ministro en febrero de 1680.

Para esta fecha se había consumado un cambio en la política exterior hispana: Luis XIV continuó ayudando a Portugal a pesar de las cláusulas de la Paz de los Pirineos; dicha situación, junto a la falta de potencia militar marítima, impulsó a la Monarquía Hispánica a aliarse con las Provincias Unidas, igualmente ávidas de apoyo militar en su lucha contra Inglaterra y su recelo a Francia. Hacia 1667 estaba claro que la Guerra de Portugal acababa con los recursos de la Monarquía; por influjo de Medina de las Torres se terminó con este compromiso pretextando la guerra contra Luis XIV y se alcanzó la paz en 1668, año en que murió el yerno del conde-duque de Olivares. Medina impuso a sus antiguos rivales del gobierno de la regencia, como Peñaranda, el interés por conseguir la paz y permitir la recuperación de la Monarquía para poder continuar la resistencia a ultranza contra Francia. Así se explica el acercamiento a Inglaterra con un tratado comercial en 1670 y la insinuación de Peñaranda del cambio de Flandes por el territorio cedido a Francia en 1659.<sup>(5)</sup>

David Salinas nos presenta una realidad política diferente en tanto en cuanto la Monarquía Hispánica no podía desvincularse de la República de las Provincias Unidas, ofreciéndole ésta su apoyo militar para retener a la Monarquía Hispánica en Flandes, pero el caso es que Salinas parece

contradecirse al alegar que Holanda no correspondió de la misma manera al apoyo que recibía de Madrid.<sup>(6)</sup> La explicación de R. Stradling nos parece más convincente al decir que el replegamiento de la etapa 1668-1672 se vino abajo y "fueron las antiguas respuestas automáticas las que tomaron el control de la política", sospechando que el objetivo de Luis XIV eran no sólo Holanda, sino también los Países Bajos españoles. Posiblemente, a nuestro juicio, tanto el gobernador Monterrey como el embajador don Manuel de Lira evaluaron de tal manera la situación que pensaron que sólo el apoyo de Holanda entonces podía evitar que la Monarquía quedase sola ante Luis XIV si éste vencía a los holandeses, dando por supuesto que Inglaterra se mantendría a favor de Francia y el Imperio no intervendría. De manera que estamos de acuerdo en que, como dice Stradling, "la ambición verdadera de España era conseguir una paz rápida", pero, añadimos, no pudo militarmente, con la ayuda de Holanda, frenar el imperialismo francés. Que se hicieran declaraciones, recogidas por R. Stradling <sup>(7)</sup>, acerca de las intenciones de la Monarquía para la recuperación de los territorios perdidos en 1659 más que señalar una política ilusoria muestran, y así lo creemos, la necesidad de Madrid de ilusionar, precisamente, a sus súbditos en la lucha contra Francia, particularmente a Cataluña, e imponer sin traumas la alianza con Holanda.

Hacia 1677 había poca confianza mutua entre los aliados, mientras la facción que pedía la paz con Francia argumentaba que las Provincias Unidas se habían aprovechado de su aliado hispánico, siendo esta la causa de la pérdida del Franco Condado. Don Juan José se puso al frente de ellos y aceptó la Paz de Nimega con las condiciones de Francia y la boda de

Carlos II con María Luisa de Orleáns, pero su muerte un año más tarde impidió establecer una nueva relación política con Francia. Poco después se retornó al pacto con Holanda, no dejando ésta de aprovecharse de la presencia militar de la Monarquía como freno al expansionismo de Luis XIV.<sup>(8)</sup>

Centrándonos seguidamente en el contexto político catalán de estos años, cabría citar en primer lugar la primigenia tesis de J. Reglà sobre el neoforalismo de Carlos II como reacción al fracaso olivarista y a las diferencias en el proceso de recuperación del centro y la periferia, que llevarían a un intervencionismo catalán más grande en la política reformista de finales de siglo, con lo cual se explica la conocida loa de Narcís Feliu al último Austria.<sup>(9)</sup>

John Elliott habló en su momento de una Castilla decadente que "hizo del reinado de Carlos II la edad dorada de las clases privilegiadas de las diferentes provincias de la Monarquía". Para J. Elliott, el reinado del último Austria fue de descentralización, pero sin ser éste un federalismo sin convicción, sino por la fuerza, con lo cual se desmiente la intencionalidad neoforalista del reinado -como apunta J. Dantí al citar a J. Elliott-, pero en la práctica el autor británico cree que éste existió.<sup>(10)</sup>

Tanto J. Amelang como J.M. Torras i Ribé coinciden en argumentar que las estructuras políticas del Principado tras la *Guerra dels Segadors* no sufrieron alteraciones significativas. Ciertamente, las instituciones de gobierno no desaparecieron, pero la debilidad o la despreocupación del absolutismo centralista no fueron tales. Por un lado, si bien no somos tan categóricos como F. Sánchez Marcos, quien habla de pérdida del autogobierno por parte de Cataluña tras la toma

de Barcelona en 1652, no deja de ser cierto que las implicaciones que tenía para la autoridad del *Consell de Cent* que la Monarquía se reservase las insaculaciones, fenómeno apuntado por F. Sánchez Marcos y explicado extensamente por el propio J.M. Torras i Ribé, nos permite entender por qué el *Consell* intentó por todos los medios recobrar la libre insaculación.<sup>(11)</sup> Se procuró lograrla por primera vez en 1660, oponiéndose el Consejo de Aragón. En los años 1675-1676 hubo una nueva ofensiva con el apoyo de los virreyes duque de San Germán y Alejandro Farnesio. J.M. Torras i Ribé cree que es significativo que este apoyo se produjese entonces, en plena lucha política entre Fernando de Valenzuela, Mariana de Austria y don Juan José, en el momento de la llegada de la mayoría de edad del rey, porque es posible que se beneficiase el propio don Juan José, a través de terceros, en la atracción de Cataluña a su causa.

No estamos en absoluto de acuerdo con J.M. Torras i Ribé. En primer lugar difícilmente podría aprovecharse de esta circunstancia don Juan José puesto que parece que ambos virreyes no fueron personas cercanas al bastardo de Felipe IV: el primero fue el último virrey de la regencia de Mariana de Austria y el segundo fue depuesto por el propio don Juan José; en segundo lugar, el apoyo de ambos virreyes, significativamente quienes más hicieron por la lucha en el Principado en plena Guerra de Holanda, se explica por su reconocimiento al esfuerzo de guerra que hizo Cataluña. Esos "méritos" a los que hace referencia Farnesio en una carta citada por el propio Torras i Ribé son las levadas de tropas y los consiguientes gastos efectuados por Barcelona.<sup>(12)</sup> La libre insaculación no fue devuelta jamás por la Corona. En lo



que respecta a los alojamientos de tropas, así como a las levadas de tropas pagadas por el Principado y donativos para levantar fortificaciones, se advierte la voluntad de colaboración con la Corte tanto del *Consell de Cent* como de la *Generalitat*, voluntad ambivalente propia del pactismo, en palabras de J. Dantí, que llevó a afirmar a J. Ragón que nos encontramos ante un "neoforalismo en las formas, centralismo en la práctica".<sup>(13)</sup>

Dicha afirmación alcanza su máxima precisión al comprobar como la llegada de don Juan José al poder en 1677 no impidió que tanto el Consejo de Aragón como el de Estado se opusieran decididamente a la reunión de las Cortes catalanas por temor a que el Principado reivindicara la devolución de los derechos perdidos en 1652, porque, de hecho, y este es un tema que nadie salvo F. Sánchez Marcos parece haber tocado, no había desaparecido la desconfianza respecto a la fidelidad del Principado -o Barcelona- a la Monarquía Hispánica.<sup>(14)</sup> Dicha situación persistía a inicios de la Guerra de los Nueve Años. Teniendo en cuenta lo dicho, es fácil entender que si bien Feliu de la Peña alabó a Carlos II, terminase diciendo que fue poco lo que los catalanes le debían a don Juan José. En palabras de Josefina Castillo: "La tendencia absolutista del bastardo chocaba con cualquier atisbo neoforalista".<sup>(15)</sup>

Hasta ahora hemos visto la vertiente política especialmente de la etapa 1675-1679, pero quedaría muy incompleta de no dar una visión de la frontera catalana en los intereses políticos exteriores de Luis XIV, así como de la Monarquía Hispánica. Como se recordará, si el propio papel o la presencia de la Monarquía Hispánica en los manuales de historia política era injustificablemente menor, dentro del estudio de la política

exterior francesa el frente catalán o del Rosselló ha quedado tradicionalmente desasistido, quizás por considerarlo menor. Si bien es cierto que el principal frente estuvo en Flandes en el caso hispano, pues era allí donde había que ayudar al aliado holandés que cedía parte de su fuerza naval para enfrentarse a Francia en el Mediterráneo -y más que en Cataluña en el Sur de Italia-, el frente catalán desde la Guerra de Holanda estuvo en el punto de mira del Consejo de Estado, que en 1692 escribió al Gobernador de Milán, conde de Osuna, diciendo que "el Principado de Cataluña está tan falto de protección que los refuerzos de Nápoles no se pueden desviar para ninguna otra zona".<sup>(16)</sup> Asimismo, si bien para algunos era una locura que la Monarquía pudiese arrebatarse a Francia el Rosselló y tierras aledañas, se ha hablado mucho de la oportunidad perdida del intercambio de la Cataluña Norte por los Países Bajos y el Franco Condado. En el primer caso, la diplomacia hispana trabajó para acercarse a los habitantes de la Cataluña Norte en revuelta por la introducción del impuesto de la sal -tomando ésta una mayor dimensión entre 1667 y 1673, tanto antifiscal como de rechazo al poder galo-, lo cual no puede calificarse ni de revuelta nacional, como lo hace Alicia Marcet, pero tampoco se puede descalificar todo el movimiento alegando que no hay pruebas de resistencia general del Rosselló a incorporarse a Francia, tal y como propugna Núria Sales. Estamos de acuerdo con Joaquim Albareda en que Alain Ayats ha sabido centrar el tema integrando las aptitudes conspirativas de Colliure, Vilafranca y Perpinyà "en el marc dels projectes espanyols de recuperar el Roselló i de la configuració, en resposta a aquests intents, d'un sistema defensiu rossellonés per part de Lluís XIV".<sup>(17)</sup> Teniendo en

cuenta esto, cabría preguntarse si la trascendencia de los ofrecimientos de Luis XIV acerca del intercambio es tal, o si, más bien, era una opción que el citado monarca jugó en un momento dado gracias a su diplomacia y a la situación de debilidad de la Monarquía Hispánica.

-1680-1697.

Los años previos a la guerra de 1684 están marcados por la salida de escena de don Juan José de Austria, pero su línea política se mantuvo con la elección del duque de Medinaceli. En palabras de J. Lynch, la administración de Medinaceli, a quien dará relevo el conde de Oropesa en 1685, lo más que podía aspirar era a proporcionar "cierta estabilidad política, reclutar nuevos talentos y mejorar los modos de hacer gubernamentales. Tuvo el valor de atenerse a su severa política deflacionista y se negó a seguir el camino fácil de la manipulación del sistema monetario, como habían hecho las administraciones anteriores".<sup>(18)</sup> Para R. Stradling, las reformas de estos años tuvieron la novedad de realizarse por sí mismas y no por las presiones de la guerra como en años anteriores. Nos preguntamos si ello es creíble cuando, entre 1665 y 1683 hubo ocho años de guerra con Francia y cuatro con Portugal, impactando dicha realidad en la economía y en la administración de la Monarquía, por citar sólo los ámbitos donde se aplicaron las reformas mencionadas.<sup>(19)</sup>

Para H. Kamen, el decreto de devaluación del 10 de febrero de 1680 y el caos consiguiente que originó explican la necesidad de Carlos II de disponer de un hombre fuerte. El elegido fue el duque de Medinaceli. Esta reforma fue completada con la de 1686, ya en pleno ministerio de Oropesa,

como veremos, contribuyendo ambas a la instauración de la estabilidad en el sistema monetario castellano.

Entre 1680 y 1684 se procedió a una revisión del sistema tributario, mientras se intentaban encontrar nuevas fuentes para la obtención de recursos. De hecho, la tarea final dio como resultado una nueva evaluación de la capacidad fiscal castellana, con una reducción media de tributos cercana al 15%. En palabras de H. Kamen "Estas concesiones significaban algo sin precedentes en la historia de la España de los Habsburgo: una reducción real de los tributos y una distribución justa de las cargas tributarias".<sup>(20)</sup> La contradicción es obvia: las reformas debían, a todas luces, aumentar los ingresos en lugar de reducirlos.

La llegada de María Luisa de Orleáns significó la creación de dos bandos o partidos en la Corte que perdurarán hasta el final del reinado. Por un lado, el bando austracista, con la reina madre y el cardenal Portocarrero a la cabeza, al tiempo que María Luisa trajo el embrión, en forma de los subsidios de París, del partido francés. Este logró el abandono por la Monarquía Hispánica de la búsqueda de nuevas alianzas en Europa, aunque la ambición de Luis XIV terminó por frustrar el progreso del partido francófilo en la Corte, al menos aquellos años.<sup>(21)</sup> Para David Salinas el problema no era la incapacidad para encontrar aliados, sino la inoperancia de Holanda e Inglaterra para atacar, con la ayuda hispana, a Francia. Con ello permitieron que, una vez más, Luis XIV no respetara los acuerdos de paz y continuase su política agresiva.<sup>(22)</sup> Por otro lado, a la Monarquía no le quedaba más remedio, ante la imposibilidad de los Habsburgo austriacos para ayudar a Carlos

II, que continuar con un mal aliado como era Holanda, según Salinas.

Para Kamen los fracasos en la política exterior de estos años perjudicaron el ministerio de Medinaceli. En realidad, como Primer Ministro le debía tanto o más su puesto al consenso del conjunto de la aristocracia que a los deseos del propio monarca. Ya en 1683 había tenido Medinaceli un enfrentamiento con el duque de Osuna, protegido de la reina madre, quien se puso abiertamente en contra suya. Desde junio de 1684 Medinaceli compartió el poder con el conde de Oropesa, miembro del Consejo de Estado desde 1680, nombrado presidente del Consejo de Castilla. Medinaceli aguantó hasta abril de 1685, cuando presentó su dimisión al rey. El nuevo Primer Ministro designó como Secretario del Despacho a don Manuel de Lira, secretario del Consejo de Estado, en lugar de don José de Veitia, que había dimitido junto a Medinaceli.<sup>(23)</sup>

Para Oropesa el principal problema continuó siendo la adversa situación financiera. Entre finales de 1683 y septiembre de 1686 no llegó de América ni un solo cargamento de plata. Como todos, tanto el Gobierno como los asentistas, dependían de estos ingresos comenzó a sentirse una cierta escasez de dinero. En 1687, Oropesa confió los asuntos fiscales a una Superintendencia de Hacienda al frente de la cual colocó al marqués de los Vélez. En su informe de 1687 los Vélez confirmó que en 1688 harían falta poco más de doce millones de escudos, cuando las rentas disponibles por la Corona eran de sólo 8.409.000 escudos de vellón. La situación obligó a que el presupuesto de gastos para 1689 se redujese a 8.504.000 escudos de vellón; mientras, entre septiembre de

1686 y 1690 sólo llegó un embarque de plata en noviembre de 1688.<sup>(24)</sup> A decir de J. Lynch "Oropesa y los Vélez dieron, pues, un nuevo estímulo a la reforma fiscal, y ésta se encaminaba no solamente a reducir el déficit presupuestario crónico sino también a introducir un elemento de justicia social en el sistema de impuestos. Si sus planes no tuvieron el éxito que merecían fue a causa de la oposición de los intereses creados: la aristocracia, la Iglesia y los detentadores de cargos".<sup>(25)</sup> En definitiva, Oropesa se enemistó con los sectores más poderosos de la sociedad. Sus adversarios sólo tuvieron que esperar la llegada de la nueva reina, cuya elección no había apoyado el conde, y los primeros desastres en la Guerra de los Nueve Años para deshacerse de tan incómodo personaje. En abril de 1691 dimitió don Manuel de Lira; en junio el propio Oropesa fue invitado a dimitir por el rey.<sup>(26)</sup> La sátira política no dejó escapar la oportunidad de comentar los cambios ocurridos:

#### **Mudanzas de casa, por San Juan de 1691**

El conde Oropesa se ha mudado  
y aún dicen ha caído de su estado,  
y se pasó a vivir a Jarandilla,  
y Villafranca sucedió en su silla.  
El rey de consejeros se hallaba falto  
y convocó a Pastrana y a Montalto,  
a Melgar, Villafranca y a Ronquillo  
y a Burgomayne, el viejo sencillo.  
Y el conde de Aguilar, aquel cuitado,  
que porque no hay garrote más bien dado,  
le mandan retirar a su posada  
y a Medinaceli ir a la Armada.  
Y premiando a Conflans tantos afanes  
le mandan gobernar los catalanes.  
Y si saber deseas del Despacho,  
en la uña le tiene un grande macho.  
Estas, amigo, son las novedades  
a honra y gloria de ambas Majestades.  
Referirlas así no es otra cosa  
que excusar en las cartas mucha prosa.<sup>(27)</sup>

Después de la caída de Oropesa, el marqués de los Vélez continuó al frente de una Hacienda cada vez más marcada por los gastos ocasionados por la guerra. En 1691 sólo se pudieron recaudar 3.919.076 escudos... Así, no es de extrañar que en 1692 se formase una nueva Junta de Medios, aunque sólo pudo hacer economías suspendiendo algunos juros, pensiones y salarios. En realidad, Hacienda únicamente podía confiar en los grandes asentistas, especialmente en Francisco Báez, que en agosto de 1690 se comprometió con el Estado a adelantar veintidós millones de ducados. Según el embajador inglés Stanhope, en 1694 "todos los fondos han sido anticipados ya por tantos años que Adanero (presidente del Consejo de Hacienda) no encuentra a nadie que le preste dinero".<sup>(28)</sup>

A nivel político, el pasquín anterior reproducía la llegada al Consejo de Estado, cuatro días después de la retirada de Oropesa, de los duques del Infantado y de Montalto, los marqueses de Villafranca y de Burgomaine, los condes de Melgar (Almirante de Castilla) y de Frigiliana y de don Pedro Ronquillo, conde de Granedo. Los cambios continuaron nombrándose a don Juan de Angulo secretario del Despacho. Al parecer, este último era tan inepto que hasta el propio Carlos II le llamaba su "mulo". Finalmente, el marqués de Los Vélez dimitió de la superintendencia de Hacienda en enero de 1692.

Entre 1691 y principios de 1694 se formó el principal partido, o "influencia" en la Corte, en estos momentos: la influencia germánica contaba con la propia reina, su secretario, E. Wiser, y una camarera, la condesa von Berlepsch. Entre los seguidores hispanos estaban el secretario del Despacho, Angulo, y el conde de Baños. Pronto se vio que el nuevo hombre fuerte era el duque de Montalto. Desde 1693

tuvo que competir contra el conde de Monterrey, que había asistido al rey en su última enfermedad, cobrándole aquél mucho afecto. Montalto, que según A. Stanhope era "el verdadero primer ministro", no se vió capaz de sobrellevar todo el peso del gobierno, en parte, posiblemente, porque conocía el poder de sus rivales. La solución fue dividir la Monarquía en cuatro distritos distribuyendo su mando entre él mismo, el Condestable, el Almirante y el conde de Monterrey. No obstante, a este último su mala salud le impidió el desempeño de su cargo. En el segundo reparto, el de Montalto obtenía el gobierno de Aragón, Navarra, Valencia y Cataluña; el Condestable se contentaba con el de Galicia, Asturias y las dos Castillas y el Almirante con Andalucía y Canarias. Según M. Lafuente, "La autoridad de estos cargos era superior a la de todos los tribunales y consejos, y á la de todos los virreyes y capitanes generales, y era poner al rey como en tutela... lo que sucedió fue que los consejos y tribunales protestaron, algunos generales y virreyes hicieron dimisión de sus empleos y se movió un descontento y una irritación general".<sup>(29)</sup>

Para dar salida a todos los asuntos bélico-económicos, los anteriores formaron la llamada Junta de Tenientes Generales a la que se deben todos los planes para la percepción de donativos y el levantamiento de tropas en aquellos años. La discordia siempre reinó entre el Almirante, apoyado por el partido alemán, y Montalto, que gozaba del afecto y de la confianza del rey, mientras el Condestable se encargaba de encizañar la situación. Esta lucha sorda se jugó especialmente en 1695, cuando el cardenal Portocarrero presionó para que los consejeros de la reina, E. Wiser y la condesa Berlepsch,



fueran expulsados de la Corte, medida apoyada en su momento por Monterrey y por Montalto. Si bien E. Wiser fue destituido y desterrado fue a costa de que el Almirante adquiriese un mayor protagonismo político. Desde entonces, el duque de Montalto fue enajenándose el apoyo de antiguos seguidores a los que dificultaba el acceso al rey, creyendo que él sólo podía sacar adelante todos los asuntos.<sup>(30)</sup> Desde entonces, el Almirante junto a la reina comenzó a dominar la situación. En 1696 tanto Montalto como el secretario del Despacho, Alonso Carnero, perdieron sus puestos, siendo relegados a otros menores, mientras el propio Almirante promovía en sustitución de Carnero a don Juan Larrea, protegido suyo. La situación en 1697 la trataremos más ampliamente en la tercera parte de este trabajo.

Teniendo en cuenta lo mencionado, no es de extrañar que la imagen dominante de este reinado sea la de un rey "dormido" o "hechizado":

"Las damas le hechizan,  
los frailes le pasman,  
los lobos le aturden,  
los cojos le baldan.  
Hechizo parece  
esta lenta calma,  
con su arrobamiento  
y su nariz larga,  
más que esté hechizado  
parece bobada,  
pues nadie lo está  
de los que le agravian". <sup>(31)</sup>

Una situación perfectamente recogida, también, por el siguiente epitafio francés:

"Cy gist Charles Second, roy des Espagnes,  
qui ne fit jamais de campagnes,  
point de conquetes, point d'enfants.  
Que si vie donc pendant trente ans  
que l'on vit regner se bon prince,  
il avait une santé si mince,

qu'à vous parler franchement,  
il ne fit que son testament". (32)

## 2. El ejército hispánico en el siglo XVII.

El ejército hispánico, mejor que español, pues estaba constituido en su mayor parte por súbditos de la Monarquía Hispánica y no únicamente por castellanos, evolucionó estratégica y tácticamente al igual que los restantes ejércitos del momento. Con todo, cabe decir que si bien los tercios de infantería eran inferiores en número a los del siglo XVI, su organización era muy semejante.

Los jefes de tercio o de regimiento fueron generalmente soldados de carrera. Los Maestres de Campo procedían usualmente del rango de Capitán, dando lugar, a su vez, a los Brigadieres y a los Tenientes Generales. Más tarde el "Maestre de Campo General" se convertiría en un empleo en lugar de ser un cargo. Mientras, los "Capitanes Generales de las Armas" fueron más un cargo que un empleo. Apartir de 1632 un "código militar" reglamentó que los Mariscales de Campo debían salir de las filas de capitanes con un mínimo de ocho años de experiencia como tales. Para alcanzar el grado de Capitán eran precisos tres años de alférez y otros seis de soldado, o bien diez de soldado, aunque la gente de "lustre" podía alcanzar el grado de capitán con sólo seis años de servicio.

En relación al armamento, ciertamente el progreso de las armas de fuego obligó a reducir tanto el número como la longitud de las picas, pero éstas, siendo económicas y sin exigir municiones, mientras ofrecían un buen servicio, continuaron empleándose. Para obtener un buen rendimiento de las diversas armas a lo largo de los siglos XVI y XVII se

ensayarían diversos sistemas coordinativos. Primero los piqueros estuvieron en el centro y los mosqueteros en las alas. Más adelante los mosqueteros formaron la vanguardia -para poder disparar mejor- colocándose los piqueros más atrás para protegerlos. Finalmente, la muralla de piqueros, rodilla en tierra, volvió a ocupar la vanguardia, colocándose los tiradores en la retaguardia pero con facilidad para disparar. A lo largo del siglo XVII el calibre de los mosquetes se redujo, aparecieron los cartuchos de papel y el disparador de mecha tan incómodo dio paso al de pedernal. A fines de siglo aparecieron la bayoneta y el fusil.

En la caballería se reglamentó la presencia de los dragones. Desde 1632 se dejó de emplear por parte del caballero la lanza, dando paso a las pistolas. También el arnés pesado dejó de utilizarse, aunque no el peto, el espaldar y la celada. Así, el arma de caballería solía utilizar el arcabuz, pronto sustituido por el fusil o la carabina, un par de pistolas y un sable para las cargas al galope.<sup>(33)</sup>

Durante el siglo XVII fue la artillería, en opinión de J. de Sotto y Montes, la organización más débil del ejército, "sin duda, por que los gobernadores españoles desconocían o desentendían por penurias económicas o por falta de sabiduría, la forma de mejorar tal arma...". Las piezas entre sí eran muy variadas, siendo difícil homogeneizar su municionamiento y su fabricación. En 1638 se fundieron por primera vez los cañones "Mansfelt" -llamados mansfeltres- y gracias al reconocido artillero Juan Bayarte se fundieron cañones aligerados de 24, 12, 8 y 2 libras. Las piezas se clasifican en culebrinas -esmeriles, falconetes, sacres, medias culebrinas y culebrinas

propiamente dichas-, cañones -dobles (de 60 a 40 libras), medios (de 25 a 12 libras), tercios (de 12 a 10 libras), y cuartos (de 10 a 4 libras)- y pedreros capaces de lanzar proyectiles de cuarenta a seis libras.<sup>(34)</sup>

A nivel de efectivos, en 1635 el ejército de los Austrias contaba con 60.400 infantes -45 regimientos de infantería- y 27.550 de a caballo -en 10 compañías de Ordenanza y 115 escuadrones-, en total, 87.950 plazas. Según Clonard, esta cifra no dejó de reducirse en las penosas décadas siguientes, cuando atacada la Monarquía en la propia Península sólo había 77.000 hombres en todos los frentes. En enero de 1657 se encargó al duque de San Germán una leva de 21.500 hombres en Castilla, creándose otros 23 tercios nuevos. En 1663 se fijaron las soldadas para las tres armas.<sup>(35)</sup>

La introducción de los granaderos en el ejército hispánico parece datar de 1684 ó 1685, cuando el ayudante Cabezudo dirigió un memorial a Carlos II demandando un puesto de capitán de granaderos. El rey le encargó un informe al duque de Bournonville, que respondió favorablemente, formándose varias compañías de granaderos para los ejércitos de Cataluña, Milán y Flandes. Los granaderos irían armados con doce granadas, fusil y una bayoneta capaz de ser unida al fusil.

Como hemos señalado, paulatinamente la caballería pesada armada con lanza fue desapareciendo de los campos de batalla, aunque persistió el caballo-coraza -que no coraceros como en el siglo XVIII-, es decir, se mantuvo la caballería armada con espada y pistolas. Según un autor del siglo XVII, el conde Basta, los caballos-corazas "...deben actuar en grandes escuadrones formando un bloque sólido y compacto, y cuanto más grande sea su entidad y más unido marche, mejor.

El aire que debe emplear para no desunirse ni aflojarse es el del trote, no debiendo emplear el galope más que cuando se dirige a perseguir al enemigo derrotado.

Las corazas gozan de ciertas cualidades, a saber: la primera, poder accionar sobre terrenos blandos y mal unidos. Ya que los caballos por mediocres que sean... pueden servir. La segunda, que su instrucción y adiestramiento es más fácil y rápido siendo accesible a casi toda clase de soldados; de aquí que su reclutamiento sea menos dificultoso y, finalmente, que formadas las tropas convenientemente, todas ellas actúan por medio de la acción de masa, aunque no todos se vean precisados a combatir activamente...".<sup>(36)</sup>

La caballería ligera, las compañías de arcabuceros y carabinas, en opinión del citado G. Basta, "...fue inventada en el Piamonte para asaltar y desalojar de enemigos las villas. La mayor parte de sus misiones se llevaban a cabo a pie, si bien existen ocasiones, captura, ocupación y defensa de pasos obligados, en la que se precisaba la velocidad de los caballos.

Además del arcabuz debe ir armado de una espada corta. El arcabuz debe tener por lo menos tres pies de largo y poder tirar balas de una onza... Normalmente el arcabucero no debe emplear la espada más que en propia defensa o persiguiendo al enemigo.

El arcabucero debe ser joven y robusto. Para tales cometidos parece ser que los walones y borgoñeses son mejores que los españoles y los italianos. El ganado debe ser de cualidades medias; es un error remontarlos con ganado mediocre pensando en que los puedan perder durante el combate a pie, ya

que sin sus caballos quedarían imposibilitados de otras acciones, tales como la exploración".<sup>(37)</sup>

La caballería fue organizada en veinticuatro tercios, cada uno de ellos con plana mayor y seis compañías, en 1649. En el reinado de Carlos II, éste procedió a reorganizar los tercios en ocho brigadas, cada una con varios regimientos, mandadas por un Brigadier, escalón intermedio entre el Maestre de Campo -o Coronel- y el Maestre de Campo General. No obstante, al final del reinado, y por motivos fundamentalmente económicos, se suprimieron las brigadas y se volvió al sistema de trozos, contando cada uno de ellos de nueve compañías de cincuenta plazas montadas.

Finalmente, los dragones eran soldados montados que se servían de su arma de fuego como principal medio de combate, utilizando su cabalgadura sólo para desplazamientos rápidos. Con el tiempo, los dragones, que tardarán en ser considerados parte de la caballería, terminarán siendo apreciados y tan eficaces como aquélla.<sup>(38)</sup>

La vida del soldado era muy dura, como tan magníficamente puso de relieve G. Parker en su conocida obra sobre el Ejército de Flandes. Dicha vida estaba marcada a nivel físico, y además del ejercicio de las armas, por las largas marchas -seis y siete leguas diarias, es decir, entre treinta y cuarenta kilómetros- y a nivel humano por las relaciones con los mandos y entre compañeros. Desde muy pronto los tratadistas militares recogerán la necesidad de mejorar la disciplina y el "buen vivir" de los soldados. L. Brancaccio, en relación al soldado, dice que aquél ha de ser afable para hacer amigos, porque "sin un amigo bueno en otras partes es de provecho, en la guerra es necesario, porque no hallándose en

ella ni los amados parientes, ni los bienhechores piadosos, no se puede en la adversidad esperar socorro sino de un leal y buen amigo". En cuanto a las costumbres, era partidario de evitar el juego, que empobrece a la tropa, y moderarse en los "deleites sensuales y viviendo parcamente, demás que alcanzará la salud del cuerpo, será muy agil en las fuerças...". En relación a los capitanes, dice: "Los sueldos ordinarios bastan para poder vivir modestamente, y quien quisiera ahorrar lo pasaría con mucha miseria, y el robar a pobres labradores, o a otras personas, es acción muy vil, como también lo es, y aún infame, la de quien tal vez se detiene parte del sueldo de sus soldados".<sup>(39)</sup>

Francisco Dávila coincide en algunos puntos con Brancaccio. Aconseja que hubiese siempre buena camaradería entre las tropas para que se prodigue la ayuda, debiendo evitar el sargento que haya soldados solitarios. Entre otras ventajas, el rancho debía ser pagado -y cocinado- entre varios soldados.

En cuanto a las costumbres, es del parecer que los vivanderos no permitan que les acompañen prostitutas al campamento. A éstas se las debe expulsar inmeditamente, en una segunda ocasión se les cortarían las faldas por la rodilla y a la tercera vez que fuesen atrapadas en el campamento se las raparía y se las llevaría a una plaza desde donde se las enviaría desterradas a no menos de veinte leguas. Asimismo, se debía evitar el trabajo de los vivanderos de noche para que no hubiese ruido ni borrachos que alertasen a todo el tercio.<sup>(40)</sup>

### 3. la coyuntura catalana de la segunda mitad del siglo XVII.

Vamos a trazar a continuación un rápido balance, a nivel demográfico y económico, de la situación del Principado durante la segunda mitad del siglo que nos ocupa.

J. Nadal y E. Giralt establecieron hace años una periodización de la trayectoria poblacional catalana en los siglos XVI y XVII: crecimiento muy importante de 1553 a 1630, gracias a la emigración francesa, seguida de una fase crítica hasta 1660, motivada por hambres, pestes y las consecuencias de la guerra, con una ligera y oscilante recuperación a partir de esta última fecha y hasta fines de siglo. Este análisis es hoy día muy matizable gracias a trabajos sobre una serie de comarcas. Según J. Dantí, en comarcas como el Urgell, el Solsonès, el Baix Camp, el Tarragonès o el Vallès Oriental no se registró la fuerte crisis de mediados de siglo, iniciando algunas un crecimiento decidido hasta finales de la centuria a partir de una fecha tan temprana como 1652.<sup>(41)</sup> En otros casos, comarcas como el Segrià, la Noguera, las Garrigues o el Pallars Jussà sufrieron de forma muy diferente la crisis central del siglo XVII.<sup>(42)</sup>

A nivel particular, en el caso de Girona, se produjo un moderado crecimiento en el siglo XVI, con un estancamiento persistente en el siglo siguiente. La crisis de mediados del siglo XVII fue importante y los hechos bélicos de finales de la centuria no ayudaron a mejorar la situación.<sup>(43)</sup> En lo que respecta a Barcelona, entre 1627 y 1672 se produjo una reducción poblacional pasando de 8.600 fuegos -38.600 a 43.000 habitantes- a 6.300 fuegos -de 28.350 a 31.500 habitantes. La etapa 1627-1672 es un período depresivo tanto para Barcelona



como para el resto del Principado, especialmente a causa de la peste de 1651. También la guerra franco-hispana, 1635-1659, y la reducción en la llegada de emigrantes franceses desde 1630 explican la pérdida de una cuarta parte de la población barcelonesa. Entre 1672 y 1717 se produjo, a pesar de los conflictos bélicos, una recuperación poblacional que en cuanto a fuegos se tradujo en un retorno a los niveles de principios del siglo XVII. Los índices de nacimientos parecen confirmar dicho aumento. No obstante, de forma puntual, en 1684 o en 1697, se percibe en los índices de mortalidad incrementos achacables a las guerras y sus consecuencias. De hecho, en la parroquia del Pi de Barcelona los períodos de aumento de la mortalidad en el siglo XVII son todos de épocas de guerra: 1640-1649, 1650-1659, 1670-1679 y 1690-1699.<sup>(44)</sup>

Las crisis de mortalidad de carácter epidémico, como la de 1648-1654, unidas a crisis de subsistencias, como la de 1629-1631, afectarán de forma diferente al Principado. Las ciudades, villas grandes y lugares de paso fueron más castigados que su entorno. Por contra, el flagelo de la guerra se centró casi exclusivamente en las comarcas del Norte, especialmente en el rico Empordà, mientras que los abusos del sistema de alojamientos se dejaron sentir mucho más en los pequeños pueblos y en algunas villas del Principado que en las ciudades. En el caso de la epidemia de 1650-51, la población catalana se habría visto reducida entre 58.000 y 66.000 personas, pudiendo haber perdido Barcelona un 30% de su población.<sup>(45)</sup>

Centrándonos, finalmente, en la comarca del Alt Empordà, según Miquel Planas la segunda mitad del siglo XVII es de crisis, con un incremento de la mortalidad. Las cifras del

incremento del precio del trigo en Girona concuerdan en 1677, 1683-84 y 1695 con la elevación de la mortalidad en la comarca, siendo otra vía por la que la inseguridad, las destrucciones y la penuria alimentaria fruto de la guerra se manifestará. M. Planas demuestra que las crisis de sobremortalidad fueron especialmente evidentes en 1675, 1684, 1693 y en 1695 en pueblos como Borrassà, Castelló d'Empúries, L'Escala, Navata, Ordis, Roses o Ventalló.<sup>(46)</sup>

A nivel económico, ha sido una constante hasta hace poco tiempo la existencia de una visión positiva de las décadas de 1660-1680, calificándoselas como el momento en que se produjo un relanzamiento de la economía hispana y, sobre todo, de la catalana. Como bien señala J. Dantí, hay que tener en cuenta los cambios cualitativos -transformaciones estructurales- que los meramente cuantitativos en este proceso. En su momento, Pierre Vilar fijó una recuperación descentralizada, partiendo de la producción agrícola, pero sin olvidar la manufactura y un cierto auge o dinamismo comercial.<sup>(47)</sup>

En lo que respecta a la manufactura textil, Feliu de la Peña y sus socios plantearon en el Fénix de Catalunya las bases del relanzamiento productivo: aprender las técnicas europeas de la nueva pañería, la fabricación de telas al estilo flamenco, la fabricación de medias de seda mediante telares y el desarrollo de la producción de tintes. El principal problema de la manufactura textil urbana fue, no obstante, el relanzamiento de la industria textil dispersa, que acabará triunfando, al igual que la manufactura del cuero, de los clavos o la de barcos.<sup>(48)</sup>

El incremento de la producción agrícola y manufacturera comportó el relanzamiento comercial que, a pesar de las

oscilaciones provocadas por las guerras, tuvo períodos de claro crecimiento. Tanto J. Fontana como C. Martínez Shaw se han referido al cambio de orientación del comercio del Principado en las décadas finales del siglo XVII, pasando a relacionarse comercialmente también con el ámbito atlántico y el americano vía Cádiz, sin perder el ámbito tradicional mediterráneo su papel preferente. Cataluña exportaba tejidos, vino, frutos secos y aguardiente a los puertos italianos, e importaba trigo y pesca salada; para el mercado atlántico enviaba vino, aguardiente, frutos secos y algunas manufacturas férricas. Lo importante es comprobar que fueron manufacturas y producciones agrícolas de nueva especialización de todo el Principado, y no la producción barcelonesa, las que iniciaron el relanzamiento económico. El volumen creciente de comercio se ha de explicar, pues, por la vitalidad del campo y de las grandes ciudades industriales, como hemos dicho.<sup>(49)</sup>

Siguiendo a J. Dantí, la descentralización manufacturera y la base agrícola del relanzamiento económico hacen que el ámbito rural sea el punto de atención principal. Con perspicacia se pregunta si estas transformaciones en el campo alcanzan de manera general a todo el mundo rural del Principado, si afectaron a toda la comunidad campesina y cómo se comportaron respecto al régimen señorial. En Cataluña la reducción de la renta campesina se inició a finales del siglo XVI y se generalizó hacia la segunda década del siglo XVII, según Eva Serra, opinión matizada por M. Duran; así, la prosperidad agrícola catalana de la primera mitad del siglo XVII, teniendo en cuenta el creciente endeudamiento campesino, no era compartida por la mayor parte del campesinado. La

crisis de mediados de siglo sólo incrementó otra ya vigente y provocó cambios importantes en la comunidad campesina.

El último tercio del siglo conoció la reconversión agrícola, consistente en la sustitución del cultivo tradicional del trigo por cultivos comercializables: frutos secos y viña, junto al incremento de la producción de aguardientes. No obstante, J. Dantí se plantea hasta qué punto se puede decir que hubo un cambio en la estructura productiva del campo; en cambio, se halla más seguro al plantear la diferenciación social campesina. El proceso de degradación de la propiedad campesina por vía del endeudamiento se produjo desde los primeros decenios del siglo XVII, haciéndose irreversible hacia 1640, cuando los censales se conviertan en ventas a perpetuidad. Sólo a partir de 1660 termina dicho proceso y se estabiliza la situación, pero algunos cambios son ya inmutables: ha decrecido el número de pequeños propietarios, se han parcelado propiedades medianas y grandes y han invertido en la compra de tierras de manera notable mercaderes y nobles de Barcelona. En otros lugares, son otros propietarios quienes compran tierras y muchos no pudieron conservar íntegro su patrimonio. Serán los campesinos acomodados quienes defiendan, frente a quienes los dificulten, su ascenso y se convertirán en los líderes y defensores de la comunidad campesina.<sup>(50)</sup>

En cuanto a la evolución de la producción, a nivel global se puede hablar de una recuperación bastante general hacia 1660, aunque leve hasta 1680, alcanzando únicamente los niveles previos a 1640. De 1683 a 1691 se produce un freno en la tendencia por sequías, la plaga de langosta y los alojamientos de tropas. Desde entonces, y a causa de las

largas guerras, se puede hablar de varias décadas de estancamiento.<sup>(51)</sup>

Retornando al problema del régimen señorial catalán, para J. Dantí se impone la visión de E. Serra al respecto, es decir, un régimen de debilidad estructural que se acentuará con la crisis de la *Guerra dels Segadors*. Cuando el volumen de la renta feudal disminuyó, una parte de la nobleza se dirigió a la ciudad buscando un incremento de ingresos.<sup>(52)</sup> La crisis de mediados de la centuria agravó la situación y obligó a la nobleza a combatir la inflación intentando cobrar los arrendamientos de sus tierras en dinero y, poco más tarde, pretendiendo aumentar la presión sobre los dominios exigiendo derechos abolidos expresamente. Como es obvio, la situación generó un descontento y una conflictividad generalizada contra unos privilegiados que además no tenían cargas fiscales ni de alojamientos, aspecto en el que se mostrarán especialmente celosos como veremos. Los intentos de reacción señorial no se verán favorecidos por la diferenciación social del campesinado, al contrario, el campesinado acomodado luchará el primero frente a la reacción señorial y los privilegiados tendrán que aliarse con el poder real.<sup>(53)</sup>

Al tratar sobre la coyuntura económica del Principado no puede dejarse de apuntar los proyectos económicos que se dan en Cataluña precisamente en la época motivo de nuestro trabajo. Según P. Vilar, estos proyectos se basaban en sólidos grupos económicos o en iniciativas concretas. Las esperanzas se centraban en la creación de un impuesto de consumo que eliminase la multiplicidad y que facilitase el comercio libre y el propio renacimiento comercial basado en el modelo de las grandes plazas mediterráneas. Son estos objetivos que van más

allá del mero proteccionismo, que irá perdiendo unanimidad dentro del medio de negocios barcelonés.<sup>(54)</sup> Así, desde 1680 N. Feliu de la Penya encabeza una corriente de pensamiento ligada a intereses prácticos. En un primer momento, cuando publicó su Político discurso (1681), defendió el proteccionismo acérrimo para defender Cataluña de la importación de mercancías extranjeras y la salida de materias primas de Cataluña, además de defender o fomentar la navegación autóctona para relanzar la exportación de tejidos, vino, frutos secos, aguardiente, etc., y la formación de compañías comerciales. Esta idea, debida al comerciante de Vic Martí Piles, será desarrollada por ambos en el Fénix de Cataluña (1683). El núcleo central de la obra es la creación de una compañía al estilo holandés con el fin de resolver el problema de la falta de capitales en la manufactura y en el comercio. Se esperaba que sesenta fundadores adelantasen 12.000 doblas y mediante acciones se llegase a reunir unas 60.000 doblas de capital.<sup>(55)</sup> P. Molas ha recordado que el grupo Piles/Feliu pedirá la participación de los catalanes en el comercio americano, la concesión de un puerto franco en Barcelona, el establecimiento de ferias de cambio, etc.<sup>(56)</sup> J. Albareda ha podido encontrar un proyecto previo al del Fénix que coincide en la necesidad de crear una compañía de comercio, pero dándole un relieve más público que el proyecto Piles/Feliu.<sup>(57)</sup> Como sabemos, apesar de las perspectivas iniciales, la compañía fue un fracaso. En cualquier caso, la doble vertiente de N. Feliu, como hombre de negocios y como historiador, hay que tenerla muy en cuenta dado que la opinión favorable al reinado de Carlos II partirá del sector que se

beneficiará de la relativa recuperación económica del Principado y que aportó iniciativas al respecto. (58)

## NOTAS

1. H. KAMEN, Una sociedad conflictiva..., pp. 408-416; *Idem*, Carlos II..., pp. 519-521, con información sobre la Junta de Gobierno. *Idem.*, Crisis de la hegemonía española..., Historia general de España y América, Vol. VIII, pp. 493-496.  
A. DOMINGUEZ ORTIZ, El Antiguo Régimen..., pp. 401-412.  
Duque de MAURA, Vida y reinado de Carlos II, pp. 65-197.
2. H. KAMEN, Carlos II, pp. 531-538.  
Duque de MAURA, Vida y reinado de Carlos II, pp. 201-255.
3. H. KAMEN, Crisis de la hegemonía española..., pp. 496-499.
4. H. KAMEN, Carlos II, pp. 538-548; *Idem.* Crisis de la hegemonía española..., pp. 499-501.  
La cita aparece en T. EGIDO, Sátiras políticas de la España moderna, pp. 191-192. Véase también C. GOMEZ-CENTURION, "La sátira política...", pp. 11-33.
5. R. STRADLING, Europa y el declive..., pp. 211-213.
6. D. SALINAS, La diplomacia española..., pp. 25-58. Salinas olvida el apoyo naval holandés a la Monarquía, especialmente en el Mediterráneo.
7. R. STRADLING, Europa y el declive..., pp. 213 y ss.
8. R. STRADLING, Europa y el declive..., p. 243.  
D. SALINAS, La diplomacia..., pp. 59-62. Para Salinas la boda hispano-gala no impidió a Luis XIV volver a intentar aislar a España frente a Holanda e Inglaterra para agredirla militarmente.
9. J. REGLA, Els virreis..., pp. 159-160.  
J. DANTI, Aixecaments populars..., pp. 76-85.
10. J. ELLIOTT, La España imperial, p. 394.
11. J.M. TORRAS I RIBE, Els municipis..., especialmente pp. 110-113.  
F. SANCHEZ MARCOS, "Cataluña y el gobierno central en el período de entreguerras", p. 332.
12. J. M. TORRAS i RIBE, Els municipis..., p. 112. La carta de Farnesio es del 9-XI-1676.  
F. SANCHEZ MARCOS, Cataluña y el gobierno central..., p. 228.
13. J. DANTI, Aixecaments populars..., p. 83.  
J. RAGON, "Las relaciones entre Barcelona y el poder central...", p. 631.
14. F. SANCHEZ MARCOS, Cataluña y el gobierno central..., pp. 235-243 y 247.  
H. KAMEN, Carlos II, p. 544.  
J. LYNCH, España bajo los Austrias, Vol. II, p. 343.



15. J. CASTILLO, Don Juan José de Austria: su labor política y militar, p. 276.
16. R. STRADLING, Europa y el declive..., p. 206.
17. J. ALBAREDA, Antecedents..., tesis doctoral, Vol. I, p. 74.  
A. AYATS, tesis doctoral citada por J. Albareda y "la revolta dels Angelets i els arxius...", pp. 16-21.  
J. SANABRE, La resistència del Rosselló..., pp. 89-124.  
A. MARCET, "Les conspiracions de 1674 en Roussillon...", pp. 276-296 y "La résistance catalane au lendemain de l'annexion...", pp. 309-318.  
N. SALES, Els segles de la decadència..., p. 394.  
P. de la FABREGA, L'oferiment de retrocessió del Rosselló a Espanya.
- F. SANCHEZ MARCOS, Cataluña y el gobierno central..., p. 239.
18. J. LYNCH, España bajo los Austrias, Vol. II, p. 351.  
H. KAMEN, La crisis de la hegemonía..., pp. 501-504.  
*Idem.*, Carlos II, pp. 584-586.
19. R. STRADLING, Europa y el declive..., p. 245.
20. H. KAMEN, La crisis de la hegemonía..., pp. 501-502.
21. R. STRADLING, Europa y el declive..., p. 246. Al final del reinado de Carlos II el cardenal Portocarrero será el líder del partido francófilo.
22. D. SALINAS, La diplomacia..., pp. 261-270.
23. H. KAMEN, La crisis de la hegemonía española..., pp. 502-504.  
J. LYNCH, España bajos los Austrias, Vol. II, pp. 350-351.
24. H. KAMEN, La crisis..., p. 504.
25. J. LYNCH, España bajo los Austrias, Vol. II, p. 352.
26. Adalberto de BAVIERA, Mariana de Neoburgo, reina de España, pp. 72-73.
27. T. EGIDO, Sátiras políticas de la España Moderna, pp. 198-199. La poesía está incluida en el Ms. 10.422 de la B.N. Vid. M. ETREROS, La sátira política en el siglo XVII, pp. 280-281.
28. Cit. por H. KAMEN, La crisis de la hegemonía..., p. 506.
29. M. LAFUENTE, Historia de España, Vol. XII, p. 227.
30. M. LAFUENTE, Historia de España, Vol. XII, pp. 228-229.  
H. KAMEN, La crisis de la hegemonía..., pp. 506-507.
31. Cit. por Carlos GOMEZ-CENTURION, "La sátira política en el reinado de Carlos II", p. 32.
32. Cit. por T. EGIDO, La sátira política..., p. 42.

33. C. MARTINEZ DE CAMPOS, España bélica. Siglo XVII, pp. 209-213 y 239-244.
34. J. de SOTTO y MONTES, "Organización militar española de la Casa de Austria (siglo XVII)", en Revista de Historia Militar, n° 45, 1978, pp. 67-69 y n. 10.
35. J. de SOTTO y MONTES, "Organización militar española...", pp. 70-75.
36. J. de SOTTO, "Organización militar española...", pp. 80-81 y n. 32. La obra referida se halla en la B.N.: "'Gobierno de la Cavallería ligera', por George Basta, conde del Sacro Imperio Romano, Governador y Capitán General de Ungría...", 1642.
37. J. de SOTTO, Art. Cit., p. 82.
38. J. de SOTTO, *Idem.*, pp. 82-86.
39. B.C., F. Bon. n° 47, L. BRANCACCIO, Cargos y preceptos militares para salir con brevedad famoso y valiente soldado... S. y J. Mathevad, Barcelona, 1639, Fols. 8v. y 26r.
40. B.C., Res. 392-8°, F. DAVILA, Política y mecánica militar para Sargento Mayor de Tercio. Madrid, J. de Paredes, 1669, pp. 105-109 y 168-169. La primera edición de esta obra es de Barcelona, Figueró, 1667. Hay otras ediciones en Bruselas, F. Foppens, 1681 y otra de 1684.
41. J. DANTI, Aixecaments populars..., p. 44.
42. R. GARCIA CARCEL, Historia de Cataluña, Vol. II, pp. 101-103.
43. R. ALBERCH y A. SIMON, "L'evolució demogràfica de Girona...", Estudi General, n° 2, pp. 11-15.  
Véase, asimismo, J. BUSQUETS y A. SIMON, Girona al segle XVII, especialmente pp. 12-20.
44. J. ANDREU, A. SIMON et alii, Barcelona dins la Catalunya Moderna, (segles XVI i XVII). En J. SOBREQUES (Dir.), Història de Barcelona, Vol. IV. pp. 109-143.
45. R. GARCIA CARCEL, Historia de Cataluña, Vol. II, p. 105; J. DANTI, Aixecaments populars..., p. 45; J.L. BETRAN, "Sociedad y peste en la Barcelona de 1651", en Manuscrits, n° 9, pp. 255-282; A. SIMON, "Els anys 1627-32 i la crisi del segle XVII a Catalunya", en Estudis d'Història Agraria, n° 9, pp. 157-180.
46. M. PLANAS, La població a l'Alt Empordà al Règim Demogràfic Antic. Tesi de llicenciatura, 2 Vols., UAB, 1985, pp. 153, 159 y 163-64.
47. J. DANTI, Aixecaments populars..., pp. 52-53 y P. VILAR, Catalunya dins..., Vol. II, pp. 387-391.
48. N. FELIU, Fénix de Cataluña, Capt. X, ed. de H. KAMEN.  
J. DANTI, Aixecaments populars..., p. 55.

49. C. MARTINEZ SHAW, Cataluña en la carrera de Indias, pp. 72-82.  
P. VILAR, Catalunya dins l'Espanya moderna, Vol. II, pp. 388-391.  
X. TORRES, Barcelona dins la Catalunya moderna..., Op. Cit., pp. 238-246.
50. J. DANTI, Aixecaments populars..., pp. 58-65.
51. J. DANTI, Op. Cit., pp. 66-67.
52. J. ELLIOTT, La rebelión de los catalanes..., p. 65: J. Amelang afirma que a mediados del siglo XVII la clase dirigente catalana era urbana, Vid. La formación..., pp. 65-67. Sobre la integración de la aristocracia y la oligarquía urbana, Vid. las pp. 81-90 y 144-145.
53. J. DANTI, Aixecaments populars..., pp. 70-73.
54. P. VILAR, Catalunya dins..., Vol. II, pp. 391-193.
55. N. FELIU & M. PILES, Fénix de Cataluña, Cpts. XI-XVIII. Edición y estudio de H. Kamen.
56. P. MOLAS, Comerç i estructura social a Catalunya..., p. 87.
57. El proyecto se llama: Disposició de un negosi nou se poria entablar en Catalunya per a lo qual se ha discorreget lo que baix se dirà, s. f., volumen Diputació i Catalunya del fondo particular de J. Fontana. Citado por J. ALBAREDA, Els inicis de la Guerra de Succesió a Catalunya, tesis doctoral, UAB, 1990, Vol. I, pp. 38-39.
58. J. DANTI, Op. Cit., p. 81.  
Véase el Capítulo V.  
Para relacionar lo comentado con la Guerra de Sucesión es interesante el trabajo de M. ARRANZ y R. GRAU, "L'economia urbana de Barcelona i la Guerra de Succesió", en Recerques, nº 24, 1991.